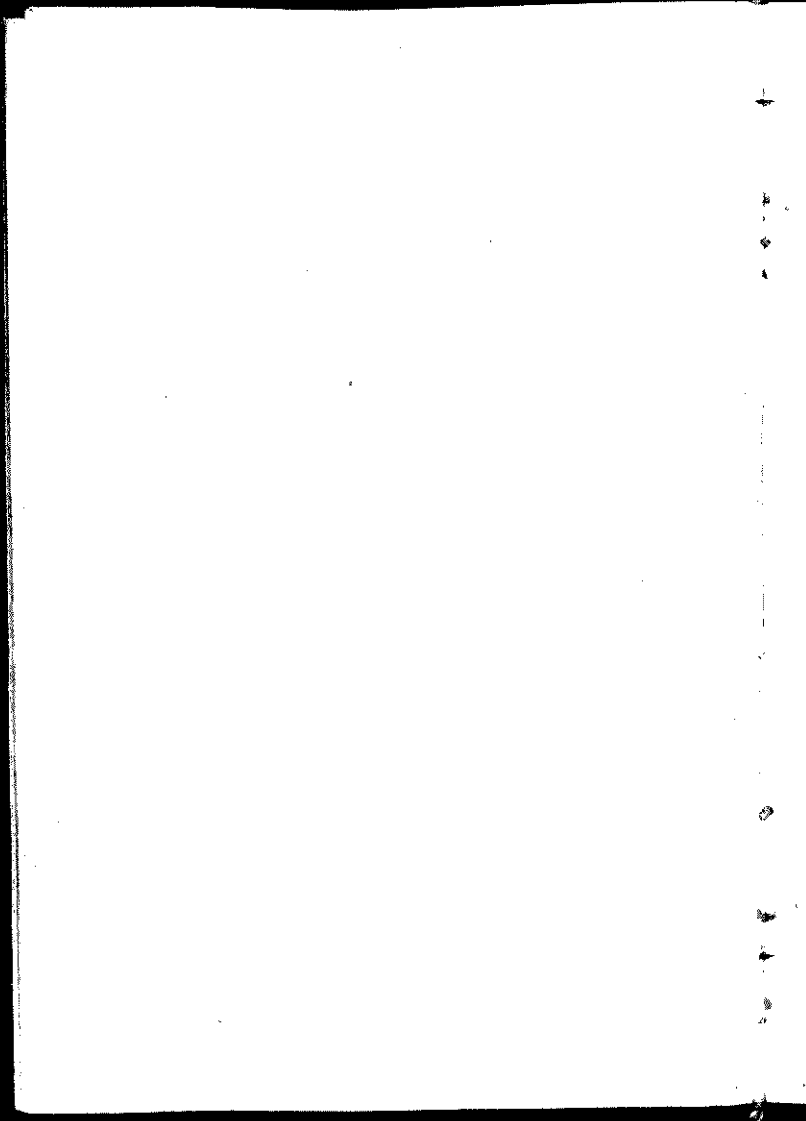
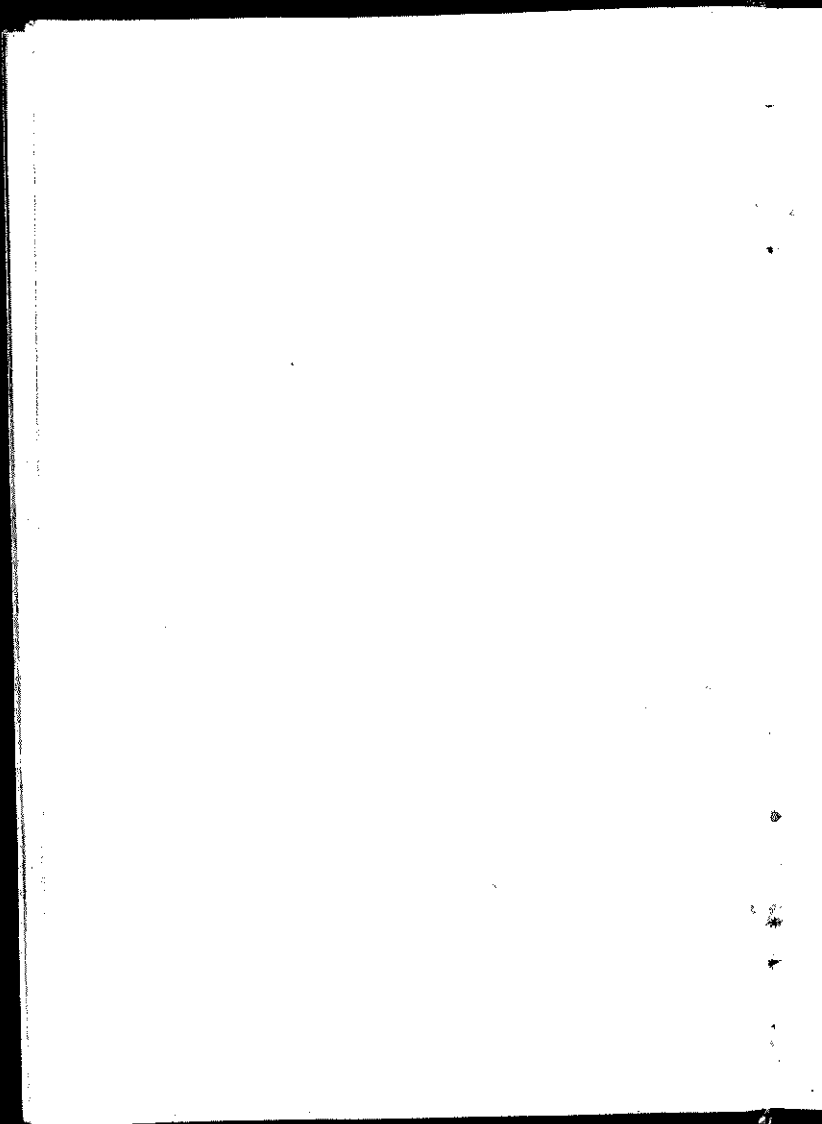


EL  
**CAZADOR GALLEGO**  
CON ESCOPETA Y PERRO.



**L**a chasse fait l'amusement des  
anciens heros apres qu'elle eut cessé  
d'etre pour eux une necessité: on  
versá le sang de l'inocent colombe,  
et il fut reconnu que la chasse étoit  
l'image de la guerre.

*Poll. l. 5. c. 5. ff. 38.*



EL  
Cazador Gallego

CON

ESCOPEA Y PERRO.

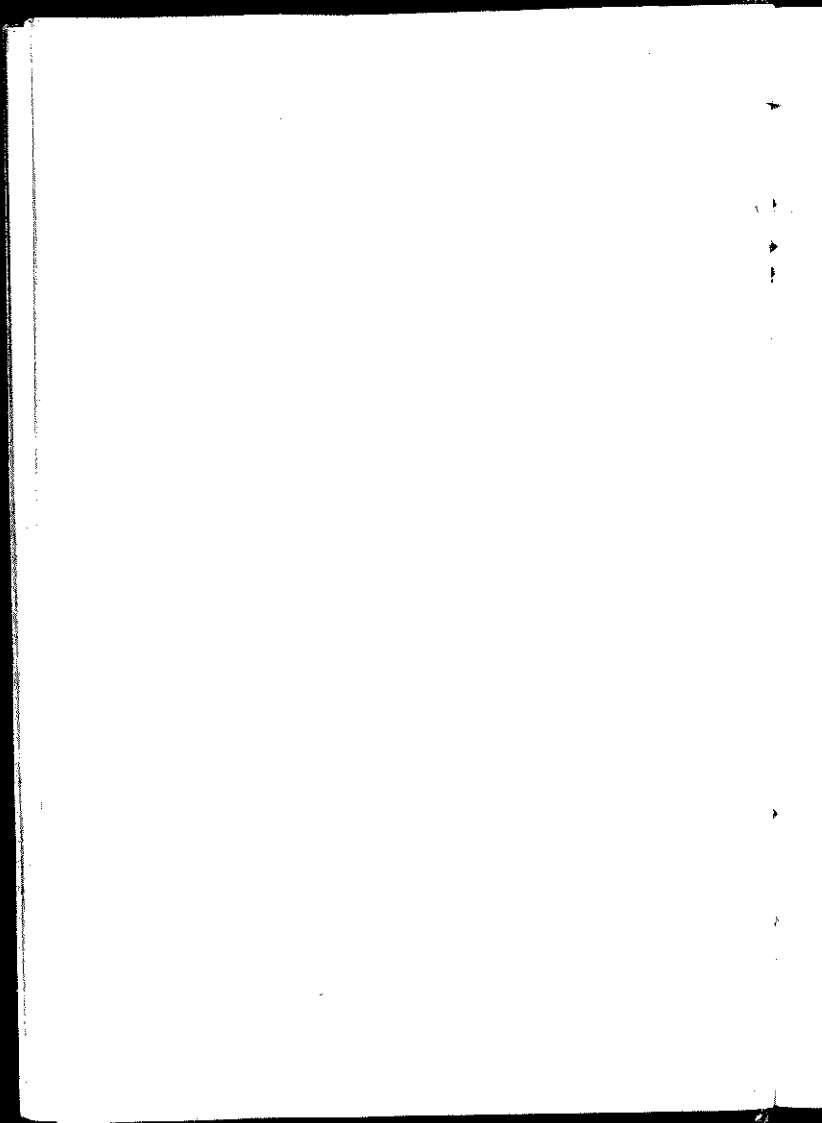
POR

D. Froilán Troche y Linares.



SANTIAGO, 1837.

~~~~~  
IMPRESA DE LA V. É H. DE COMPAÑÍA.



## INDICE.

|                                                                                                                                  | <i>Pag.</i> |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-------------|
| Discurso á los Cazadores. . . . .                                                                                                | I           |
| De las razas de perros, su eleccion,<br>modo de criarlos, enseñarlos y<br>curarlos en sus enfermedades.                          | 20          |
| Como deben enseñarse los perros<br>á cazar para que el dueño no se<br>fatigue en el monte, y ahorre<br>tiempo y trabajo. . . . . | 44          |
| De la Higiene del Cazador. . . . .                                                                                               | 65          |
| Del traje del Cazador. . . . .                                                                                                   | 83          |
| De las escopetas y mas instrumentos.                                                                                             | 92          |
| De la polvora, municion, postas,<br>balas, &c. . . . .                                                                           | 108         |
| Como se debe cargar. . . . .                                                                                                     | 119         |
| Como se debe tirar, y de la geo-<br>metría cazadora. . . . .                                                                     | 133         |
| Observaciones generales sobre el<br>tiempo y dias de caza. . . . .                                                               | 140         |
| De la Estrategia cazadora, ó modo<br>de buscar la caza, perseguirla, en-<br>gañarla y sorprenderla. . . . .                      | 157         |

|                                     |     |
|-------------------------------------|-----|
| Caza de Perdices.....               | 162 |
| Caza de Codornices.....             | 187 |
| Caza de Liebres.....                | 193 |
| Caza de Conejos.....                | 211 |
| Caza de Javalies.....               | 224 |
| Caza de Corzos, Venados y Gamos.    | 237 |
| Caza de Lobos.....                  | 248 |
| Caza de Zorros.....                 | 273 |
| Caza de Chochas ó Arcéas.....       | 281 |
| Caza de Aguauetas ó Becacines.....  | 289 |
| Caza de aves marítimas y acuatiles. | 291 |
| De las leyes de la caza.....        | 297 |

*A los Cazadores.*

**L**a caza, primera y mas natural ocupacion del hombre salvaje, sufrió progresivamente lo mismo que este, del artificio y modificaciones indispensables al estado social: á proporcion que los hombres fueron constituyéndose en sociedad y cedido parte de su natural libertad, fueron inventando y simplificando diversos modos de cazar segun los adelantos y civilizacion de las mismas sociedades, hasta metodizar y sujetar á reglas fijas y legales una diversion que por su utilidad llegó á comprenderse en los derechos de propiedad, y

á ocupar un lugar en los códigos de todas las naciones. Supongo que los primeros hombres para proporcionarse alimento, buscarían y gustarían de los huevos de las aves de sus polluelos, de los hijuelos de los cuadrúpedos, de los padres de unos y otros cuando se descuidasen ó la casualidad los pusiese en sus manos, que agotado este primer recurso, cazarían y perseguirían los mas veloces á palos, á pedradas y á la carrera: que reunidos ya algunos hombres acorralarían la caza: que luego le armarían lazos, prepararían agujeros é imperfectas trampas: que algo mas constituidas las reuniones de salvajes desde que sujetaron y domaron al perro y otros animales, usarían y se avudarían de ellos para cazar los otros: que después de haber entrado en un estado algo mas social, pondrían toda su aplicación en perfeccionar máquinas, redes é instrumentos con que pudiesen cazar mas: que las disputas inevitables para

la division de lo que se cazaba, les obligaría á señalar uno, que haciendo de gefe los dirigiese, dirimiese sus discordias y repartiase el fruto de sus fatigas: que aumentadas mas las tribus y teniendo choques y encuentros en los montes y bosques en que cazaban, convendrían, no sin que precediesen sangrientas batallas, á demarcar los bosques en que cada una debía cazar, menos las que andubiesen ambulantes como hoy muchas de los Arabes; y finalmente que establecidos gobiernos, y dividida la propiedad territorial, se dictaron leyes, que en unas naciones declararon la caza adherente á la propiedad territorial é individual; en otras es común á todos con ciertas restricciones; en otras del gobierno y ciertas clases; y en otras como en España se estendieron hasta á los medios, clases de personas, épocas del año, instrumentos y circunstancias de estos para poderlos usar en ella, licencias para verificarlo, con los mas

requisitos indispensables en el día, y que son productos del estado á que nos ha conducido la sociedad.

La caza, sin abuso, es uno de los mayores placeres y diversiones de los aficionados: nada les enagena ni entusiasma tanto, nada les hace olvidar y descansar, cansandose de las penalidades, desazones é incomodidades de la vida domestica y social: nada fortifica, desarrolla, desembuelve, endurece, agilita y cura al cuerpo humano como el ejercicio de la caza: es la primera y mas práctica escuela de la guerra para los que no la empiezan en ella misma: nada ensaya al hombre para soportar fatigas como la caza, y nada le separa de las delicadezas, afeminaciones, vicios inútiles y ridiculas ocupaciones de la sociedad, como el uso de la escopeta: yo soy uno de los que buscan como remedio eficazísimo contra todo género de desazones y fatigas de mi profesion, el monte, la escopeta y el perro: el hombre cazando

no se acuerda de ninguna otra cosa de este mundo: solo al sueño tengo por competidor de la caza para hacer revivir al hombre y olvidarle de sus penas; pero el mismo sueño es mas dulce, mas profundo y agradable despues de haber cazado. Hasta los mismos Reyes buscan y prefieren no pocas veces esta diversion, á todas las que su gran poder les proporciona, para desahogarse y reponerse de sus elevadas tareas; En que opipera mesa se gustará con tanto placer el plato mas delicado, como en el monte un pedazo de jamon frio?

La utilidad de la caza, prescindiendo de la diversion y mas ventajas que proporciona, no deja de ser de consideracion; pero tiene como todo sus desventajas y perjuicios: esta ocupacion no es para toda clase de personas, ni tomada como oficio, ni como diversion: como oficio es el peor y en raros puntos puede establecerse un hombre, que viva manteniéndose decentemente ni soste-

niendo á su familia sin otra ocupacion: puede asegurarse que entre cien que lo adopten los noventa y nueve mueren pobres: es vicio ruinoso para el que no tiene con que mantenerse: conocemos muchos que, viciados en la caza abandonan el trabajo y perecen sus familias, se hacen borrachos, holgazanes, ladrones, no pocas veces, y adquieren los mas vicios inseparables de la holgazanería: otros, aunque acomodados, abandonan igualmente el cuidado de lo que poseen y causan gastos de consideracion que llegan á empeñarlos con las reuniones de otros en grandes cazatas y bromas que á esto se siguen. A un pobre cazador hablando con entusiasmo de su oficio, le contestó un fraile que lo escuchaba.

*Cazar es buena diversion  
para el que nació rico;  
pero el pobre que la sigue,  
es muy solemne borrico.*

Como diversion, cuidando de que no llegue á vicio, y ejercitandola con método y siempre en corto número de personas, es muy buena para el que sin serle oneroso puede mantener perro, costear municiones y mas pertrechos, que se llevan algun dinero, y que bien echadas las cuentas, si se incluye el tiempo que se ocupa, nunca se queda reintegrado con el producto ó valor de lo que se caza. Cuando llega á ser vicio es perjudicialísimo á los hombres que tienen negocios y asuntos ajenos, y á los que se los encargan: yo lo sé por mi mismo y lo confieso; habiendome aficionado demasiado á la caza, tube algun tiempo que poner remedio á este mal, regalando el perro, escopeta y mas pertrechos sin volver á salir por mas de dos años, hasta que viendome curado y susceptible de cazar metodicamente sin desatender á mis obligaciones, volví con gran tino á usar de esta diversion, tal vez por dejar otras que me serían peores.

La moderacion es cualidad que debe distinguir al cazador ejercitandola en todos sus actos: hasta en regalar perdices debe ser cuerdo: un amigo mio perdió su ecsistencia política por haber regalado tres perdices: concurría conmigo á una tertulia en que había tres señoritas: estas y otras personas han sabido una aventura que á los dos nos pasára en el monte y por divertirse la sacaron á colacion: la conversacion fué animada y nosotros en desquite las ofrecimos que cuando se casasen las habíamos de regalar, á una perdices, á otra codornices, y á otra dos gazapos acompañados de un mochuelo: la oferta fué analoga á las cualidades de cada una: nos han ecsigido las dos primeras el cumplimiento de la palabra para cuando llegase el caso, la tercera no acetó la oferta: no tardó en arreglarse la boda de la primera: mi amigo estaba distante algunas leguas cuando lo ha sabido, y apresuradamente tomó la escopeta y no pu-

do matar mas de tres perdices que remitió por propio calculando el tiempo para que llegasen en el mismo día de la boda: compuso tres décimas y colgó una á cada perdiz al cuello en una tarjeta de bitela orlada con tafilete: una de ellas que es la que no he olvidado porque causó su desgracia, decía imitando á otra que se encuentra en una novela.

*Yace aquí de una Ave  
el misero cuerpo helado,  
que ha sido sacrificado  
por lo que el agresor sabe;  
en lo posible ya no cabe  
juzgar á nadie su muerte  
por quererlo así la suerte  
de uno bien conocida,  
que si á él le dió la vida,  
á otro dió civil muerte.*

Llegaron las perdices cuando estaba la comitiva en la mesa, se presenta-

ron como iban en ella; los novios se han reído mucho y casi todos celebraron la ocurrencia y la exactitud de la oferta; pero no faltó alguno que se resintiese; disimuló y prevaleiéndose hasta de medios, que me sería doloroso recordar, persiguió y concluyó con la suerte de mi amigo antes de un mes y la tubo bien fatal por algun tiempo.

Los cazadores, deben ser muy detenidos en la eleccion de compañeros y en prestarse ó nó á salir con otros: un Abogado que tenía prurito de hacerse pasar por gran cazador dandose tono de maestro en sus conversaciones por andar siempre rodeado de perros y saliendo en traje de monte, y mas prendido de aparejos de caza, que un santo milagroso de regalos y reliquias; manifestó á un amigo mio los deseos que tenía de verme tirar: yo apenas había hablado nunca con él, y un dia que salí con el otro, probablemente con su aviso, se nos agregó como por casualidad yendo

para el monte: despues de los saludos regulares y celebridad de la casualidad de la reunion, acordamos en donde habíamos de empezar la cazata: la conversacion del camino fué la ponderacion de sus perros, que luego conocí nada valian, y una porcion de aventuras de su vida cazadora y lecciones magistrales: llegamos al monte, y ví en él un atolondrado que corría como los perros, siempre sobre ellos, voceandoles como en una montería y aturdiendolos: levantaron una perdiz y la tiró á mas de quinientos pasos; diciendole yo que era tiro largo, contestó que su escopeta tenía muchos mas alcances; pero que no tenía la vista aquel dia muy clara por haber pasado la noche despachando una causa de veinte y tantas piezas: vimos poner la perdiz á ojo, y nos hemos escusado de ir á tirarla rogandole fuese él, que acetó al momento, y si bien la primera vez la tiró tan larga, de la segunda lo hizo á dos varas; así que asomó las álas entre

unas zarzas; la erró por supuesto, y desde aquel momento traté yo de aprovechar los tiros que se me presentasen, maté y tiré solo dos pollos porque sus atolondrados perros permitían tirar á pocos: el que nos acompañaba tiró á una perdiz que cayó redonda; pero al llegar al suelo, disparó su tiro el licenciado y suscitó una disputa con el otro pretendiendo que él la matara y vació en su favor todas las leyes que suponía saber de la caza: hice por convencerle modestamente y desde que se han templado, nos hemos sentado á comer: durante la comida propuso que al concluir debíamos pasar al cazadero tal, y al monte cual, de suerte que era preciso andar muchas leguas en la tarde, y por último se empeñó en que recayesemos por una romería que se celebraba de allí dos leguas: le dije que lo hiciesen si gustaban, pero que yo había de dormir una hora, y despues echar cuatro tiros: le manifesté que con tanto andar

y correr no se mataba caza, y otras cosas que no le gustaron; pero que le hicieron ceder hasta el punto de pedirme que yo dispusiese como habíamos de pasar el resto del día: dormí mientras ellos hablaron mucho, y despues volvimos al monte: salió una perdiz, la tiró como acostumbraba, yo estaba cerca y le enmendé el tiro matandola, ya no se atrevió á disputarme si había sido él: nos retiramos, y al separarnos hice que llevasen la poca caza que había muerto: los ofrecimientos de recíproca amistad se sucedieron lo mismo que el deseo de que volviésemos á salir juntos, que yo no tenía intencion de repetir; pero al otro día este licenciado acetó la defensa de un pleito contra mí sin haber tenido siquiera la atencion de insignuarmelo ni de mandarme un recado: lo empezó á defender con un ardor é interés extraordinarios, hasta separandose de la cuestion; pero yo así que leí su primer recurso le dije al que me defendía

que nuestro triunfo era seguro, que alegaba como cazaba, y le hice ver en el discurso de él y en ganarlo, muy justamente, que no era mejor Abogado que cazador: nada me desazoné por su modo de obrar, al contrario me alegré de que el pleito cayese en sus manos. Este es un aviso que doy á los cazadores para que estén prevenidos contra la ribalidad de algunos hombres que no pueden sufrir que otros cacen mejor que ellos, y que la emulacion entre los aficionados es tan temible, como la que reina en los de otras profesiones; por lo que vale mas cazar siempre solo á no ser con un compañero bien conocido, experimentado y desinteresado de la necia é inutil gloria de cazador.

La nobleza de España y el Clero aunque á éste le estaba y está prohibido, gozó casi esclusivamente del ejercicio y noble ocupacion de la caza hasta este siglo, en que por su desgracia, y por la de la nacion, abandonaron los señores sus

casas de campo, y se pasaron á las Ciudades á sustituir aquella distraccion con los teatros y otras débiles y pueriles, con que se terminó su carácter varonil, y debilitaron, se puede decir, la raza de los caballeros; pues aun los que se dedican á la carrera de las armas no pueden tener la robustez de que gozaban los que se criaban en el campo, ni su vida toda artificial puede ser tan larga: hablarán hoy mejor el castellano, serán mas instruidos en las ciencias, mas corteses, finos, y lo lucirán mejor en la corte: no sé si con esto hemos ganado ó perdido; con su ausencia de las casas de quinta, con la propagacion de las escopetas desde la guerra de la independenciam y con los vicios introducidos en la poblacion, es ya la caza de todos: hay puñtos en que desapareció la casta de ella, al paso que hormiguan cazadores que ni saben cazar ni hallan á que tirar; hasta las buenas castas de perros desaparecieron con la retirada de los caballeros,

porque siendoles incómodos á las señoras en las poblaciones, no hubo quien cuidase de que no se mezclasen las castas, y degeneraron completamente. La caza gusta hoy como antes á la gente poderosa, y las perdices no desagradan á las señoras, y las mandan comprar á las plazas ¡Que diferencia de cuando las mataban sus maridos!

El uso de la escopeta no es como algunos piensan el motivo de la escasez de la caza: se matan menos piezas con la escopeta, que se mataban antes con las redes, los reclamos, lazos y otros artificios que cogian todo un bando de perdices y apresaban varios animales: en esto sucede lo mismo que en los ejercicios; la invencion de la polvora fué indisputablemente un beneficio para la humanidad: cuando la guerra se hacía á arma blanca perecían muchos mas soldados, cada batalla era una carnicería: basta cotejar las que se encuentran en la historia con las que se dan hoy para

convencerse de esta verdad, y si bien la polvora es susceptible de causar mas estragos que la espada en pocos minutos, rara vez la estrategia le presenta masas de hombres en direccion de que pueda cebarse en ellos. Los reclamos de perdices, ó el macho de estas aves de que usaban para atraerlas á la red, fue tan apreciable en España, que aun el año de 1563 en que un par de bueyes no valía sino cuatro ducados, y una perdiz muerta solo doce mrs., se vendía por quinientos cincuenta reales un perdigon vivo: en la villa de Monforte de Lemos se vendió uno en esta cantidad por escritura pública, para cuya compra fué comisionado desde Santiago un Sacerdote, cuyo documento original conservo en mi poder. La disminucion de la caza depende de la disminucion de los bosques y dehesas en que se guarecía y criaba, por haberse reducido á cultivo, en el aumento de casas de campo y lugares que ocupan lo que antes era monte: en

la abolicion ó suspension de Señoríos cuyos territorios eran sus güaridas porque nadie entraba en ellos, y aun hoy los conocen y se inclinan á refugiarse en ellos, aunque en vano todos los animales que cazamos, y en haberse multiplicado los cazadores, porque hasta el año de 808 estaba reservada la caza como ya dije casi esclusivamente á la nobleza, y no se hallaba una escopeta, sino en casa de un caballero ó en manos de un cura.

Una arte de cazar bien completa, que abrace todos los ramos y métodos, tiene mucho que escribir si ha de servir para todas las Provincias; requiere muchos conocimientos teoricos y prácticos que confieso no tengo: por esto me limito al género de caza de que mas usamos en Galicia y en donde mas he cazado: no soy mas que un regular cazador, escribo esta obra sin haber leído ninguna arte de cazar, pues aunque cazo desde niño no se estendió mi curio-

sidad á buscar esta clase de libros: lo que sé en la materia lo aprendí en el monte, y en él, puedo decir que cazando, concebí el proyecto de esta reducida obra y la escribí en gran parte con las perdices en el cinto á la sombra de algunos árboles en los descansos que se toman, usando de una pluma taquigrafica que llevo siempre conmigo, y algun rato á las noches cuando no estaba muy rendido en las casas en que pernoctaba saliendo á esta diversion, porque las ocupaciones de mi oficio no me permiten sacrificar el tiempo que paso en el pueblo, en cosas de tan poco interés. Por esto ruego á los cazadores sean indulgentes conmigo por las faltas que noten en su lectura.



**DE LAS RAZAS DE PERROS,**  
*su eleccion, modo de criarlos, ense-*  
*ñarlos y curarlos en sus*  
*enfermedades.*

---

**N**inguna clase de animales está tan adulterada como la de los perros: el abandono en que generalmente se tienen, produjo tal degeneracion que apenas se encuentra una raza sin mezcla; pero de esto resulta la ventaja de que un solo perro sirve para todo género de caza si se sabe elegir y enseñar: cuando las razas se conserbavan sin mezcla, los perros de perdices solo servían para cazar á ellas; para conejos se necesitaban otros; para liebres, corzos, jabalíes, &c. otros de la casta apropiado, y hoy que están cruzadas completamente, se encuentran algunos

que participando de varias, tienen afición á toda la caza, y aunque predomine mas en ellos una sola, facilmente se acostumbran y sugetan á cazar metódicamente á todo, lo cual es muy economico para un cazador, mas variado, ameno y divertido; y como no es facil que solo se encuentren perdices en todo un dia que se cace, son mas útiles que los pachones los perros que sirven para todo; pero no por esto se crea que prefiero los que comunmente llaman guichos, esto es, hijo de perra de perdices y de padre mastin, sino los de padres que participan de perdigueros, pero que ni uno ni otro son muy castizos: estos son los mejores, los mas esclavos y los mas susceptibles de cazar indiferentemente, y si alguno de los padres tiene una pequeña parte de aguas, mucho mejor porque sirven para las aves acuaticas, y trabajan en los terrenos pantanosos como en los enjutos.

No deben elegirse cachorros hijos de

perros viejos, débiles ni enfermos; y si puede proporcionarse que los padres sean maestros en cazar, y aunque sean engendrados en la temporada que cacen, tanto mejor. El color es accidental para el caso, pues los hay buenos y malos de todos: sin embargo, los en quienes predomina el blanco, se vén mejor en el monte, y los muy oscuros es constante que aprietan mucho la caza y la estropean, son mas fuertes de boca, pero para trabajar y resistir no son los peores: el tamaño debe ser regular, los muy grandes se estropean y cansan mas pronto y no entran con facilidad en el monte espeso: los muy pequeños aguantan poco á andar, y aunque tengan buenos vientos, no huelen de lejos por impedirselo los tropiezos que hallan por delante: aunque las señales características de los perdi-gueros no son eesactas como vulgarmente se cree, pues la esperiencia me tiene hecho ver que algunos estrechos de pecho, de poca trompa, de corta

oreja, de hueso de cabeza tacho, de cola gruesa y aun altos de piernas y completamente agalgados, son tan buenos ó mejores que los otros; deben no obstante preferirse al elegir los que tengan aquellas señas conocidas de todos, y si en llegando á ocho meses se les nota buena disposicion y gran aficion, deben conservarse, sea su figura la que se quiera: para conocer los de buenos vientos, no hay mejor regla que la comida: cuando empiezan á comer se hacen repetidas pruebas, poniendosela cerca y oculta: el que de mas lejos y mas pronto la busque y acierte con ella, es el que mejores vientos tiene, pero no basta hacer esto una vez sino muchas hasta cerciorarse evidentemente; los vientos se disminuyen ó los pierden con algunas enfermedades: la docilidad es tambien circunstancia apreciable: no debe cortarseles la cola, el imperio de la costumbre hace parecer feos los que la tienen larga y este es un error como otros

muchos; los animales son mas hermosos segun los ha dado la naturaleza: los que nacen sin ella ó con poca, parecerán mejor así: el decir que la hieren con las espinas, ó el que se lastimen no subsana la ventaja de los que la tienen entera, porque se les divisa de mas lejos, el movimiento es mas cesacto, y es el verdadero varometro para conocer si el rastro es fijo, y para distinguir que clase de animal es el que les huele; saltan mejor los muros, y corren mas. Quanto digo sobre la casta y eleccion de los cachorros debe entenderse para cazar en paises montañosos como Galicia, Asturias, Vizcaya &c. de cuyas Provincias y mas paises montuosos trato, porque para las Castillas y mas tierras llanas de poco monte y este suave, deben ser perros castizos y que no deban casi andar mas que el cazador, si éste ha de aprovechar los tiros y proporcionar que las piezas le salgan á corta distancia.

Para que los perros sean robustos,

esclavos y capaces de superar las fatigas de la caza, es preciso criarlos de muy diferente manera que se acostumbra, sin faltarles con lo necesario para que crezcan y se desarrollen pronto; debe acostumbrarseles á comer no solo pan de trigo, sino de maíz, de centeno, patatas, castañas, en donde las haiga, y nada de delicadezas: los huesos son buenos, pero deben molerseles ó romperseles hasta que tengan un año, porque no rocen ó rompan los colmillos y dientes: está bien, que se les den sopas mientras son tiernos, pero de toda clase de pan y poco caldosas; de suerte que cuando tengan un año puedan vivir sin estrañarlos comiendo solo pan seco, huesos &c., nada de carne sola: es muy útil acostumbrarlos á sopas en vino porque los animan mucho en el monte y les impiden el padecer de lombrices, de que generalmente son muy acometidos, y no es cierto que la sopa en vino les haga perder los vientos co-

mo algunos creen: naturalmente le repugnan, pero se les acostumbra haciendoles pasar hambre, y no poniendoles delante sino la sopa mojada en él: desde que cazan se acostumbran bien á esto en el monte cuando tienen mucha sed y no hay agua cerca: yo tube uno que no solo importunaba en casa para que se le diese la sopa en vino, sino que en el monte lo bebía por el porron, y en verdad que no tube otro tan bueno ni tengo esperanza de hallarlo. Así como hay hombres para los cuales no es facil hallar remplazo, tambien hay perros que no se pagan con ningun dinero: un cazador si pierde ó se le desgracia un buen perro, ademas de no hallar con que sustituirlo, tiene que tardar tres años en hacer otro que le reemplace solo en parte: no basta hacerse con un perro maestro, es preciso que para ser bueno lo crie y enseñe el que ha de cazar con él y no otro: la cama ó nido en que se tenga desde que empiece á comer y

no mame, no ha de ser de ropa, lana, ni paja muy molida; poco á poco y gradualmente se les va acostumbrando á mala cama hasta llegar al punto de que en lugar de paja sea retama, ariaga, ó cojos para que se endurezcan y no les hagan cosquillas las espinas: deben dormir si hay proporcion siempre al aire libre, como en un salido, corral, ó en un balcon si no hay otra proporcion en los que viven en poblaciones. La aldea es la mejor para criar robustos y esclavos todos los animales; pero aun en ella no conviene tenerlos con abandono, de ninguna manera se les permitirá andar por la calle, tanto de cachorros como de perros hechos: el perro de caza no debe salir sino cuando va á cazar ó se le quite á pasear porque no enferme ó no se apoltrone: desde muy tiernos se les debe bañar y acostumbrarlos á entrar en el agua, tanto para que no enfermen con las mojaduras que llevan en el monte, como para que con

facilidad se precipiten á los rios y á los pantanos á sacar la caza que suele caer en ellos; pero esta enseñanza requiere el tino y la prudencia de no violentarlos, sino entusiasmarlos con algun elicente para que no cobren odio al agua: se empieza echandoles un hueso en ella, pan, un pájaro ú otra cosa que los anime á entrar, hasta que enseñándolos á portar se les tira la pelota, un pellejo de liebre embuelto, un palo &c. No debe echarse en olvido cuando se les da de comer dentro de casa el sacarlos á fuera así que concluyen para que mien y se desahoguen, sin recojerlos hasta que lo verifiquen para acostumarlos á que no se ensucien en casa: si duermen dentro de ella se ejecuta lo mismo antes de recojerse, con esto se logra en poco tiempo el que nunca se ensucien adentro: si se suben á las camas, se les debe pegar sin perdonarles nunca, y no con palo sino con una varita: lo mismo se hace si echan la boca á alguna cosa de

comer sin habersela dado: así se logra que no toquen á nada, que guarden la comida cuando se les encarga y aun si se quiere que no tomen nada de comer que le dé otro que no sea el dueño: así enseñé uno, que delante de mí aunque veinte personas le dicen de comer, nada tomaba hasta que yo le mandaba. Los perdigueros son susceptibles de aprender mas que ninguna otra clase de perros, todas son mas afectas al hombre que los otros animales, y entre todas las de la misma familia se distingue la de perdigueros, de que podía referir casos muy singulares: nada ecsagerado es cuanto dijo del perro el célebre Buffon en su nunca bien ponderada obra de historia natural, pero me contraigo solo á lo que se les debe enseñar para que cacen bien, y para que no sean incómodos en las casas: debe evitarse muy escrupulosamente que salgan con diversas personas; en cuanto sea posible no debe darles de comer, sacarlos á pasear,

enseñarlos, hacerles el nido ni otra operacion, sino el mismo dueño, el que haya de cazar con ellos, y cuando mas, solo el criado de casa: con esto se aficionan tan singularmente al dueño, que no se dejan tocar de nadie, no se dejan robar aunque se estravien, ni en caso de perderse buscan otra casa mas que la suya: el perro que marcha con todos no es de ninguno: repito que no deben andar por la calle ni viviendo en pueblo ni en la aldea, tanto porque se espone el dueño á perderlos, á que se los roben, que los maltraten y que se hagan demasiado familiares, como porque no se junten á las hembras, pues ademas de no contar con ellos cuando se ofrezca salir, se debilitan tanto con las perras que se envejecen en pocos años, no resisten medio dia en el monte, y comen mil porquerías en las calles que les producen enfermedades: el perro no debe tener mas vicio que el de cazar y es indudable que los que no salen sino cuando cazan,

tienen mas aficion al monte que los otros. Aunque naturalmente conocen pronto la escopeta y mas prendas del dueño, es interesante que desde cachorros, se les enseñe á custodiarlas poniendole alguna cerca del nido: los que se acostumbran á esto, aunque el cazador se cebe á dormir en el monte, puede hacerlo con la seguridad de que no se le acercará nadie que le despertará y que si le cae ó pierde alguna cosa se la buscará y traerá: cuando hay alguna pieza de caza ya muerta, es mas vigilante la centinela y la defensa que hace el perro. Conviene tener dos, tanto por que si se desgracia uno queda el otro, como porque cuando se cazan dias seguidos se alterna llevando uno un dia y dejando el otro encerrado: así se logra tener perro descansado y útil, pues por buenos que sean se hallan pocos que resistan dias continuados en el monte, á lo menos que trabajen tanto como el primero. Yo nunca tengo mas de uno, cuando se

muere ó desgracia lo reemplaço: por tener muchos perros ni llevar muchos al monte, no se mata mas caza: solo sirven de confu-sion y desorden. Las per-ras aunque tienen muchos aficionados, causan incomodidades y son inútiles en las temporadas que castizan, paren y crian. Algunos dicen que es conveniente dejar mezclar al perro con las hembras algunas pocas veces antes de cumplir los tres años para que se desarrollen; pero yo tengo por malo el que se vicien y nunca los deço tocar á la hembra.

La mayor parte de las enfermedades que padecen los perros, proceden del abandono en que se les tiene, y del modo de mantenerlos. El moquillo de que pocos cachorros se libran, es producto de la carne que se les da á comer, de la poltronería ó falta de ejercicio, de estarse horas enteras echados al sol sufriendo sus ardientes rayos, cosa que les gusta mucho, de permi-

tirles estar arrimados al fuego, ó metidos en la ceniza en los hogares: de tenerles el nido húmedo y sin renovárselo ni ventilárselo: de comer carnes podridas de animales, que con tanto afán buscan: de beber aguas inmundas y corrompidas, y de otras cosas semejantes: varios se libran de esta comun enfermedad, si no se les mantiene demasiado, si se evita todo lo que dejo dicho. Cuando la contraen, se les debe auxiliar al momento que se les note; porque si no se les corta, ó mueren, ó quedan lisiados como paralíticos, sordos, cortos de vientos, y algunos locos. Muchos son los remedios conocidos: el azufre en leche, el agua ferrea, el polipodio, las purgas, el aceite de bayas de laurel echado por los oídos, y otros varios; pero ninguno promete la seguridad de que no quede lisiado el animal: el único, el mas eficaz, mas pronto y capaz de dejarles sin alifafes, es el sedal ó rotura de la piel para

que purgue y se le estriga el humor que les carga á la cabeza, pero no como generalmente lo hacen los albeitaros, y si á fuego, lo que se ejecuta de esta suerte. Se calienta un asador hasta que esté bien rojo: se le mete la cabeza y orejas para que no las queme, dentro de la boca de un costal, ó se le atan con un pañuelo tendidas sobre los ojos: una persona mete el perro entre piernas, y otra le sujeta por la cabeza: se le levanta con una mano el cuero ó talon del pescuezo por encima, y no hacia la garganta, y se le pasará con ligereza el asador, de suerte que las dos cisuras que deja queden á los lados del pescuezo, y algo procsimas á los oídos, pero sin tocar al nervio del arranque de la oreja: nada se les pone en las cisuras, para que purgue por ellas, y se les laban con agua de malvas ó templada; así que concluye de purgar cicatrizan pronto, y todo el daño que puede suceder es que

le quedan dos marquitas sin pelo, que esto nada importa respecto de la confianza y seguridad de que no se pierde el perro, ni queda inútil.

La sarna, lepra, vicio herpético, y erupciones, tambien las adquieren de tener vida regalada, engordar mucho y no trabajarlos: de sufocones, cuando están muy gordos, sí salen á cazar, y se zampan calientes del sol en los pantanos ó arroyos: del roce con otros perros sarnosos: de juntarse á las hembras cuando no están acostumbrados, y están muy holgados, gordos y viciosos, ó cuando las mismas hembras ú otros perros que andabiesen con ellos están enfermos. Para estas erupciones y resecações, son útiles la purga, los baños templados, refrescos de agua clorurada, si les ha caído el pelo, de fricciones de mercurio, poniendoles bozo para que no se laman, y otras cosas semejantes; pero en este caso, sin desatender á

los remedios, el llevarlos á cazar y pasear mucho sin sufocarlos, y el alimento húmedo, caldoso y fácil de digerir, ó que contribuya á purgarlos, causa tanto ó mas efecto que las medicinas.

Se envenenan los perros facilmente cuando sufocados en el monte, ó yendo de camino, sufren gran calor y se precipitan á beber en pantános de agua corrompida, y particularmente con la en que estubiese á remojo el lino: por el mes de agosto es muy espuesto esto, y se debe evitar cuidadosamente conduciendolos á beber en agua clara y corriente, para no obligarlos á que beban la corrompida: cuando acontece esta desgracia, luego se les nota que no pueden recoger la lengua, gruñen y se les advierte algo de ronquera: hacerles beber aceite, ó echarselo si no lo tragan, es útil en este caso: una purga muy activa tambien puede salvarlos, y aun el cauterio, como dige

del moquillo y los sedales; pero la curacion es muy difícil si los auxilios no son pronto: pocos libran de estos ataques, no duran sino cuatro ó cinco dias lo mas, y parece que tienen algo de lo que los albeitaes llaman rabia mansa.

La rabia, de que tantos perecen y tantos estragos causan, puede evitarse mucho que no la padezcan, con que no salgan á la calle, por la esposicion de ser mordidos de otros: con no dejarlos estar espuestos á los rayos del sol, de que tanto gustan: con no ecsasperarlos por ningun pretesto, y sacarles las moscas de caballerías, una de las cosas que mas los incomoda: con purgarlos por el verano quando no cazan: con tenerles agua fresca para que beban siempre que tengan sed, de cuya precaucion se olvidan los que los tienen encerrados ó en los corrales: con no dejarlos restringir por falta de ejercicio, &c; mas quando se apodera de ellos, que

luego se les conoce por no querer comer ni beber: dar carreras repentinas, y volverse á quedar, aspecto de fiereza y tristeza, ponerseles los ojos encendidos, y sobre todo huir del agua que se les enseñe ó ponga delante; lo mejor es encerrarlos y evitar toda comunicacion con ellos, tanto de animales como de personas: aunque no ha revelado todavía la naturaleza el preservativo verdadero de esta cruel enfermedad, ni el modo seguro de curarla, no debe abandonarseles hasta que se les manifieste claramente; pero los remedios deben aplicarseles solo por el dueño, á quien, y no á otro respetan y sufren en los primeros dias, y con la precaucion de no inspirar su aliento, y de que la baba no toque á las manos ni parte del cuerpo, usando de guantes: sangrarlos, purgarlos activamente, bañarlos mucho, echarles sedales y aun el cauterio como para el moquillo precabiendose de sus mordeduras; éstas

cuando las dan por sobre la ropa particularmente por sobre paño ó cosa de lana, no son espuestas, porque el diente llega enjuto como un clavo á la carne; pero se debe mudar la ropa que se tubo vestida cuando se le aplicaron los remedios, metiendola al momento en agua y labandola: el carño que se tiene á los perros, y el sentimiento de perderlos, obliga á estas esposiciones, que mejor es no tenerlas, y en conociendose que la rabia se declara, matarlos ó conservarlos encerrados hasta que mueran.

La mordedura ó picadura de las culebras, hace perder muchos perros: los que cazan á uña ó á rastro, y no á vientos, están mas espuestos á esta contingencia, porque andando con el ocico prócsimo al suelo, fácilmente los pican en él, ó en las narices, y algunas veces en las piernas: de esto se curan pronto y eficazmente si el cazador no se descuida: inmediatamente que suce-

de se marcha á la casa mas inmediata, se calienta un hierro al fuego, y se le aplica sobre la picadura, quemandole lo preciso: este cauterio es lo mejor: tambien es bueno conducirlos á un arroyo ó fuente, y con una piedra se le friega y laba la herida, deshaciendole la carne hasta que sangre; pero ninguna cosa mejor que el cauterio.

Padecen mucho de lombrices ó gusanillos semejantes: tengo bien observado que las verduras cocidas y caldo de legumbres con que algunos los mantienen mas que con pan, es el alimento mas apropiado para germinar aquellos insectos: caldo con verdura es lo peor que pueden comer los perros, no solo por las lombrices, sino por lo pesados, flojos y holgazanes que se hacen con él: la temporada de caza no deben probar caldo los perros, á no ser que se pongan algo malos, y entonces sin ninguna verdura: el uso del vinagre en la comida, y el de algun vino son bu-

nos remedios; y sobre todo el ejercicio activo: cuanto mas trabagen, menos padecen de lombrices: la purga del polipodio es buena para hacerselas espeler.

Los cólicos ó dolor de vientre son muy frecuentes en los perros: cuando se les observa ruido en las tripas, y tristeza, debe sacarseles al campo: al momento curan ellos esta enfermedad, y las indigestiones porque naturalmente se inclinan á buscar con afan yerbas tiernas; las comen, y bomitan ó se purgan, con lo que sanan: si la casualidad hiciese que no se puedan sacar al campo, se manda á buscar yerba tierna, retoños de trigo, cebada ó forrage muy tiernequita: se pisa en un almirez, se le mezcla aceite ó azúcar, se les da á comer, y surte el mismo efecto.

Cuando se apoderan de ellos mucho las pulgas, deben untarse con aceite, ó peinarlos y labarlos con agua salada.

Las carrachas deben sacarseles cuidadosamente, si se les llenase mucho de ellas la cabeza ó el pescuezo: y si volviesen á aparecer aunque se les arranquen, untarle aquella parte con mercurio.

Las trilladuras que, ó por su peso ó por mucho andar, ó con las espinas, le inflaman los pulpillos de los pies y los hacen cogear, se les curan de un dia para otro aunque cacen dias continuos: se les meten las patas á la noche en el orinal, y este baño de la orina se las fortifica: tambien el agua caliente cargada de sal; pero lo mas facil y sin riesgo, es la orina: se trillan mas andando camino en los viajes que en el monte. A los que son muy blandos de pies, se les ponen unas calzas de cuero como bolsas, con agujeros para que salgan las uñas, y atadas sobre el pié al rededor de la pierna; pero esto es un embeleco, y teniendo cuidado de bañarseles con ori-

na, no se necesita acudir á tan fastidioso recurso.

Sin que este lugar sea muy apropiado para ello, me atrevo á manifestar una observacion que tengo generalmente por ecsacta: la aficion á los animales, y el no poder sufrir que se los traten mal; tal vez me habrá prevenido demasiado en lo que voy á decir. Observé siempre y reconozco como un principio, que todas las personas que aborrecen y odian á los animales y particularmente á los perros, no estando todas de un buen fondo moral, son por lo regular inhumanas, enemigas de sus semejantes, y de intenciones nada sanas: si alguna virtud reconozco en ellas es aparente y artificial: requiero á los lectores ecsaminen la vida, costumbres y conducta de los enemigos de los perros, y dén el valor que se merezcan á mis observaciones y prevencion.

## *Como deben enseñarse*

*los perros á cazar para que el dueño  
no se fatigue en el monte y  
ahorre tiempo y trabajo.*



**L**o primero que se les enseña á los cachorros es á portar ó traer á la mano, cosa muy fácil, que lo hacen enredando con una pelota, un trapo ó rollo de cualquiera cosa, un pájaro muerto, &c. ocultandose para que hagan diligencias en su busca hasta dar con él, para aprender á recobrar las piezas perdidas, echandoselas en el agua, como ya dije en el modo de criarlos, para que no recelen entrar en ella: en seguida se les acostumbra al ruido de los tiros, empezando con la escopeta vacía y solo el pistón, haciendo esto

al mismo tiempo que se les tira el enredo que se les manda portar: antes de cumplir los seis meses, no debe llevarseles al monte, y solo á paseo, en el cual, junto á un muro, ó en casa cerca de una mesa ó silla, se les enseña á subir por encima de las espaldas del cazador, para facilitar en el monte el acceso á los muros altos; de suerte, que para saltarlos pronto, lo mismo que las estacadas, basta llamarlos y á la voz de «sube» inclinarse hacia el suelo, bajando las espaldas algo arrimadas al muro, para que le sirvan de escalon al saltarlo: esto se les enseña entre dos personas con facilidad, la una bajandose y arrimandose á la silla, mesa ó muro, y la otra poniendole á su vista alguna cosa de comer encima para que el deseo de cojerla le obligue á subir por encima de las espaldas: desde que lo hacen con la comida, se les repite con el enredo que se les enseñe á portar, de modo que á pocas lecciones, solo

con ver reclinarse al dueño, ya le suben por la espalda: en estas operaciones se les llama y repite por el nombre que se les ponga, que debe ser de una, dos ó tres sílabas ó letras lo mas, para pronunciarle breve y marcadamente en un solo sonido ó articulacion. Esto me proporciona decir y rogar á los cazadores, no pongan como imprudentemente se acostumbra nombres de hombres célebres á los perros, en cuyo abuso insultan las cenizas de racionales virtuosos y de gran mérito, que aunque no hayan pertenecido á nuestra nacion, y profesado distintas religiones, merecen por otras razones gran consideracion y un debido respeto á sus semejantes, que no tienen derecho á vilipendiar ni infamar su nombre, confundiendolos con los perros. Las perdices muertas y aun vivas, son lo mas apropiado para estos juegos afin de que se impregnen de su olfato y le conozcan luego, cuidan-

do al portarlas, de no molestarlos ó fatigarlos, ni dejarlos nunca mucho tiempo con ellas en boca, y evitando la costumbre de que las aprieten.

Las primeras veces que salgan á la caza, deben llevarse á los pastos y no al monte áspero hasta que conozcan y fijen el rastro: se les enseña el sitio en que hayan comido, ó la tierra en que se hayan revolcado y espocilgado las perdices: con otro perro que sea maestro, y se lleve atado para ponerlo en el sitio que olió el cachorro, y que siga el rastro viendolo el pequeño, y que por casualidad halle las perdices y las vea salir, y mucho mejor si se mata una á la salida y antes la paró el perro maestro y la portó, ya no se necesita mas para cobrar aficion: á todo este artificio suple en los mas su inclinacion natural; pero algunos necesitan enseñanza y estímulo para aficionarse: puede decirse, que con un perro maestro no es preciso

dar á los cachorros mas instruccion que la de llevarlos con él al monte; pero aun sin él se acostumbran y enseñan bien.

No debe castigarseles por que rompan ó no paren las perdices de nuevos: los de buena casta las paran naturalmente, y con la práctica se van acostumbrando á ello: en los pastos no es facil esto porque las vén apionar y se tiran á ellas. Cuando las perdices tienen alguna espesura en que detenerse, las paran mas facilmente los cachorros; sin embargo, á los que son duros de genio y no quieren obedecer ni detenerse, preciso es obligarlos y enseñarlos: esto se egecuta poniendoles un collar con uno ó dos punzones por la parte interior, y llevandolos por el cordel cuando llegan cerca de la picza, se tira de él, les pica el punzon, y se detienen, se les contiene largo rato, y á la voz de «entra» se les afloja para que la rompan: como esto no es muy

facil de practicar en el monte ni en donde baiga poca caza, se suple con una perdiz viva, á la partida, ó con las guias cortadas en una era ó un corral.

Debe tenerse especial cuidado en no lastimarlos en las quijadas ó la boca para sacarles las piedras que portan, y aprietan y no quieren soltar, porque hiriendolos es muy comun no querer volver á portar otra: por el contrario, debe acariciarseles mucho cuando llegan con ellas, y suavemente quitarselas, volviendoselas á tirar para que las traigan dos ó tres veces hasta que pierdan el furor con que las apresan: en todo lo demas se tratan igualmente con dulzura mientras son cachorros, no castigandolos con rigor, sino haciendolos obedecer con la mayor suavidad: los perros hacen como las mulas, si adquieren un siniestro, siempre lo conservan.

Hasta que tengan año y medio ó dos años, que hayan cazado á per-

dices una ó dos cosechas, y que sean maestros en esta caza, debe evitarse en lo posible que persigan liebres, conejos ni otros animales de pelo; porque si empiezan cazando á todo, rompen con facilidad las perdices y no se sujetan á pararlas; pero despues no hay ningun inconveniente y aun es muy útil, porque nada los hace tan esclavos: y especialmente con los conejos se acostumbran á meterse sin recelo en los matorrales y monte espeso: propiedad muy interesante hasta para cazar á perdices, tanto para recobrarlas cuando caen en alguna espesura, como para sacarlas y buscarlas cuando se güarecen en el monte espeso. Tampoco no conviene enseñarlos á cazar con codornices, porque se hacen muy detenidos, tardíos en salir de un punto, ó como vulgarmente decimos, fozones. En llegando á cumplir tres años, ya se les puede dedicar tambien á corzos, jabalíes, y caza mayor; pero sujetandolos á dete-

nerse cuando emprenden la carrera y salen de tiro, cosa muy interesante, por que no se estropeen: el que no se acostumbra á esta sujecion y docilidad, es muy incómodo en el monte, particularmente con las liebres, que suelen perseguirlas medio dia, dejan al cazador burlado, sin perro para continuar cazando, y cuando vuelven llegan estropeados é inútiles para el resto del dia. Yo tengo actualmente uno, que aunque vaya con una liebre delante del ocico á carrera tendida, á la voz de »alto» como la oiga, suspende la carrera, la deja y se viene á los piés, apesar de que él los tiene tan buenos, que ya divirtiéndome en verle correr, mató tres liebres viejas, diversion que no quiero repetir, porque la última tardó mas de hora y media en rendirsele, y quedó tan estropeado que nada cazó en el resto del dia, y por mas de cuatro estubo tendido, y creí que se reventára.

El hacerlos detener en rastrear siempre que se tira, y obligarlos á echarse mientras se carga, es indispensable para aprovechar los tiros y los momentos en que se hallan las perdices ú otra caza: á esto se les enseña agarrandolos las primeras veces, si cae la pieza á que se tiró, desde que la traen á la mano, y si no se mató contentiendolos igualmente usando de la voz »carga» pero sin pegarles por no acobardarlos demasiado: á esto se hacen luego, de suerte, que se echan y estan mirando, esperando con impaciencia ver la última operacion de la carga, y poniendose en pié al ver ó sentir montar ó martillar la llave: con esta escuela, se van tirando con calma las perdices una á una, cuando no se levantan todas juntas, y si es en monte algo espeso se aprovecha mejor la ocasion y los tiros: el perro que adquiere esta costumbre, ya sin decirle nada se viene á los pies de cada tiro que se

yerra ó se queda en ellos con la pieza que porta hasta que vea se volvió á cargar: no debe permitirseles que corran atrás de las perdices cuando se les tira ó se levantan ni que las ladren, porque esto causa dos perjuicios; el uno, hacer levantar las mas con la carrera y el ruido, y el otro no velarlas: quedándose quietos mirandolas, marcan mas bien el sitio en que caen si se matan, y si van heridas, la vista del perro es alguna vez mas prespicaz que la del cazador para conocerlo, y desde que el perro es maestro, conoce luego si va picada, y hace esfuerzos para que se le permita seguirla, y la busca despues con mas afan en la quebrada ó direccion que llevó. La voz á que debe acostunbrarseles cuando no caen redondas, es la de »perdí» el frecuente uso de ella, y de hallarla oyendola repetir, hace que despues con solo oirla, aunque no se tirase, busque afanadamente en el punto que se le señale.

Las señales de la mano ó del pañuelo para que busquen á la derecha, á la izquierda, arriba, abajo, ó adelante, se les enseñan en un campo ó era, con una perdiz muerta ó mejor viva, tirandosela primero para que la traiga, y despues ocultandosela, y desde alguna distancia señalarle con la mano hácia donde está, y tirandole una piedra cerca del punto, para que yendo hácia allí la halle y la traiga: esto tampoco no es difícil de aprender, y sirve de mucho descanso en el monte; porque un perro así enseñado tiene siempre el cuidado de mirar de cuando en cuando al dueño, y éste sin moverse ó estando sentado en un punto elevado, le hace registrar la distancia que quiere, y los sitios en que le parece puede hallarse la caza: cuando la hallan ó encuentran rastro, se anda hácia ellos, y llegan á acostumbrarse á esperar todo el tiempo que el cazador quiere tomarse para llegar, y aun á venir á avi-

sar cuando la hallan sin verlos; pero esto no lo hacen todos.

El modo de enseñarlos á que se alejen del cazador, y que éste no tenga que andar tanto como ellos, es el siguiente: = se les conduce cuando están descansados y descosos de andar, á una heredada, agro ó estibada cercada en que haiga pastos, y en que se sepa hay perdices, y á una hora del día en que deban estar en él: despues de presentarles las espaldas para que suban, sube tambien el cazador, y se queda sobre el muro sin seguirlos ni llamarlos: en un principio andan un rato y se vuelven hácia el dueño; pero éste por muchas veces que vuelvan no debe moverse, sino cuando mas á otro punto de sobre el muro sin atravesar el terreno, haciendo esto las veces que sea preciso hasta que lo anden todo: si hallan la caza, se va hácia ellos; pero sinó se da vuelta despues de llamarlos, sin haber atravesado la estibada: con la repeticion

de la ida ó idas al mismo sitio, ya á la segunda vez el cachorro, á la tercera ó á la cuarta, por la costumbre, recorre y cruza todo el cercado sin que el dueño salga de sobre el muro, ó sin que haga mas que acercarse á él: esta continuacion de ensayos y la progresiva variacion de unas estibadas á otras, enseña á los perros á que cuando van siendo mas crecidos, suban al momento que se les manda ó se avisten los cercados, ya que sin cruzarlos como cuando mas tiernos, dén la vuelta redonda por adentro de él, y no hallando rastro al rededor se vuelvan y llegan á perfeccionarse en términos que cuando son maestros, si cazan á vientos no hacen ya mas que subir al muro y con la cabeza erguida observan si les llega algun olfato, si no conocen ninguno se vuelven para atrás seguros de que no hay nada allí; pero los que cazan á úña ó rastro, aunque lleguen á maestros dan

la vuelta completa al rededor de la estibada ó cercado: esto que aprenden en los cercados luego lo practican en el monte abierto, cuando ven que el dueño se pára y se coloca en algun punto elevado, desde el cual, con la mano ó el pañuelo, los manda á donde quiere que registren: de esta suerte se caza con comodidad, porque el tener que andar tanto como el perro y seguirlo siempre, es muy penoso: mientras son nuevos no se les debe castigar cuando se páran ó no quieren registrar, por que no se acobar-den y adquieran el vicio de no andar sino siguiendolos: cuando el perro no anda ó no registra, alguna causa tiene para ello, que por lo regular es por no estar bueno, estar cansado ó muy harto de comida. Como los perros se hacen buenos matandoles muchas piezas, debe ponerse cuidado en no errar los tiros en estos primeros ensayos, y no tirar si no sale porporcionadamente

la pieza. Si por casualidad levantan alguna liebre en estas primeras lecciones y no se matase del tiro, debe contenerse al perro é impedir que la siga por lo que llevo dicho de hacerlos obedecer para que no se estropeen con las carreras.

De las lecciones en terrenos descubiertos, se pasa á los en que no pueden ver al cazador, como los maízales y otros frutos: en estos se hace la misma operacion de ponerse sobre el muro, con la diferencia de no salirse de él hasta que el cachorro vuelva, para acostumbrarle á salir por el sitio donde entró, y que sepa que allí ha de hallarle siempre á la vuelta: desde que son crecidos nada importa mudarse porque le siguen por el rastro.

En todo tiempo es conveniente que el perro lleve cascabél; pero tapado en sitios descubiertos, y en los maízales, trigos, bosques y espesuras, debe abrirseles para que toque y se sepa

á donde anda el perro: yendo de camino debeni llevarlo abierto, para que por la falta de su sonido conozca el dueño si va distraido, la del perro, sea de noche ó de dia: del cascabél se debe hacer un uso muy moderado, pues en sitios descubiertos ó monte raso espanta las perdices, y aunque no se levanten echan á correr ó apionar y le hacen andar á uno mucho, ó se levantan fuera de tiro: andando á conejos en sitios espesos, debe siempre tocar el cascabél, lo mismo que á perdices en tiempo de pollos, mas no desde que entra el mes de octubre hasta marzo, á no ser cuando las perdices se echan en los matorrales: en estos y los maizales el cascabél es la señal que tiene el cazador para saber si el perro halla caza, y el varómetro que le señala si son perdices, liebre ó conejo: con rastro de perdices suena poco á poco, y así que cesa un rato es seguro que ya el perro está parado con ellas, y enton-

ces se anda á prisa hácia el punto en que se oyó tocar la última vez para poderlas tirar: si es liebre toca á prisa y cruzando algo repentinamente; en este caso se tiende la vista al rededor para colocarse en portillo, acueducto ó camino que haiga al rededor para poderla tirar á la salida: con rasaro de conejo suena el cascabél tambien á prisa, pero con mas interbalos que con la liebre, y dando mas vueltas y haciendo mas cruceros el perro: este ruido avisa igualmente al cazador para que se coloque oportunamente; pero debe detenerse mas en el punto que elija, porque el conejo da muchas mas vueltas comunmente que la liebre antes de salir.

El conocimiento de si el rastro es de perdices, de liebres, conejos ú otra cosa, depende de la costumbre de ver y observar al perro, y de los movimientos de éste con la cola, piernas, y mas partes del cuerpo: no en todos los perros son

idénticas estas señas; pero se diferencian poco, los mas con rastro de perdices, caminan pausadamente y la cabeza erguida si cazan á vientos, levantando de trecho á trecho una mano ó pata y quedandose sobre las otras tres, volviendo á menudo la cabeza hácia el dueño para que le siga y como señalándole que allí están, cuando mascan ó abren y cierran la boca, las tienen muy cerca, lo mismo que cuando se sientan, se echan ó marchan rascandose la barriga contra el suelo: con rastro de liebres, se detienen algo oliendo al suelo, hacen unos cuantos movimientos con la cola y corren un poco, dan alguno que otro salto mirando al rededor á ver si se le levantó y uno ó dos ladridos: con rastro de conejos se detienen mas oliendo el suelo, coleando mucho, yendo y viniendo al primer sitio donde halló el rastro, y cruzando mas el terreno, y algunos ladrando mucho: los ladridos hacen distinguir y

conocer que caza lleva por delante, algunos no hacen mas que avisar: apesar de que por el sitio en que se halle el rastro ó señales de escrímento, pisadas &c. se infiere al momento que clase de caza es, no debe tener una absoluta confianza en esto el cazador, pues la casualidad hace que en sitios de perdices se halle conejo ó liebre, y en sitio de éstos perdices, cuando no zorro, lobo, corzo ú otra cosa.

Algunos perros adquieren el vicio de rodear las perdices; quiero decir, dar una gran vuelta cuando llevan su rastro ó las ven apionar, cortarlas ó anteponerseles para que no se escapen, parandolas hácia el cazador: los que hacen esto de ordinario son buenos, su intencion ú objeto es muy plausible porque se reduce á privarlas de que no huyan ó no puedan escaparse al cazador; pero á este le es muy perjudicial, por que suelen levantarsele hácia él mismo ó remontarsele por sobre

la cabeza ó subir largo trecho perpendicularmente viendose entre dos enemigos, y estos son tiros mas difíciles que á las que salen delante del perro y del que las tira: esta costumbre no la adquieren sino desde que son ya maestros, y cuando lo hacen las primeras veces debe pegarseles, contenerlos y hacerlos volver al punto en que empezaron el rodeo, y sino se logra contenerlos, tomar á prisa el mismo rodeo que ellos si se puede, y ponersele detrás para que la perdiz salga recta ó á lo menos sobre un lado. Mientras no fijan bien el rastro debe el cazador mantenerse inmóvil por no pisar el sitio por donde han pasado, lo cual impide al perro muchas veces su continuacion y le obliga á seguirlo al revés pareciendole que allí se cortó: aunque se vea la caza no debe sacarse al cachorro del rastro, dirigiendole por el atajo para que se acostumbre á continuarlo hasta hallarla: con perros

viejos no hay inconveniente en hacer lo contrario.

Los cazadores que no saben silvar metiendose los dedos en la boca, deben llevar un silvo como los de los serenos ú otro bien penetrante para llamar al perro cuando se estravía ó no le permite oír el ruido del cascabel: el collar y hevilla de éste debe ser estrecho y ajustada á la correa para que no quede prendido por él en algun matorral, y no tan flojo que pueda pasar una mano por él, lo que sucede algunas veces sin saber en donde está el perro, que no todos chillan, y es facil perderlos.

Estas son las reglas y señales mas generales: al tratar de la clase de caza en particular daré las que son peculiares de cada una.



## ***DE LA HIGIENE*** ***del Cazador.***

---

**A**sí como el cazar con método contribuye á la conservacion y aun al restablecimiento de la salud, tambien el abuso de este ejercicio y el abandono ó falta de conocimiento de las precauciones indispensables para ejercerle, acarrea graves enfermedades y acorta los dias de la vida, mas pronto que las otras diversiones violentas. Todos los hombres deben regirse por una higiene particular propia y dependiente de la constitucion fisica de cada uno, de su edad, de sus achaques habituales y otras causas que impiden el que todos tengan un mismo género de vida: por esto no se puede prescribir

un método fijo é inalterable para todos los cazadores: hay sin embargo precauciones que con muy cortas modificaciones deben observarse por todos los que cazan; tales son en primer lugar el uso de ropa, que sin que deje de abrigar lo bastante, no sufoque demasiado, que sea mas ligera en verano que en invierno, que la chaqueta sea cerrada ó abrochada, aunque floja para impedir que un golpe de viento sorprenda el pecho ó corte la traspiracion: el calzado debe en todas las estaciones ser delgado; pero mas grueso en invierno y tiempo humedo: y tanto para evitar el agua en invierno, como para impedir el rocío frecuente en las mañanas de verano, debe untarse ó adobarse con sebo ó con alguna composicion que le haga impermeable v. g. con la siguiente receta. = *Betun*: Media libra de sebo, cuatro onzas de manteca de cerdo, dos de trementina, dos de cera virgen,

y dos de aceite comun, incorporando todo al fuego, hasta que se haga una pastilla. = *Uso*: = se calentará el calzado á fuego lento todo lo que pueda resistir la mano: se untará con los dedos el calzado, manoseandolo hasta que absorva el cuero una porcion de aquel betun. Quando se vayan á poner, parecerán duros, pero ablandan al momento con el calor del pié. Con este calzado se podrá cazar dias enteros por pantanos, sin temer la humedad ni el agua; pero conviene que los zapatos tengan clavos, para evitar los resbalones: el uso de esarpines de lana por encima del calcetin es muy bueno, conserva el pié caliente y absorve alguna humedad que penetre; pero el que lo resista debe gastarlo á raiz de la carne sin calcetin de hilo, porque cuando éstos se humedecen, incomodan mucho pegandose á los piés, lo que no sucede con la lana: con ésta por debajo de los piés, parece que se

anda mas; pues da una especie de elasticidad que ayuda á subir el pié: causará esto, el tenerle mas separado del piso firme del zapato; aunque es verdad, que los animales que les sale la lana por entre la uñas y pisan sobre ella, como la liebre y el conejo, corren mucho, é yo creo que lo deben tanto á esta circunstancia, como á su estructura física: el que lleve jaca al monte ó criado, no debe ir sin unos zapatos y unos escarpines en la alforja para mudarse si se moja.

No debe salirse á cazar, sin lavarse la cara, frotandose mucho el pescuezo y la nuca con la toalla, los que son retocados de fluxion ó se les carga algun humor á los ojos, echando en este caso unas gotas de aguardiente en el agua para que fortifique algo la vista. Los cazadores habrán observado, que esta precaucion y limpieza, no se toma en vano, porque hay ciertos dias en que, por sana y fuerte que se tenga

la vista, no labándose y aun haciéndose lo dicho se apodera de los ojos, una especie de nieblina ó humor, que á cada paso obliga á usar del pañuelo, otros lagrimean sin saber por qué, y no está la vista firme y limpia cual se requiere para cazar: el rocío de la mañana, el aire, el levantarse de cama traspirando ú otro accidente, pueden producir esto en la vista, y á los que le sucede, no será tan fácil le acaezca, frotando la nuca para llamar atrás el humor, y lavandose con la mezcla de aguardiente en el agua.

La calidad de los alimentos y su uso en el monte, debe ocupar el segundo lugar de precauciones: no debe salirse de casa sin deayunarse, y á los que tienen la costumbre de hacerlo con aguardiente ruego la substituyan con otra cosa: es buena comida huebos duros cocidos con la cascara, baca, jamon, y otras carnes frescas ó aves, menos cabrito ni cordero, que suelen aflojar

el vientre: nada de pescado, á no ser tortilla de bacalao muy desalado y hecha con el menos aceite posible: las empanadas siendo de carnes y hechas con manteca de puerco y de baca, son muy buenas, pero muy malas de pescado con aceite: en el monte no debe hacerse ningun uso, de esta lacsaute y débil grasa, que hasta puede contribuir á quebrarse: es mala la costumbre comer, almorzar y merendar varias veces en el monte: los que puedan acomodarse á una sola comida al medio dia como si estuviesen en casa, lo pasarán mejor. El excesivo apetito de comer y beber que produce el ejercicio de la caza, trae malos resultados, si uno se deja llevar de él hasta saciarse, y el que no vive sobre sí, conoce tarde los malos efectos: el ánimo y aliento que se adquiere con comer y beber mucho, es solo momentaneo, y con la misma facilidad que aumenta y recobra las fuerzas, las disminuye despues,

y debilita los órganos digestivos. Al que no le siente la comida fría, le es fácil encender lumbre y calentarla sobre las brasas: es preciso gran cuidado en no comer hasta después de haber descansado largo rato, que esté cortada perfectamente la traspiración, y comer con sosiego y detención, eligiendo para sentarse un parage muy enjuto, abrigado y en que no dé el sol; sentándose sobre el morral ó capa para que no le toque ninguna humedad ni frescura del terreno: no hay que hecharse sobre éste repentinamente, antes de que se corte el sudor: no dejarse llevar del gran apetito de comer y beber, que causa el ejercicio de la caza: comiendo mucho y aprisa, se halla uno muy pesado y poco se caza después: del vino se debe hacer un uso muy moderado, y nunca beber sin comer: mas pronto se apaga la sed, reteniéndose algo el vino en la boca, á cortos tragos, que colándose de un

golpe, la mayor parte de la bota: por comer aprisa no se mata mas caza; el tiempo llega para todo, si se sabe medir, distribuir y aprovechar: sobre la comida no debe echarse á andar, detenerse un rato, dormir una ó media hora sobre la capa ó manta si se lleva, ó en un sitio muy enjuto sobre algo de leña tapandose la cabeza y cubriendo la cara por causa de las culebras ó insectos, y siempre el perro al lado: los que fuman moderadamente, toman este buen entremés para cortar el sudor: descansar un poco, antes de comer, y despues de despertar; pues es muy malo partir repentinamente sobre el sueño ó medio dormido: los cazadores, deben hacer los esfuerzos posibles para evitar el vicio, mas que necesidad, de bajarse á beber agua en cuantas partes la hallan: la sed se mitiga mascando una hoja de tabaco, fumando un poco y no agitandose á andar: los que no puedan sufrirla, deben llevar

un pequeño frasquillo con rón ó aguar-  
diente para mezclarle unas gotas al  
agua: sin este auxilio, se bebe sin ha-  
cer daño, de este modo: se toma un  
sorbo de agua, se mantiene en la boca  
hasta que se calienta ó templá con el  
calor de ella y se traga, se toma otro  
y se hace lo mismo: y así hasta cuatro  
ó cinco veces, y despues se puede ya  
beber sin riesgo, porque los sorbos de  
agua templada abrieron, digamoslo así,  
paso al estómago, y evitaron la sor-  
presa que causa en él la llegada re-  
pentina y el peso del agua fria: el que  
logre acostumbrarse á no probarla en  
el monte saldrá mejor: yo hace mas  
de cuatro años que no la pruebo aun-  
que sea en todo un dia del mes de  
agosto, hasta el anochecer, que despues  
de haber llegado á casa, bebo como  
siempre un vaso de ella, y no me costó  
gran trabajo adquirir esta costumbre.

En tercer lugar debe observar el  
cazador como regla higienica, el modo

de andar en el monte, tanto para no esponerse á una de las frecuentes desgracias con la escopeta y la pólvora, como para no herirse, quebrarse, relajarse del pecho, ó romperse una pierna: el uso del cinto, es muy útil tanto para apretar la cintura, sostener esta parte débil y no quebrarse, como para colgar en él provisionalmente alguna pieza, mientras no se llega á donde está el mozo para entregarsela: debe evitarse lo posible el cargar con la caza á costillas: todo lo que pase de media docena de perdices, incomoda mucho: una liebre ó dos sufocan mas que nada, y cuando uno va solo, es una desgracia matar á la mañana una ó dos liebres y tener que cargar con ellas todo el dia: lo mejor en este caso es ocultarlas bajo una piedra ó sitio impenetrable al zorro ó á las rapiñas, por donde se haya de volver á la tarde á buscarlas; poniendo cuidado en que algun pastor ó labrador no le

vea hacerlo para no quedarse sin ellas; ó sino pagar á un muchacho que le siga y cargue con la caza, ó se la lleve á casa siendo cerca, y tambien reco-giendolas en alguna casa si la hay: los pollos de perdiz no deben poverse al cinto ni en la capacha, hasta que enfrien y se les sacudan bien los piojos de que suelen estar llenos, cuando el verano es escaso de lluvias, porque aquellos insectos incomodan mucho subiendose á la cabeza: lo mismo sucede con los conejos por las pulgas, aunque éstas les abandonan mas pronto así que mueren: no debe andarse violentamente, ni saltar de los muros abajo, ni las zanjas siempre que se pueda bajar sentandose y resvalandose ó dando un rodeo, pues los saltos aunque sea con los piés bien unidos, suelen hacer resentir los pulmones con la impetuosidad de la columna de viento, que esta violenta acciõn hace entrar ó salir por la boca: lo mismo que el

quebrarse, ó cansarse mucho para todo el día: siempre que se salte, no pudiendo evitarse, debe hacerse con la boca cerrada: al subir las cuestas, que tampoco se debe hacer con gran violencia, conviene llevar la boca cerrada, de trecho á trecho, suspender para respirar: llevarlas en caracol, y nunca si puede ser, hácia arriba ó rectamente. En el monte debe observarse aquella regla, de que el modo de no caerse, es asegurar un pié antes de levantar el otro: mas vale perder la ocasion de tirar á una pieza, que no dar una carrera fuerte para alcanzarla; porque de ordinario se llega agitado, y le yerra el tiro por la falta de serenidad y firmeza de pulso: aunque se alee y vea caza, si el cazador está rendido ó cansado, vale mas suspender por un rato el seguirla, hasta serenarse; por que ni conviene á la salud ni se hacen muchos tiros estando en esta disposicion; cuantas culpas se echan á la

polvora, debiendo aplicarlas á la agitación y falta de serenidad! Debe ponerse la llave de la escopeta en la segura, siempre que se suban ó bajen muros, ó se salten zanjas, para evitar que se dispare, y cause alguna desgracia: el que llevando la escopeta en la segura, no tiene la suficiente agilidad para montarla, apuntar y tirar una pieza que salga inesperadamente bajo tiro, no merece el nombre de cazador. Al vocal del frasco de la polvora se le trae siempre un tapon muy justo, ademas del muelle, para que una chispa de un cigarro, de yesca ú otra casualidad, no caiga, como tantas veces tiene sucedido, dentro de dicho vocal; en donde queda el polvillo de la polvora, y se inflama ésta, con segura esposicion de la pérdida de la vida, del que lo lleva: el traerlo en el cinto, con el vocal hácia delante, ocasiona varias desgracias, cayendo la ceniza del cigarro dentro del vocal: traigase

á un lado siempre cubierto de la ropa, por lo que se dirá en su lugar y por evitar riesgos: la necia confianza de andar con las llaves de pistón, descansando sobre el capuzon, ha causado disgustos de gravedad: reciente está el suceso de D. Manuel de Santiago: nunca se debe arrimar ó apoyar el cazador á la boca del cañon, esté ó no la escopeta montada, ni empujar con la culata, piedras de portillo, ni otra cosa, volviendo el cañon hacia él cuerpo, ni con la mano sobre su boca: la demasiada familiaridad y confianza con estos terribles instrumentos de la muerte, ha salido siempre cara. No hace muchos años que un Evangelista cerca de Lugo, se arrimó á la escopeta, se le disparó y le atravesó el tiro, desde debajo de un brazo, hasta salirle por el hombro opuesto, y una perra que llevaba al monte, salia por algunos dias, á ahullar al camino, y al acercarse gentes, se introducía en el mon-

te, como queriendo conducirla hácia donde estaba el dueño: esto llamó la atención de muchos y habiendo registrado el monte, le hallaron pasados algunos dias con la perra tambien muerta por el hambre, á su lado y las plumas de las perdices que la misma perra habia comido: el animal no lo abandonó y se dejó morir á su lado ¡Que ejemplo de fidelidad y cariño! ¿Se hallará tanta en un amigo? El tirar sin tender la vista sobre el terreno, y la precipitacion en hacerlo, es causa de desgracias entre los mismos que cazan ó con personas que están en los trabajos, entre las mieses &c: los mismos perros son victimas algunas veces de esa precipitacion: el que no reuna las dos opuestas cualidades de serenidad y agilidad, no debe salir á cazar con escopeta que otro haya cargado, ó que lo esté de mucho tiempo, y no se debe tirar sin descargarla con el saca trapos ó á lo menos echarle la

báqueta y apretarle mucho la carga, que no quede algun hueco, por haberse corrido el taco de la municion ó la bala: este descuido, y el cargar demasiado, sin notarlo con la prisa, hace rebentar muchos cañones, matando al cazador ó llevando grandes entatazos, que algunas veces le dejan sin muelas y dientes. La salida y retirada de la caza requiere las precauciones, de si madruga evitar el rocío, tanto de los pies como de la cabeza, sin detenerse á el; y llevandola bien tapada con gorro ó pañuelo calado sobre las orejas: hasta para los perros es muy malo, porque cuando despues de mojados temprano, se calientan en seguida con el sól, se estropean mucho: las gotas de rocío que les entran por las naríces les constipan la cabeza, y les acortan los vientos por todo aquel dia: el regreso debe ser no muy tarde, y sin detener el curso de andar, por que no se corte la traspira-

cion, y para evitar igualmente la influencia del rocío. El que tenga la comodidad de salir hasta el cazadero acaballo, mudarse de un cazadero á otro tambien acaballo, y volverse á casa lo mismo; poco necesita cansarse ni esponerse: una jaquilla pequeña y enseñada á saltar los muros y las zanjias, debe componer parte de los efectos de caza del que pueda tomar esta diversion á su completo placer: nada útil es, la costumbre de tirarse al momento en cama, cuando se llega rendido; el descansar requiere en cuanto sea posible la misma graduacion de tiempo que fué preciso para cansarse; el subsistir sentado y apie hasta la hora regular de acostarse, evita el hallarse mas rendido al otro dia: yo que ando bastante en el monte; me ocupo toda la noche desde que llego hasta cenar, en leer y escribir como los mas dias, y la experiencia me ha echo ver, que solo así evito el estar molido al otro dia.

Por última advertencia higiennica diré, que aunque la gota es enfermedad propia de poltrones, la adquieren sin embargo muchos cazadores que viven en gran actividad, al paso que los labradores no la padecen sudandose y trabajando tanto ó mas que los cazadores: esta diferencia parece que debe convencer al cazador, de que consiste en la frugalidad de los alimentos, en el poco uso del vino, y en dar pasos menos repentinos, del calor y sudor, al frio, esto es, en cortar mas repentinamente la traspiracion, y cometer excesos en calidad, cantidad, y abusando de las horas de comida y bebida. Para reponerse de los excesos de esta clase, es bueno usar de leche caliente con alguna parte de agua y azúcar, quedandose en cama para sudar; con naranjadas, agua de cebada y otros refrescos sin hacer cama; y cuando por efecto de cortarse la traspiracion, se entorpece algun miembro ó se fija algun dolor, es mejor que nada,

salir al monte en un dia sereno, con las debidas precauciones, y proporcionar la traspiracion por medio del ejercicio, cortandola con tino y abrigo.



## DEL TRAJE

### *del Cazador.*



La sencillez y simplificacion de todos los efectos del cazador, contribuyen esencialmente á la mayor facilidad y rapidez de sus movimientos: el vestido debe reunir á estas circunstancias, las de la comodidad y salubridad: con cualquier vestido se puede cazar y así lo hacen casi todos, pero describiré dos,

Los mas apropósito, uno para invierno y otro para verano: el de invierno, debe componerse de chaqueta, pantalón, botín corto, zapatos, sombrero y guantes: el color mas conveniente del paño, es el pardo, castaño, ó de pasa, que sufre las manchas de la sangre sin notarse apenas: todas las prendas deben ser de un mismo color; aunque la chaqueta verde, tienen apasionados; tambien tiene la desventaja de que su distinto color del pantalon, que no puede ser verde por las manchas, espanta algunas veces la caza por la diferencia que forman los dos cuerpos ó colores, que representan por sus sombras mas agigantado al hombre, lo que no sucede con el traje de un solo, débil y bajo color: hasta el correa, cordones, cinto, capacha y todos los mas utensilios, deben ser del mismo color del vestido, ó de uno analago, que no le sobresalga; no por que lo contrario sea ningun inconveniente para cazar á per-

dices, liebres, ó animales que se levantan del suelo, y andan casi siempre muy adheridos á la tierra, sino por las mas aves y otros animales que se espantan facilmente con los colores, y no aguardan á que se le aprocsimen.

La chaqueta debe ser convenientemente floja, sin vueltas en las mangas ni cuello, y éste, corto y derecho: las mangas todas lisas con una abertura en la boca, y un solo boton para dar la vuelta y labar las manos: recta y abierta por delante sin ninguna solapa, pero con una hilera de botones desde debajo de la barba hasta el ombligo, para andar siempre abrochada por delante, y que sirva de chaleco, el que no debe usarse, reemplaçandolo si es preciso con armilla de franela ó estameña por sobre la camisa de lienzo: debe tener seis bolsillos todos por afuera: dos como los ordinarios, pero bien capaces, á los lados tocando un poco hácia atrás; dedicados el de la derecha al uso del pa-

ñuelo, con un ojal para atar la punta de éste porque no se pierda, y el de la izquierda para el depósito de tacos: otros dos mas subidos y diagonales, desde los lados del pecho hasta bajo los brazos, y que lleguen por debajo de los de los lados hasta el borde de la chaqueta, con una carterita estrecha sobre la boca y un botoncito en el centro; éstos se dedican uno á la licencia de armas ó de cazar, que debe andar en bolsa de pergamino ó cuero, por causa del sudor; y otro cualquier papel, librito de memorias, lapicero ó pluma taquigráfica; debe ser este bolsillo el de la derecha, conteniéndo poco volumen para que no estorve la culata de la escopeta al subirla y bajarla, ni impida el libre juego del brazo para tirar: el de la izquierda puede abultar mas si se quiere y llevar en él el tabaco para fumar, &c.: otros dos deben ser pequeños forrados de cuero, y estar colocados en las dos puntas delanteras de la chaqueta,

algo mas que á la altura del ombligo: el de la derecha dedicado exclusivamente á traer en él algunos pistones sueltos, único sitio en que se echa mano de ellos con facilidad, y en que se encuentran mas prontos que en el cilindro, y todos los mas artificios de colocarlos; no hay máquina mas rápida ni mas segura en su colocacion, que los dedos, trayendo los pistones sueltos en el bolsillito que señalo: el de la izquierda debe contener un pequeño eslabón, piedra, yesca, pajueta y cerilla para encender cigarros, y para hacer lumbre en el monte cuando sea preciso: no doy colocacion á nabaja, porque la del cazador para todo uso, es solo el cuchillo de monte, que anda en el cinto: los otros dos bolsillos tambien forrados en cuero, deben estar atrás cayendo al centro de la espalda y debajo del borde de la chaqueta: el uno contendrá el vaso elástico ó de cuero para beber, y el otro el pequeñito frasquillo

de rón ó aguardiente: tambien debe tener la chaqueta dos dragonas estrechitas con ojal y boton en los hombros para asegurar el correaje de la bolsa, capacha y cordón del frasco, y para que no se corra del hombro el porta escopeta.

El pantalon bastante flojo, pero no muy ancho, de largo tiro ó suelto entre piernas, con tirantes elásticos para rendirse á todos los movimientos: no necesita mas bolsillos que el del reloj, y si se quiere dos rasgados y forrados en bayeta para meter las manos, y evitar el uso de los guantes. El reloj debe ser chato y de caja cerrada sin vidrio: si el monte del pais es áspero, debe echarse al pantalon una tira de cuero por delante, desde el mandil á la campana de la pierna, para que las espinas no piquen los muslos, y una media bota de lo mismo al rededor de la campana, pero de un cuero fuerte y ligero: el uso de pantalon apretado y botines

altos por encima llamados comunmente de rodillera, son buenos por lo que amparan la pierna, pero no la dejan jugar cual conviene.

Los botines cortos, deben ser cubiertos de cuero, á lo menos por delante, pues no hay botin de paño que sufra dos salidas al monte, con corchetes de hierro y no botones porque los ojales de éstos, son depósito de la humedad, y con los corchetes cierra mejor la union: en lugar de botones para las travillas ó presillas, es mejor coser éstas fijamente de un lado y la otra punta asegurarla con una hevillita fuerte de un lado, ó sobre el botin: tanto al cuero de los botines, como al de los pantalones, conviene darles la misma untura ó betun que digo en el tratado anterior, para les zapatos, ú otra que conserve la piel suave, y haga resvalar el agua y la humedad del rocío.

El sombrero en invierno debe ser charolado sin lustre de un color analo-

go al vestido, la ála larga y charolada de verde, tambien sin brillo por la parte inferior, la copa baja para que tenga el menor peso posible, cintas de su mismo color, para atarlo debajo la barba cuando corre viento: debe traerse siempre dentro de él una funda blanca de percal, para cubrirlo cuando hiere mucho el sol, por no calentarse demasiado la cara y la cabeza: en tiempo de nieves conviene que el sombrero, el ála ó la visera sea negra, para que no padezca la vista: en la famosa retirada de los diez mil mandados por Jenophonte, los soldados que conservaron la vista, lo debieron á los retazos negros del paño de los uniformes que colgaban delante sobre los ojos. Una gorra de cuero, con visera larga y faldrilla por atrás, para despedir el agua del pescuezo, es cómoda porque se duerme con ella en el monte y no se estropea como el sombrero.

»Una de las mayores precauciones  
»para evitar los efectos del sol en la

»cabeza es el uso de gorro de vegiga  
 »de puerco que cubra hasta la frente:  
 »la vegiga se adoba ó curte para  
 »que no rasgue, y de cada una se  
 »hacen dos gorros sin llevar ninguna  
 »pieza ni costura, cortandola por me-  
 »dio despues de inflada: se le echa un  
 »ribete de cinta, y debe procurarse  
 »que no tenga ningun agujero la piél:  
 »este gorro se lleva siempre en el som-  
 »brero, y cuando hiere mucho el sol  
 »se cubre la cabeza con él, y encima  
 »el sombrero: nada aumenta el peso  
 »de la cabeza por su ligereza: es muy  
 »fresco y ademas de rechazar los rayos  
 »del sol é impedir el calor con un cuer-  
 »po intermedio, tampoco no se suda  
 »nada la cabeza ni aun la frente por  
 »muy fuerte que sea el sol.»

Los guantes si se usan deben ser  
 de lana ó estambre, para que no se  
 enfrien las manos cuando se va y vuelve  
 del monte, y cuando no se ponen pue-  
 den traerse pendientes de una de las pre-

sillas del cinto ó dentro del sombrero.

En verano, la forma del traje, debe ser igual, y la diferencia debe consistir solo en que en lugar de paño, se use de una tela fuerte y obscura, y en que el sombrero sea de paja, pero no blanco sino obscuro ó ceniciento.

---

## *De las escopetas y mas instrumentos.*

---

**L**a escopeta, principal y mas respetable instrumento de los que necesita el cazador, no ha llegado ni con mucho al grado de perfeccion de que es susceptible: cuando con una escopeta

de un solo cañon, sin mas largo, peso, ni volumen que las actuales, se disparen seguidamente y con muy corto y momentaneo intervalo, diez ó doce tiros, sin mas trabajo que apretar sucesivamente el dedo á un resorte, y sin necesidad de bajarla del hombro ó de la posicion en que se coloca para tirar, entonces podremos decir, que este mortijero instrumento está perfeccionado. Los artistas de este género, los físicos y químicos, me dirán que pido un imposible, pero no lo creo tal, mientras no se agote el discurso humano; á cuyo término no ha llegado en esto ni en otra cosa: el *nomplus ultra* del ingenio, no se sabe á donde está: no hay que desmayarse; las escopetas adquirieron estraordinarias mejoras de poco tiempo á esta parte: las de dos ó mas cañones; las de pistón, reciente modificacion que nos promete mas que ninguna otra, fundadas esperanzas; los cañoncitos, cargados aplicados á la re-

cámara y otras curiosidades, me hacen creer que no tardaremos en ver escopetas mas completas. Para el uso de cazar la invencion del piston, merece la preferencia entre todo lo que hasta el dia se adelantó: sus ventajas indisputables, son la mayor rapidez y ejecucion del tiro, el dar fuego en el agua, el minorar el peso y volumen de la llave, la economía de la pólvora, y los mayores alcances.

Con una escopeta tal cual la deseo, se dirá que dejaría de existir la caza, porque un regular cazador mataría todo un bando de perdices á la salida, tirandoles á una en pos de otra, y que dentro de pocos años, el que quisiese cazar, tendría que ir al monte de San Bernardo ó á los Andes: pero esto no sucedería, porque la caza no sale en disposicion de que se puedan apuntar todas las piezas: aun quedaba en su favor el inconveniente que hubo hasta aquí, y que habrá siempre, de

levantarse mas veces fuera del alcance del tiro, que bajo él; y ultimamente el gobierno variaría la legislacion de la caza, á medida que se perfeccionasen los instrumentos que la aniquilan.

Las escopetas de dos cañones armadas de piston, se aventajan á las otras en que si se yerra un tiro, se repite el otro; en que al salir varias piezas, se pueden matar dos, y especialmente á perdices en tiempo de los pares; pero no son buenas para principiantes, por la mayor complicacion en su manejo, porque los cañones, si la escopeta ha de ser ligera, tienen que ser estrechos ó de poco calibre, por lo que, abre poco la municion y se requiere pulso y puntería muy fija, para acertar los tiros; pero el que se acostumbre á manejarla bien, no debe usar de otra.

Trataré de las mas comunes de que todos usamos, en el supuesto de que han de ser de piston y no de chísपा. Los mejores cañones que conocemos

para cazar en todo tiempo y que su calibre es mas apropósito para hacer tiros regulares tanto con municion, como con postas, bala ó baqueta, son los de fusil francés, ó de once adarmes, por lo bien taladrados; por el buen fierro: por el diametro &c., desbastados y convertidos en cañon de escopeta bien retacada y de piston, no hay otros que les igualen: su largo para cazar en todos tiempos, debe ser cuatro cuartas y media y la carga, ó vara y carga en tierras quebradas: el modo de montar la escopeta ó echarle la caja, es arbitrario segun la costumbre ó génio de cada uno, pero debe procurarse que la dimension de la culata, el mayor ó menor arquéo de la garganta ó empuñadero, el mayor ó menor grueso de ella, corresponda con el largo del brazo del cazador, con su altura ó cortedad de pescuezo: con el grueso, largueza ó soltura de su mano: el que la escopeta guarde equilibrio

en el peso, de suerte que balancée tanto desde el término de la carga, á delante de la llave ó cuba de la chimenea, como de allí atrás, tambien es conveniente á todos: debe tener porta fusil ó porta escopeta, y acostumbrarse á tirar con él, pues estando bien colocada nada embaraza, y es cómoda para andar: la suavidad de los muelles debe ser mucha, y conciliada con la fuerza para que rompa bien el capuzon: el martillo, debe tener la cabeza taladrada, de suerte que admita en su boca con flojedad toda la chimenea hasta cerca de la cuba, para evitar en parte el daño que pueda hacer si salta: las roscas de esta deben ser gruesas y anchas, para que no estallen facilmente: son ya muchos los modos de colocarlas; pero el mas seguro para evitar desgracias, es que enrosque en la cuba rectamente, de suerte que el martillo caiga aplomo y no ladeado, y que la cuba forme codillo

bajo la chimenea, para que el empuje ó fuerza del tiro, obre contra la cuba y no contra las roscas de la chimenea: así fueron las primeras que se usaron y las mas seguras: el codillo no impide que la polvora corra facilmente como es preciso hasta el vehiculo de la chimenea, cuando esta es taladrada como debe en dos cuerpos, mas ancho el inferior que el superior: el empeño de simplificar y reducir el volumen de las llaves, nos espone á la falta de seguridad en la chimenea y la cuba.

La escopeta para cazar no debe tener dibujos ni adornos, ni diferentes metales, todo liso, consistente y fuerte: la baqueta de ballena, y mejor de una buena madera, como roble de pie, y bastante gruesa; la cabecilla, de la misma madera todo de una pieza y tan ancha que casi llene el cañon, con sola la flogedad para que cuando se ensucia pueda correr por él: la culata debe tener una cajita, cuya

tapa se corra con la uña ó apretando el muelle, para llevar allí pistones, y una ó dos chimeneas de repuesto, y otra para la achuela ó llave de desarmar, y saca trapos, si no lo tubiese la punta de la baqueta: todo está mejor así reunido, y los pistones deben tenerse siempre repartidos en tres ó cuatro puntos por no llevarse el chasco de que se pierdan y quedarse muy burlado en el monte: llevense pues algunos en la caja de la culata, los mas en el bolsillo que dije hablando de la chaqueta, otros pocos en la bolsa del cinto, y aun en la del morral ó capacha, y con esto nunca faltarán: yo cazando uso de los que llevo en la caja de la culata ó sueltos en el bolsillo delantero, como mas procsimos á donde se han de colocar.

Debe tenerse mucho aséo y limpieza con la escopeta: las de pistón requieren labarse con mas frecuencia: no usar nunca de rascador de hierro, sino

de escobillón de cerda, armado en baquetero de palo ó de un trapo, y de agua hirviendo, ayudando á la operacion si es preciso con ceniza cernida para que no se rasque nada el cañon por adentro: para esto debe desenroscarse la chimenea, y enjugar y secar mucho sus roscas y el caño por adentro, á fuerza de introducir tacos de estopa ó trapos bien secos: cuando hay premura, se laba facilmente sin desarmarla nada ni levantar el cañon, con vinagre tapando la chimenea con un tornito de madera, y no pocas veces se laba en el monte con una vara aplicando la boca del cañon á una fuente ó arroyo; pero si se hace esto, debe desarmarse completamente en llegando á casa, y limpiar bien todas sus piezas: no haciendolo así, se pica el fierro y dura poco, y la escopeta que sale buena, debe conservarse con tanto esmero como el perro: en casa despues de limpia y untada con sebo, y nunca con aceite,

que solo á los muelles debe darsele, se le tiene la boca tapada, para que no se humedezca, y metida en la funda, la llave baja y una estopa entre el martillo y la chimenea: por el invierno no hay mejor medio para conservarlas bien enjutas y libres de olin, que el tener una caja de madera dentro de la chimenea y la escopeta colocada en ella, pero cerrada para que no se llene de humo ni ceniza: debe ponerse cuidado en que no toque al cañon ni al retaco por adentro, ninguna clase de grasa y especialmente aceite.

El frasco de la polvora, debe ser de asta y delgado, para que trasparente y se vea la polvora que hay dentro: la tapa, con un tornillo ó muelle para abrirse y poder hechar la polvora junta: el bocal, con muelle y tapon, para evitar una desgracia con el fuego: ademas del cordon para colgarlo, debe tener gancho para el cinto: su cabida ó tamaño basta de media

libra, á pesar de que en donde haiga mucha caza, se usa de otro mayor.

La bolsa de la municion, debe ser de cuero fuerte, con dos mangas y vocales de muelle, para llevarla de dos clases: la mejor posicion de ella, es el hombro izquierdo, con una presilla de correa que cruce por debajo del brazo derecho, de suerte que los vocales caigan sobre la tetilla izquierda, para cargar y sacarla con facilidad: el traerla en esta posicion proporciona repartir el peso del plomo, á la espalda y al pecho, porque se deja correr alguna ó la que se quiera para sobre los vocales, y la restante á la espalda.

El cinto es muy interesante, no para colgar la caza en él, sinó provisionalmente; pero si para apretar la cintura, cosa indispensable en el monte para andar con seguridad, y para no cansarse tanto: debe ser algo ancho, y con dos hevillas atrás: á los lados, debe tener dos bolsitas para llevar al-

gunas postas, balas, achuela y saca trapos, si estos no andubiesen en la culata de la escopeta: si se cazase con cartuchos de municion, se usa de una cartucherita de oja de lata, asegurada en el mismo cinto: tendrá este, diez ó doce presillas, para colgar alguna caza, con una cuenta de madera agujereada, que corra por cada presilla, para apretar el pescuezo de la perdiz ú otra cosa, que es mas sencillo y mas seguro que las presillas sueltas de las puntas: al lado izquierdo, tendrá una presilla muy segura y algo ancha, que abraze la baina del cuchillo de monte: debe ser este, de la figura de los que se usaron hasta aqui, con la diferencia de que la oja ha de imitar algo á una alabarda; es decir, ancha por un lado ácia la cruzeta, para que sirva con aquel pecho cortante, para todos los usos del monte, como cortar pan, carne, picar tabaco &c. el largo de la oja basta una cuarta,

toda afilada por el lado que tenga el pecho ó barriga, y por el otro, solo hasta el medio: el grueso del puño, debe ir en disminucion, de manera que algo mas adelante del medio llene el diametro del cañon, para que cuanto mas se empuje, mas se asegure en el: sin este instrumento no debe andar el cazador, porque ademas de servir para lanzar las fieras, es interesante para defenderse de algun mal hechor, para cortar una vara para atacar caso rompa la baqueta, y para muchas mas cosas.

La capacha ó morral, no conviene muy grande sino á proporcion del cuerpo del cazador; en el borde superior de la bolsa de red, ha de tener agujeros para correr un cordon, que tirando ó aflojandole de una punta, asegure en cada hueco el pescuezo de una perdiz, quedando las cabezas casi fuera y el cuerpo colgado todo por adentro de la red, á fin de que no

se estropeen; y algunas presillas de correa en su tahalí para colgar ó asegurar con ellas las piernas de alguna liebre ó conejo: debe andar al lado izquierdo algo corto del tahalí, y cargado un poco sobre la espalda para que al correr no haya sacudiendose contra el costado.

Despues de escrita esta obrira y estando ya imprimiendo, ha llegado á mis manos una escopeta de dos cañones á lo Robert del sistema de percusion, con la instruccion para manejarla, cuya descripcion había visto hace tiempo en el Boletin militar, y la curiosidad me obligó á mandarla venir de Bélgica.

Segun la instruccion y las pruebas que hice con la escopeta, está ya resuelta la interesante cuestion hace tantos años problemática de cargar por la recámara ó culata sin riesgo y con ventajas. Voy á dar á los cazadores una ligera idea de estas armas singulares y de sus principales cualidades.

Con las escopetas de J. A. Robert se disparan 15 tiros por minuto, cargando si se quiere sin bajarlas de la cara.

No tienen platina ó llave, baqueta ni chimenea: se ahorran los movimientos de armar ó montar, cebar, romper el cartucho y atacar.

No se pueden disparar casual ó involuntariamente y tanto por la vista como por el tacto, se conoce si está preparada ó en la segur.

Son las menos susceptibles de rebentar entre todas las conocidas.

Se hace fuego con ellas indefinidamente sin interrupcion, sin necesidad de suspender para limpiarlas, apesar del sarro ó del olin.

Alcanzan mas que las otras y reculán menos.

El cebo ó piston está adherido al cartucho, y este se hace con municion, con bala ó con postas.

Con los cartuchos echos á propo-

sito se carga por la recámara, y tambien con toda clase de cartuchos comunes, con polvora suelta y tacos, y si se quiere se carga por la boca del cañon y se ataca como las mas: en resumen, se carga de todas maneras y sirve para todos usos; pero los 15 tiros por minuto solo se disparan cargando con los cartuchos echos á propósito.

Un hombre solo puede defender una casa ó un punto aunque sea atacado por muchos, pues teniendo provision de cartuchos lanza 900 tiros en una hora.

La escopeta de Robert fue declarada superior á todas sus ribales y á todos los sistemas de armas de fuego que figuraron en Paris en la esposicion nacional y pruebas echas en 1834: á ella sola se adjudicaron los premios y medallas de oro, tanto por el Rey como por las sociedades de sabios y de fomento.

*De la pólvora, municion,  
postas, balas, etc.*



**L**a mala calidad de la pólvora desde hace algunos años, aumenta el trabajo de los cazadores y causa muchas incomodidades en el monte: algun tiempo se hacía buena pólvora en España: la de la fábrica de Villafeliche podía competir con la mejor que se fabrica hoy en Inglaterra; pero ya hace años que el público no ha visto pólvora estancada que deje la cazoleta encarnada ó azulada que son las dos mejores señales de que es buena; la dureza de los granos indica tambien su buena calidad, lo mismo que el color negro

apagado sin ningun brillo ó el color algo rojo y las esquinas vivas como escamas ó raspaduras: la que es muy redonda sin cortes ú ochavas, que tiene un color negro muy vivo y brillante y que se deshace con facilidad frotandola en la mano, no sirve para cazar: tampoco sirve la que echada sobre las brasas tarda en inflamarse: yo atribuyo al sistema de contratas en la elaboracion, la dejeneracion de las polvoras: El Gobierno lo ha conocido, y creo que en virtud de quejas mandó ya por dos veces recojer la que estaba estancada; pero ha durado poco la enmienda de los contratistas; éstos hacen como todos los que viven de especulaciones, cuando les van á la mano, presentan mejor género por un poco tiempo y luego buelven á lo que eran: lo cierto es, que la pagamos por buena y es malísima; en serlo consiste la mayor ganancia de los que la venden ó elaboran, porque ademas del trabajo que

ahorran con no depurar bien el salitre, tienen mayor consumo, por que los cazadores no aprovechan en una libra sino tres cuarterones lo mas, y el otro se derrama por ser polvo y no granos: de éstos como son malos, hay que hechar mas cantidad para que aumente la fuerza del tiro, y cada vez mas consumo, y así la mayor parte de la ganancia de todo lo que se vende al público, depende infaliblemente de la mala calidad: el cazador no solo tiene el trabajo de limpiarla, cernirla, y refinarla, sino que es muy incómodo el desarmar y labar la escopeta á cada media docena de tiros: invoco la memoria de los cazadores ancianos que aun viven, para que me digan si no es cierto, que salían una docena de veces al monte sin labar la escopeta, y si nó pasaban meses sin limpiarla; y nosotros ahora traemos las manos en el monte como si las metiéramos en el tintero, despues de disparar cuatro tiros,

ya no corren los tacos por el cañon con el negro sudor que se apodera de él, traseendiendo hasta la última pieza de la llave, que es preciso desarmar y limpiar lo mismo: nada me admira ver hacer una descarga cerrada á todo un batallon contra otro, á quinientos pasos ó menos sin caer un enemigo, por que estoy persuadido no consiste tanto en cabecear los fusiles y subir ó bajar la puntería ó el no hacerla, como en la poca fuerza de la polvora, que ó deja las balas á medio camino ó llegan con tan poca fuerza, que rebotan como si las tiraran con la mano: así es que para cada muerto y diez heridos hay cien contusos. Para hacer á esta mala pólvora algo mejor, tendrá todo cazador tamices ó cernidores, separando con ellos todo el polvo: la que se aprovecha se pone al sol en un papel ó cosa de madera bien seca, y no se deja á la accion de sus rayos sin algun cuerpo intermedio: éste puede ser un pañuelo

blanco muy fino que la cubra sin estar descansando sobre ella, sino con un hueco de una ó dos pulgadas: se rebuelve para que el calor le disipe bien la humedad, y despues de seca se deja enfriar antes de recojerla en el frasco, pero teniendola sobre una mesa en una pieza con las vidrieras y puertas cerradas, para que el aire no le comunique, como sucede, inmediatamente otra vez la humedad: para conservarla despues de echa esta operacion, puede meterse en botellas muy enjutas y secas, dejandolas con algun bacio y tapadas, pero no apretada ó comprimida y sí floja; á lo menos una vez al mes se ponen las botellas al sol y se buelven al rededor para que el calor llegue á todas sus partes, pero aconsejo que la botella se cubra tambien con un pañuelo blanco fino. Las botellas deben guardarse en sitio muy enjuto como en un armario ó cajon en donde no les dé la luz, como hacen los droguistas con la quina: el cuerno

es tambien á propósito para conservar. Por el invierno ó cuando no hace sol se refina á fuego, para lo cual se calienta una teja hasta que se ponga blanca ó roja; así caliente se friega por adentro y \*por afuera con ajo el que ademas de ser el mejor desecante, impide con el barniz que forma sobre la teja, el que ésta la inflame si está muy caliente: cuando se conoce que yá no puede inflamarla se echa en ella, pero con la precaucion de llevarla junta en un papel para echarla de golpe y retirarse con presteza: pasado un buen rato se vuelve allí y se remueve la polvora para que se le comunique el calor con igualdad: se deja en la teja hasta que se enfrie completamente y se echa en el frasco: si se echa caliente, se humedece despues mas: si tiene polvo se pasa por el tamiz lo mismo que dije haciendolo al sol; á falta de tamiz se tiende y corre por sobre una bayeta y deja el polvo en ella: la pieza en

que se refine tambien ha de estar cerrada de vidrieras y puertas: advierto que cuando se refine al fuego debe hacerse de solo la cantidad que se conceptúe poderse gastar en aquel dia ó en el siguiente, porque refinada de este modo es mas susceptible de enfriarse ó humedecerse despues: en el monte debe llevarse el frasco siempre cubierto ó bajo la chaqueta para que no la alteren las variaciones atmosféricas.

La municion, sea del tamaño que se quiera, debe elegirse la mas pesada, porque no todo el plomo pesa lo mismo; uno es mas ligero que otro; la perfecta igualdad y redondez de los granos interesa mucho, porque un grano mayor que los otros ó mal formado desordena la buena distribucion del tiro ó lo que llamamos poner bien: hay cazadores que mezclan municion de todos tamaños y padecen un error: para probarlo no hay mas que tirar á un blanco con municion mezclada de diferentes

tamaños, y se verá que mal dispuesta sale, se hallan á cuatro y cinco granos amontonados y claros de á una cuarta y mas: la de todo tiempo ó de num. 5.º es la mejor para toda caza menor y en todas épocas, y de ella debe llevar el cazador mas prevenida la bolsa, sin perjuicio de llevar tambien dos tiros de cada una de las otras clases para alguna ocurrencia, particularmente de la mas gruesa ó lobera.

El tamaño de las postas ó balotes no es indiferente ni puede ser arbitrario como creen algunos cazadores: no es lo bastante echar dentro del cañon algunas postas: es preciso que para hacer un tiro regular ó acertar con él y que lleve fuerza, sea su número impar, en tiro ó carga sencilla y número par siendo doble, pues no siendolo ó abren mucho ó se debilita su fuerza por el encuentro y choque de unas con otras: el grandor debe ser tal que un número impar llene el diametro

del cañon, pero holgadamente v. gr. con postas que tres cubran el diametro, se puede tirar ó con solas las tres que es un tiro sencillo y regular, ó con seis: si se echan seis las tres últimas asientan en los tres huecos que forman las tres que primero cubrieron el diametro y nada se estorvan: si se carga con cinco, ó han de ser solas las cinco ó diez: pasado de este número ya se puede decir que es municion y no postas: tenga el cazador muy presente esta regla para hacerlas ó buscarlas proporcionadas al diametro de su cañon, de suerte que tres ó cinco lo cubran sin entrar apretadas; de este modo saldrá el tiro corrientemente, acertará mejor y no se espondrá á llevar un culatazo: si posible fuera tener la paciencia y el tiempo preciso para contar los granos de municion y cargar observando esta regla, se acertarían mas tiros y se ahorraría mucha municion.

Las balas deben correr holgadamente

por el cañon, aunque no tanto que sea causa de variar la direccion: quanto mas justa entra la bala, pero corriendo sin necesidad de ayudarla con la baqueta, mejor acierta: el no poner bien la bala algunos cañones ó el figurarselo al cazador que no la ponen, depende mas de no cargar con inteligencia y del tamaño de la bala, que del oculto defecto del cañon: no hay duda en que unos ponen mejor la municion que la bala, y otros al contrario, aunque cargue de diferentes maneras y con toda inteligencia, pero este defecto ó esta causa es todavía desconocida: entre cien cañones que se hagan en una misma fábrica, por unas mismas manos, de un mismo fierro, taladrados con una misma barrena, y de un mismo largo sin ninguna diferencia; suelen poner bien la municion cinco ó seis lo mas, y todos los otros muy mal ó por el contrario, la mayor parte de ellos ponerla muy bien y solo tres ó cuatro muy mal: digo que se ignora la causa por quanto su-

cede esto con cañones que están tan bien taladrados que no se les vé por adentro la menor falta, ni una marca como la picadura de un alfiler, y porque todos los fabricantes y armeros convienen en que se ignóra la causa: los físicos y químicos dirán sobre ello lo que quieran, pero es preciso que si dan por cierta una causa la prueben: yo que entiendo poco de estas materias tengo alguna sospecha de si contribuirá ó no á este fenómeno el mayor ó menor grueso del cañon, porque aunque los taladrados por una misma barrena deben ser de igual diámetro al desbastarlos ó labrarlos por afuera, como que no son hechos en horma puede diferenciar bastante el grueso ó en todo su largo ó en alguna parte de él; como igualmente el mayor ó menor grueso de la recámara ó retaco, y me ha corroborado esta duda el haberme empeñado en mudarles las recámaras y retacos y en cortarles al largo sin haber logrado corregirlos.

## *Como se debe Cargar.*

---

El Cargar bien depende de muchas conbinaciones físicas, y faltando alguna no puede surtir buen efecto el tiro. Son estas: la calidad de la polvora, el estar mas ó menos seca, su cantidad respecto del mayor ó menor diámetro del cañon, estar éste mas ó menos limpio, enjuto ó humedo, la influencia atmosférica, esto es, correr aire norte, sur ú otro tiempo seco ó humedo, la hora del dia segun la mayor ó menor fuerza del sol y otra porcion de circunstancias que influyen proporcionalmente, ya en el alcance del tiro, ya en su mayor ó menor fuerza y en abrir mucho ó poco la municion, pero la mayor parte de los cazadores entienden poco de esto ó lo desprecian, y

algunos que no tienen el menor conocimiento físico, cargan y matan mejor que los inteligentes, y cuando algunos días no pueden acertar un tiro sin saber por qué, lo atribuyen á la pólvora, sin mas examen que el de decir está fría, ó es mala ó no me salieron bien las perdices, ó no tenía el pulso sentado &c.: hay algunas reglas que pueden servir para todos, y éstas son las que voy á dar: debe probarse la pólvora, tirando dos, tres, ó mas veces al blanco, cargando de cada uno con mas ó menos cantidad hasta arreglar un tiro que parezca razonable: algunos cargan siempre por una misma medida que es el bocal del frasco mas ó menos lleno segun lo tienen arreglado, ó midiendo con la baqueta la altura de la pólvora dentro del cañon como hechando dedo y medio, dos dedos mas ó menos: esta medida es inesacta porque prescindiendo de lo que influye en el tiro hechar mas ó menos

grueso el taco y apretarlo mucho ó poco no es igual ó no surte igual efecto la misma cantidad de polvora á todas las horas del dia, aun en el supuesto de estar como no puede ser, igualmente limpio el cañon: á la mañana antes de que caliente el sol, es preciso hechar mas polvora, desde que calienta no se necesita tanta, desde que el cañon se calienta por haber hechado dos ó mas tiros, tampoco no se debe hechar tanta como cuando estaba frio, desde que se humedece con la borra de la mala polvora tambien es preciso hechar mas, á las tardes desde que baja el sol ó varía el viento ó temperatura, se requiere asimismo alguna mas cantidad: en esto debe tener especial tino el cazador: la misma escopeta por su mayor ó menor movimiento ó culatazo, muchas veces, avisa al cazador de si debe cargar mas ó menos, tambien se lo advierten las piezas que mata ó hiere, bien quedando

redondas, bien picandolas ó deplumandolas sin penetrarlas la municion, y hasta el mayor ó menor ruido del tiro, que no suele ser mas ejecutivo cuando mete mucho: en todos casos la polvora no debe pasar de cierta cantidad segun el diámetro del cañon, sea buena ó mala, pues siendo mucha no arde toda, y porcion de ella marcha entera con el taco, y solo sirve á aumentar la pression de este: el fuego no penetra ó la polvora no se inflama, por ejemplo: en un cañon de once adarmes de calibre, pasando de dos dedos, la restante no arde; de esta verdad pueden convenirse los cazadores tendiendo una sábana y tirando á la distancia que los tacos caigan sobre ella, y observarán que si hechan mas pólvora hallarán alguna sembrada en la sábana, tan entera como cuando salió del frasco: lo mismo pueden observar delante de una batería de Artillería en donde algunas veces puede barrerse y juntarse la pólv-

vora que se halla entera; la mejor medida para la pólvora es la palma de la mano, en la cual se gradua aumentando ó disminuyendo segun se observe en el tiro anterior, ó midiendola con la baqueta: el taco de la pólvora debe apretarse siempre mucho, tanto para que no deje ningun hueco ó cavidad que pueda contener aire, cuanto porque forme una superficie lisa que empuge con igualdad la municion: ésta tambien debe apretarse lo bastante, aunque no tanto como la pólvora, y antes de que el taco llegue sobre ella, es conveniente menear algo el cañon y ponerle bien derecho para que la municion no quede mas cargada ó amontonada sobre un lado que sobre otro: debe esta cubrir con igualdad el taco de la pólvora: ni uno ni otro deben entrar forzados, sinó corrientemente, porque el apretarlos mas ó menos no ha de consistir en su volumen, sinó en los mayores ó menores golpes que re-

ciban de la cabeza de la baqueta, debiendo esta ser como ya dije hablando de la escopeta, del mismo ancho con poca diferencia que el cañon, y muy lisa y recta la boca ó cabo para que ataque con igualdad: la cantidad de la municion debe ser tal que cubra dos ó tres veces nada mas el diámetro del cañon, por que si es mas entorpece una á la otra con su peso y con el encuentro de los granos; siendo mostacilla no debe ser tanto su volumen como si es de todo tiempo ó quinta, por que en siendo igual ó poco mas el número de granos, cubre un mismo rádio, lo cual se conoce tirando al blanco: debe observarse no obstante para la graduacion de la cantidad de municion, el efecto que causa en el blanco, calculandola de suerte que sea la bastante para que no forme grandes claros, pues sí los deja del diámetro de cinco ó seis pulgadas, puede quedar una pieza intacta en medio del tiro;

los tacos de papel sencillos, no son los mejores: los de papel de estraza bien grueso pueden servir en todo tiempo; los de esparto ó de felpos usados y bien embueltos son muy buenos por la elasticidad que tienen igualmente que los de cáñamo en rama: los mejores son los de musgo de los árboles, particularmente del que se forma en los robles, por que á su consistencia y elasticidad reuneu la importante circunstancia de que limpian el cañon: cuando se concluye los que se llevan, se carga con hojas secas, con yerbas y toda maleza, y los de rama de alecho que no estén tan secos que se hagan polvo al atacar son muy buenos y se mata lo mismo que con todos: pero lo mejor es llebar en el bolsillo ó morrál el acopio necesario: conozco cazador que nunca lleva ninguno y carga siempre con lo primero que halla en el suelo y mata tanto como yo: la conservacion de las escopetas y el evitar la hume-

dad esije no obstante que se lleven tacos de buena calidad.

A proposito de la influencia de la sequedad ó humedad de la pólvora, de las variaciones de la admosfera y del modo de cargar para que los aficionados no tengan estas reglas y advertencias por meras teorías, referiré algunos casos prácticos que me han sucedido, de los cuales ú otros semejantes pueden todos los cazadores recordar muchos. Cazando una mañana por el mes de agosto con un sol muy abrasador en las faldas del Faro, disparé catorce ó quince tiros sin poder cortar una pluma á las perdices: llevaba el frasco de la pólvora colgado y espuesto al sol, ni con cargar mucho, ni cargar poco, ni todas las variaciones que en esto se me ocurrieron tirando cerca, á mediana distancia, y á larga pude conseguir matar ninguna perdiz; aburrido de esto y abrasado del sol al paso que rendido, disparé la escopeta á

un blanco, y observé que no solo subía mucho la municion, sinó que se esparamaba, dejando claros de á tres cuartas y sin clavarse apenas retrocedian, me senté junto á un arroyo á la sombra, y puse la escopeta sobre una piedra cerca del agua, estando el cañon ya tan caliente y caldeado, que no se resistía con la mano: me faltó poco para arrojar el frasco al agua con la incomodidad, pero me contenté con ponerlo sobre una piedra en medio del arroyo bastante proxima al agua, diciendo ácia el mozo que llevaba conmigo ¡ Enfriate ahí con mil. . . . ! Estuve fumando cigarros cerca de una hora con animo de no volver á cargar la escopeta pensando solo en lo mucho que tenia que andar para volver á casa: en esto empezau á cantar y reunirse las perdices muy cerca de mí: el mozo que estaba tan aburrido como yo de verme echar tantos tiros y que sentía volviésemos como fuéramos, empezó

había olfateado el perro cuando se levantó muy larga, le tiré, sembró mucha pluma y á cuatro varas cayó en un camino, al llegar el perro para abocarla se levanta otra vez, y se echó por una encañada abajo, la ví caer ó parar, creí que estaba muerta y esperé á que llegase el otro que no había podido tirar á la suya: le conté el lance, le señalé á donde estaba, y marchamos á buscarla: la rodearon los dos perros, y pensando que no se movía buelve á salir: le tira mi compañero y le quita mucha pluma, le segundo yo otro tiro, buelve á lagar pluma, pero marcha, se quedó cerca de un montecito raso, cargamos y llegamos al sitio y había apionado ya mucho: la hallaron por fin los perros, pero se buelve á levantar tan deplumada que se le concían los claros en las álas, le soplamos otros dos tiros y dejando mas pluma que las otras veces, cayó detras de un muro como á ciento treinta pasos: creímos que

aquella era la cierta, como en efecto la fué, pero al saltar los perros el muro sobre ella vemos levantar una perdiz de entre ellos con tanta violencia como si nada hubiera sido y clavarse por medio de una dehesa: á esto empezamos no solo á reirnos y maldecirla, sino á decir que era un encanto y no perdiz, aunque ni uno ni otro creíamos en brujas, pero luego llegó con ella uno de los perros toda sangrada y casi sin pluma, pues la que se levantára había sido otra que casualmente estaba en el mismo sitio en que cayera la tiroteada: tiramos despues á varias, pero solo matamos cuatro, y mas de ocho ó nueve se nos marcharon dejando igualmente plumas: á la noche hemos cenado por gusto tan cara perdiz, y antes de componerla tubimos la paciencia de contarle los granos ó picaduras de la municion y le habían dado ciento y siete, sin que ninguno liciese mas que penetrarle la piel, mu-

ellos habían revotado, y ninguno tuviera fuerza para romperle el menor hueso ni para penetrarla, de suerte que en mi concepto murió ó cayó de cansada y desplumada, pero no de los tiros.

Hace poco tiempo tiré una tarde quince tiros en Perbes junto á Puente de Eume, y solo colgué en el cinto cinco perdices, y á todas las mas le había visto volar plumas: al otro dia volví al paraje y solo hallé reunidas dos perdices de trece ó catorce que contenia el bando; á fuerza de registrar por donde tirara el vispera me fué cogiendo y trayendo el perro hasta cuatro, algunas aun vivas: al otro dia volví y aun hallé otras dos ya muertas y he sabido que otras dos las cogiera un labrador: la pólvora con que habia tirado, la tenia en un papel dentro de un cajón en que habia unos pedazos de plomo, creí que esta vecindad la hiciera enfriar, la refiné á fuego y despues remataba bien.

*Como se debe tirar, y de  
la geometría cazadora.*

---

**P**ara nada se requiere tanta serenidad como para cazar, pero se necesita igualmente agilidad ó vivieza; el que no reuna estas dos opuestas circunstancias de *serenidad y vivieza*, escusa de emprender el ser cazador. Parece que ninguno puede serlo sin ser geómetra, y conocemos muchos que nunca oyeron la palabra geometría, y son mejores cazadores cien veces que los consumados en esta ciencia: tienen no obstante los cazadores su geometría particular que sin llamarla facultativamente ni aprenderla en las escuelas la adquieren con la práctica y con el conocimiento que cada uno tiene del alcance de su escopeta: consiste

la geometría cazadora en un particular tino de tirar las piezas así que llegan á una distancia proporcionada, que la calcula el ojo, y en no tirarlas si pasan de ella por la seguridad que el mismo tino particular dá repentinamente, de que si se tira no se mata: esta graduacion geométrica tiene tambien las modificaciones adquiridas por el mismo tino y ávito de conocer que tirada á cierta distancia se estropéa la pieza y no sirve, y la de que tirada un poco mas del alcance cierto de la escopeta, no puede rematarla sino picarla: se prescinde de los dos casos por medio de otro especial tino, y momentaneo convencimiento de que segun el terreno ó local si no se tira pronto, encubre y despues no puede hacerse, ó cuando aunque va larga ó muy distante, se vé ó descubre una estension capaz de verla cuando caiga yendo picada: todo esto prueba cuan necesarias son en un cazador las dos opuestas circunstancias de serenidad

y rapidez en sus movimientos: el que no las reuna es imposible que cace bien: así es que, vemos muchos que al salir una pieza soplan el tiro, sea lejos ó cerca, sin mirar siquiera si hay gente de por medio ó por delante: estos atolondrados aciertan algunos tiros; pero pierden muchos mas y unas véces estropean las piezas, y otras las pican ó no les dan, y algunas hacen una desgracia hiriendo á algun compañero ú otra persona, ó matando el perro: otros hay que detenidos y cobardes en todo, solo tiran cuando les sale muy cerca sin esperar á que se aleje con el recelo de que no alcance el tiro: la caza que matan estos ya vá casi estofada: por el contrario, el cazador práctico, y geómetra que reúne las condiciones dichas, si la pieza sale tan larga que á poco que ande va fuera de tiro, rapidamente hecha la escopeta á la cara y la dispara: si se levanta fuera de alcance, no hace mas que mirarla: si la

sale de entre los piés y va fumando tirase el cigarro al lado izquierdo de la boca sin dejarlo caer ni dejar de continuar chupando: si toma rapé acaba de soltar en las narices el que tiene en los dedos, apunta y deja andar la pieza ó sigue su movimiento con la escopeta, hasta que su ojo géométrica le dice andubo bastante, y entonces dispara con toda calma: si hay mas piezas que una y las ha visto en el suelo tampoco se espone á tirar, á la primera que sale sino que aguarda á que otra le salga mejor: son tolerables estos defectos en un principiante ó solo aficionado, pero en los que llevan años de práctica no puede disimularseles y no deben tenerse sino por malos cazadores por no reunir las dos circunstancias espresadas, las cuales aplicadas á todos los mas movimientos y operaciones de la caza son solas las que constituyen un buen cazador y casi puede decirse que en ellas se comprende el arte.

No debe tirarse á las aves de frente cuando vienen volando ácia uno, ó cuando estan paradas, se aguarda si se puede á que dén la cola porque tirada de frente resvala la municion en la pluma como las balas en una coraza: el mejor tiro á las aves es de cola, de lado es mejor que de frente, pero el mejor de cola, volando es mas facil acertar por que son tres piezas, una cada ála y otra el cuerpo, al paso que parada el ave no forma sino una: yo cuando veo una perdiz en el suelo la hago levantar para tirarla: cuando salen proporcionadamente se deben dejar andar hasta que se tiendan si lo hacen bajo el alcance del tiro: á las liebres no debe tirarseles repentinamente al salir, hasta que tomen la carrera recta, al menos sin usar de la precaucion de seguir muy constantemente su movimiento por los saltos y rehurtes que dan, en los cuales suele pegar el tiro en el sitio que estaba cuando ya ella dista una vara,

bien que con la escopeta de piston es t n ejecutivo el tiro que apretar el dedo y verla muerta, todo es uno: con los conejos se requiere la misma firmeza de ojo y de pulso cuando atraviesen un claro en el monte, por que lo ejecutan con la rapidez del rayo: no debe tirarse, pudiendo remediarlo, ácia el sol ni contra el viento: para evitarlo, cuando el perro est  parado se apresura el cazador   colocarse de modo oportuno: el movimiento del dedo al apretar el disparador, debe ser rápido y firme. Conoc  un cazador de génio muy vivo y fuerte, por supuesto cachetero   de los que tiran   tenazon: mataba mucho; pero estropeaba las piezas, no solo por tirarlas cerca, sino por lo mucho que cargaba: era tal la fuerza que aplicaba al disparador, que siempre cortaba   lastimaba el dedo, y se veía precisado   ponerle una abrazadera de hoja de lata que siempre llevaba en el bolsillo, y en el monte la calzaba en el dedo:

tenía que poner á su escopeta un disparador grueso por que no se le torciese, y muelles fuertes á la llave por que los rebentaba con facilidad: traía en el hombro entre la chaqueta y la camisa una almoadilla para sufrir los culatazos, y otra en el lado derecho de la caja de la escopeta (tiraba á la zurda) por que no le deshiciese la cara: con todas estas precauciones, le he visto sangrar por la boca muchas veces acabado de tirar, y otras dar media vuelta redonda y caer patas arriba con el culatazo: no podía remediar estos defectos ni se le podía convencer de su majadería: cuando le apurábamos y le predicábamos para que no cargase tanto, ó no contestaba, ó replicaba solo hablando gallego: *ó que non come non pode cag:::*



*Observaciones generales  
sobre el tiempo y dias  
de caza.*

---

**E**ntre los innumerables conocimientos que Cervantes escigia en su obra del Quijote para un caballero andante, recomendaba como indispensable el ser astrónomo; y como los cazadores son unos verdaderos caballeros andantes á quienes suceden mil aventuras, preciso es que conozcan la astronomía: no basta tener el Calendario portugues que marca los dias de caza por que como los Calendarios se componen un año ó mas antes del dia en que se ha de cazar, muchas veces si uno se gobierna por él se volvería del monte tan mojado que

diría: *el almanaquero se equivocó, hoy era día de pesca y no de caza.* Se caza si se quiere en todos tiempos, con toda clase de vientos, con sol, nublado, frío, calor, lluvias, nieves, hielos, &c. la diferencia consiste en cazar mucho ó poco y en cazar con comodidad ó sin ella; lo que nos cuentan casi todos los cazadores de que con viento solano (Este) no se hallan las perdices por mucho que se busquen, y otras aserciones de esta clase no son exactas: la caza no se sube á los vientos, no se zambulle en el agua ni se mete en el centro de la tierra á no ser los conejos, y éstos aun salen á comer para vivir: lo que hay es saberla buscar que sabiéndolo hacer se halla siempre con mas ó menos facilidad unas veces reunida y otras mas dispersa: algo cierto es que los perros no tienen tantos vientos cuando reina el solano ó vendabal (Sur) como cuando rige el norte, nordés ó hay calma, pero tambien no es menos cierto que

muchas veces no los tienen por que se les lleva por sitios en que segun el viento reinante no puede estar la caza: ésta huye siempre de parages en que la ofendan los elementos, y solo camina contra el furor de ellos conociendo que este mismo furor la salva del cazador que la persigue: las perdices algunas ocasiones huyendo al ruido de los tiros de una abrigada, apionan aunque sea un cuarto de legua por una cuesta arriba, mas bien contra el viento por fuerte que sea que no al favor de él, pero así que llegan á la cumbre no tardan en levantarse y hecharse á otra quebrada en que haya abrigo.

Por regla general en dias de viento es ocioso buscar las perdices en los pastos acostumbrados si en ellos sopla mucho: buscandolas al lado opuesto y sitio abrigado se encuentran, bien en los pastos, bien en el monte. La caza que no es trashumante ó de paso como las perdices, las liebres y los conejos, viven

siempre en un cierto rádio proesimo á donde han nacido y se criaron, del cual no se apartan á no ser en fuerza de una continua persecucion, y auu así buelven pasado algun tiempo: el suelo natal no lo abandonan aunque no tengan pastos y se vean precisadas á buscarlos muy lejos: dentro de este limitado distrito en que se sepa se criaron y viven se han de hallar precisamente, esté el dia como quiera, y si no se encuentran es por no saberlas buscar: en tales días despues de dar una ligera buelta por los pastos no hallando rastro de ellas, se registra bien el monte andando primero bien al rededor de él, y despues haciendo entrar los perros disparando piedras y mas ruido: si en el monte espeso no aparecen se registran muy escrupulosamente los ballados, muros viejos, zanjas y barrancos: no es la primera vez que se encuentran todas apiñadas en el acueducto de un muro. Las liebres buscan como

las perdices el abrigo del temporal. Los conejos no mudan de situacion, se recojen en las cuevas, canteras y paredes.

Las chochas al paso que cuando sopla su favorito el norte se hallan en dhesas, laderas y sitios sombríos y enjutos en que lo reciban de frente; si corre solano ó vendabal se clavan en los pantanos, regatas y arroyos, y solo en el agua se las puede encontrar.

Desde el mes de agosto hasta noviembre si cae rocío copioso de noche, los bandos de pollos y perdices no salen al pasto hasta que se enjuge, y queriendo buscarlas antes, se ha de hacer en el monte en donde acostumbran dormir y en que están reunidas casi sin moverse, por lo que no basta pasearlo ó mandarlo registrar á los perros: estos ya por el rocío, ya por que ellas no anduvieron no las hallan con facilidad y tiene el cazador que batir el monte con la escopeta si las ha de hacer levantar: en estos mismos meses si hace calor,

no faltan á las doce del arroyo ó sitio en que bajan á beber ó entre los maices, y para hallarlas ó encontrar los perros su rastro, recorrese todo el arroyo antes de buscarlas en otra parte: cuando no cae rocío madrugan mucho para los pastos: desde media tarde en adelante en los mismos meses, apionan acia el monte hasta colocarse en lo mas alto si hay ruido de gentes en los pastos, y sinó lo sienten se quedan en la ladera. Desde el mes de Noviembre hasta Febrero ó tiempo de los pares, no bajan al pasto dos veces al dia, ó tarde y mañana como hacen antes: bajan una solo vez, y sino las estorban permanecen en ellos hasta que falta el sol, particularmente en los navales; y si el tiempo amenaza descomponerse, susisten hasta muy tarde: en los mismos meses aunque no bajan temprano al pasto, buscan el sol á la mañana en los puntos que primero toca y se encuentran en los muros y sitios en que

pueden tomarlo. Desde el mes de febrero en que se aparejan, pasan el día completamente en el pasto y pernoc-tan cerca de él como no las espanten: cuando en tiempo de los pares se hallan perdices abandadas, son machos que no han podido hallar parejas y viven reunidos.

Los mismos efectos que surten el viento y el temporal para mudarse la caza de un lado á otro de la colina que habita, los causa igualmente el ruido de la gente que anda en los cultivos: por ejemplo, en la época de la vendimia si de un lado de la colina hay viñas y de otro Maices ú otros pastos, ó solo monte desde que las gentes inundan las viñas, puede buscarse la caza con toda seguridad de hallarla algunas veces toda reunida en la falda ó pastos del lado opuesto, por que toda vá subiendo huyendo del ruido hasta colocarse en donde no lo hay; y cuando los labradores recojen el maiz,

busquesela del otro lado en las viñas.

En los países que están muy cultivados y en que apenas hay caza, es mas difícil hallar las perdices y las liebres por las razones dichas en el parrafo anterior: como en todas partes tropiezan con gentes, se mudan á todas horas de unos puntos á otros recorriendo grandes estensiones y muchas y diferentes quebradas: por esto no hay que fiarse en lo que dicen los labradores de que en tal punto hay un bando de perdices, otro en tal, y otro en cual, y que en tal sitio hay una liebre, otra y otras en tales, por que son unas mismas y las ven en distintos dias y diferentes horas en varias partes.

Cuando llueve se hallan las perdices entre la leña alta buscando de comer por los senderos que hay entre ella y evitando mojarse. Las liebres tambien se encaman en monte mas alto que de lo acostumbrado.

Cuando nieva, si la nevada es algo

parcial ó que no cubre todo el terreno, se hallan igualmente entre los matorrales y al abrigo de los árboles; pero si la nevada susiste dos ó tres dias ó mucho tiempo, todas las perdices se reunen en los arroyos, buscando alimento en el poco campo que el agua corriente les descubre: en estas ocasiones tomándose la incomodidad de mojarse completamente, se matan muchas piezas, y lo que se hace es decidirse á mojarse mucho: salir á media mañana y sin detenerse nada andar cazando hasta las tres de la tarde, y volviendose á casa mudarse completamente. Las liebres con las nevadas se hallan en las dehesas y sitios bajos ó al rededor de los muros y no cesan de andar por buscar pasto: se acercan mucho á las poblaciones, casi las ciega el resplandor de la nieve, y se las mata con facilidad, por que se clavan en ella y no pueden correr.

Por tiempo de fuertes hielos solo

debe salirse si se ha de cazar con comodidad desde las once á las tres ó cuatro.

Los mejores dias para cazar son los en que despues de haber llovido una temporada pasan tres ó cuatro sin llover, con viento norte ó nordés que disipe la mayor parte de la humedad, pero sin que llegue á dessecarse completamente el piso: en este estado, si aparece un dia algo nublado sin correr viento, no debe perderse la ocasion de salir: tambien es apropósito el tiempo claro cuando reina un norte muy suave: todos los mas vientos sean débiles ó fuertes, no son apropósito para la caza. En punto á las observaciones que algunos hacen por los astros para decidirse uno á pasar algunos dias fuera de su casa, yo aconsejo que las abandonen y que se decidan á salir solo cuando el tiempo esté apropósito presentemente y no se aventuren á que por las señales astronómicas debe estar bueno dentro de

uno ó dos días: me tengo llevados buenos chascos en esta parte, y el que eesamine su vida cazadora recordará no pocos.

El viento solano que tan malo es para hallar la caza como para agitar á los locos, me ha dado un chasco algo serio cazando un dia que soplabá fuerte, buscaba y hallé con mucho trabajo un bando de perdices en el valle del Lucio, sobre un lugar llamado Viduedo, en el cual habia un labrador loco que aunque lo tenían encerrado, no estaba tan seguro que no se escapase muchas veces, y apalease á los que encontraba: oyendo los tiros huyó de su débil arresto, y arrancando una larga estaca de una parra subió por el monte arriba con ella al hombro: yo lo conocí de lejos y me apresuré á cebar pronto la escopeta, decidiendome á troncharle una pierna sinó podia contenerlo con palabras: al acercarse empezó entre los dos el siguiente diálogo.

Loco ¿Cantas matache?

Cazador. Atras ó mueres!

Loc. Veño á velarchas, saca á balixa que eu chas lebarey.

Caz. Vuelvete á casa antes que te vuele la tapa de los sesos: si andas un paso mas quedas redondo.

Loc. Son teu amigo, meu amor ves cansado, dasme lastema, trái, trái á balixa que xá non podes con ela, eu á lebarey que eu velochas ben.

Caz. (hechando la escopeta á la cara). Atrás, á casa, júro á..... que mueres, ¡voea á tierra!

Loc. (sentandose en el suelo con la estaca entre piernas). Baya non te enfades que hé de risa, veñoche á preguntar unha cousa ¿Vaya que non sabes cantas polainas trago? (Botines).

Caz. (mirandole á las piernas y sonriendose, cuantas has de traer? dos.

Loc. Méntes, que trago cinco?

Empezó á desabrochar una y por debajo trahía otra, lo mismo en la

otra pierna, y desde que sacó las cuatro desabrochó el chaleco, y trahía otra en la boca del estomago por reparo; las contó una por una poniendolas en la punta de la estaca: esta estrabagancia me hizo hechar á reir en medio del cuidado con que estaba para que no se me acercase: se levantó, cogió bajo el brazo sus cinco polainas y continuó diciendome.

Loc. Din que ó caldo da perdis é bo para ó reumatismo.

Caz. ¡Muy bueno!

Loc. ¡Baya dame unha perdís, é boulla lebar á tía Duminga para que á bote no pote aver se có caldo me pasa esta rodilla.

Saqué un pollo del morral y le tiré con él diciendole *toma*: lo cogió y me replicó: as cousas danse na mau, y hechó á correr por el monte abajo ácia el lugar gritando como si hechara tiros, tun, tun, tun, y dando careajadas de risas. Con esto terminó una escena que

por poco me espone á matar á un loco, ó á lo menos á fracturarle una pierna. Tengo muchas pruebas de que la caza sea de la clase que quiera, busca toda unas mismas posiciones para guarecerse de los elementos, y que toma siempre un mismo rumbo ó direccion huyendo de ellos: varios casos practicos recuerdo en comprobacion de esto y referiré solo el mas singular. Estando el año de 825 en las montañas de Courél en un lugar llamado Folgoso, y país de mucha caza; salí un dia con un Arosa de una herbería aficionado: había nevado algo el víspera y varió un viento de ácia el poniente que hacía derretir la poca nieve que había á toda prisa: me llevó por todos los mejores puntos y cazareros que el conocía, y á pesar del buen perro que yo tenia y de dos mastines que él llevaba, no hemos podido descubrir una pieza: era ya la una del dia y nos sentamos á aligerar la bota y comer un poco cecina que llevava-

mos: habia una encañadita en frente de nosotros con un arroyo cubierto de huces que descendia hasta el rio y estaba abrigada del viento que soplabá: vimos salir un corzo del arroyo á toda carrera: dos ó tres veces volvió atrás la cabeza deteniendose poco, y dobló la sierra con tanta presteza como si fuera acosado de los perros: en la duda de si quedarían mas en el sitio ó de si habría otro animal que lo hiciese huir, cargamos con bala: pasamos el rio por una viga que estaba colocada al intento, y subimos cada uno por su lado del arroyo: al llegar cerca del sitio por donde saliera el corzo, me salta una liebre de entre los piés, y sin acordarme de que tenía cargado con bala le tiré: dió la casualidad que le mondé una pierna de atras, la siguió el perro de perdices, y luego vino con ella arrastrando: mientras yo cargaba, los mastines hechan del arroyo un corzo nuevo, le tiró el Arosa, y no le dió: cebados todos los perros

en seguirlo, nos quedamos sin ninguno, pero lo acosaron tanto que se hechó al rio, lo arrolló el agua y bajamos á sacarlo de una presa en que había parado, teniendolo ya algo estropeado los perros por que cada uno tiraba por su lado: lo dejamos sobre el tejado de un molino que estaba cerrado y volvimos á nuestra regata: fuimos subiendo por ella algo mas arriba, los perros empiezan todos á la vez á ladrar y casi al mismo tiempo y sin interrupcion: empieza á salir un nublado de perdices, sale un jabalí, un lobo, cuatro ó cinco chochas, todo en confusion, sin que los perros se fijasen en ninguna pieza, menos el perdiguero que siguió al jabalí: los mastines no dejaron el arroyo, y por que no faltase nada en lo mas alto de él hechan un zorro que los ocupó mas de una hora: el perdiguero no tardó en volverse, los dos tiramos en aquel laverinto, pero al jabalí, y creo que ninguno le acertó: no salieron conejos por que en

aquel país no los hay; nada faltó allí de cuanto había en él: las perdices podían ser mas de sesenta, todas las que había en aquellos montes: pasamos el resto del día en seguir las, y aunque era tarde, matamos nueve y dos chochas: el Arosa cargó con el corzo, é yo con lo demas, habiendo llegado con mucha noche á casa y muy estropeados.



*De la Estrategia cazadora, ó modo de buscar la caza, perseguirla, engañarla y sorprenderla.*

---

**D**espues de quanto va dicho sobre el modo de cazar y de todo lo referido mas adelante en cada tratado de las diversas especies de caza, parecerá por demas dedicar un capítulo esclusivamente al modo de buscarla y perseguirla; pero como me he propuesto imprennar á los aficionados de todas las reglas de este arte, no es superfluo que con algunas variaciones las hallen demas en un capítulo, y que en el presente vean las generales aplicables á todo género de caza: son estas. Primera, buscarla en parages que no dé el viento cuando sople. Segunda, buscarlas en los pastos si están enjutos

y no hay gente en ellos primero que en otra parte. Tercera, buscarla al lado opuesto de donde haya ruido de gentes ó de otra clase. Cuarta, buscarla por los caminos, senderos, muros, y alrededores de los pastos, montes y dehesas antes de entrar en ellos. Quinta, buscarla en los sitios que primero haya bañado el sol á la mañana antes que en los sombríos. Sesta, buscarla en donde se sabe positivamente que la hay antes de pasar á los en que se ignore ó dude. Septima, buscarla en donde se sepa que el vispera y algunos dias antes, no anduvieron cazadores persiguiendola antes que en donde lo hiciesen. Octava, buscarla en donde no fué aun perseguida ni oyese tiros antes que en donde sucediese esto. Novena, perseguirla sin descansar cuando se ha visto poner á ojo ó se fué á sitio en que se pueda velar y andar con facilidad antes de darle tiempo á que ande mucho, y se pase á peores posiciones. Decima, perseguirla en de-

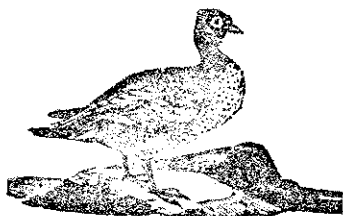
tall ó pieza por pieza, cuando se sabe de ellas antes que se reunan. Undecima, perseguir primero y sin detencion á la que vaya herida antes que el perro se olvide de que vá en aquel estado, primero que á las nó tiradas aunque se vean poner á ojo, á no ser que el local sea apropósito para que se vuelvan á levantar. Duodecima, perseguir la pieza que se conoce cayó muerta ó que debió morir pronto, antes que se enfríe, por que si sucede esto es mas difícil hallarla por no encontrar el perro sus vientos. Decima tercera, perseguirla con cascabel y ruido en sitios espesos y montes altos. Decima cuarta, perseguirla con el cascabel tapado y con mucho silencio en los montes rasos y parajes descubiertos. Décima quinta, perseguir á los padres, guiones ó gefes antes que á los hijos si hay proporcion para hacerlo así, y aun en este caso, primero al macho que á la hembra; pues esta vuelve mas pronto ó se aleja menos por el amor á los hi-

jos y su debilidad. Décima sexta, perseguirla frente al viento y no contra ó á favor de él si uno puede interponerse ó lograrlo, por que el perro halla mejor el rastro y la caza no puede andar tanto contra la accion y resistencia del elemento, como á favor de él. Décima sexta, aguardar para perseguirla á que salga de alguna espesura si en medio de ella no se la pueda tirar ó velar, y si parece probable que salga luego, bien para reunirse, bien para ir al pasto ó buscar la compañía estraviada. Décima óctava, y ultimamente, rodearla, salirle al encuentro por el sitio mas corto y menos visible, colocandose para tirarla del lado que mas facil sea descubrirla y que mejor pueda velarse, obligandola á que tome la direccion de una buena quebrada y no dé una mala en que despues sea mas difícil hallarla.

En estas reglas generales y las particulares de cada capitulo ó tratado,

consiste la estrategia cazadora: no basta que el cazador sepa tirar bien, es preciso que sea estratégico: mas difícil es buscar la caza y saber proporcionar el tirarla, que matarla cuando sale bien para apuntarla: hay cazadores que tiran muy bien; pero que matan mas pocas piezas por no saberlas buscar.





### *Caza de Perdices.*



La hermosura de estos animales: el ruido imponente de sus álas: el asombroso modo de correr ó apionar por el suelo: su particular y esforzado canto: la rapidez con que se juntan cuando se diseminan ó estravian como si hubiesen convenido antes el punto de su reunion sin llamarse cantando: el modo de corresponderse cuando ejecutan esta misma reunion, llamandose unas veces con grandes redobles, y otras con solo

una, dos ó tres voces á la manera que uno ó dos golpes de caja de Guerra: el reunirse por el vuelo en un punto distante cuando sienten ruido y no se atreven á cantar levantandose el macho, silvando con sus álas cuya direccion escuchan todas y la siguen, ó andando ó levantandose tambien; pero sin hacer el ruido que hizo el gefe para ser oído: el singular modo de morir cuando la municion entra en su vientre, subiendo por el aire perpendicularmente, haciendo un perfecto caracol, que llamamos hacer torre hasta espirar, terminándolo piramidalménte con el último aliento; y finalmente el delicado gusto de su carne; presenta todo un ameno y espacioso campo para tenderse una pluma mas bien cortada que la mia. Si se buscase un hombre traído de una region en que no hubiese perdices, ni hubiera oído hablar de ellas y se le llevase á presenciar el cazarlas, empezando por el susto

que levantadas repentinamente debía causarle el ruido, el modo elegante de buscarlas, pararlas y traerlas los perros, y concluyendo con cenarlas ó comerlas bien compuestas, diría: *estas son las mejores aves que ecsisten sobre la tierra.* Si aun los que nacimos entre ellas no cesamos de admirarlas, y si la distraccion y diversion de cazarlas, la preferimos á la mejor ópera ¿que sucedería con uno que las viera por primera vez? Este capitulo debiera ser mas largo que ninguno de los que abraza esta obrita, si en todos los anteriores no se hubiera tocado alguno de los puntos concernientes á la caza de perdices. Dicho ya el modo de buscarlas y perseguirlas, falta solo el mecanismo de matarlas y algo de la parte estratégica peculiar de ellas y no de lo general de la otra caza.

No es de buenos cazadores tirar las perdices á la salida del bando: este primer tiro que generalmente no mata mas

que una, es el triste presagio de no poder volver á tirar otra ó de tenerlo que hacer á fuerza de andar mucho y fatigarse: no tirandolas, se quedan muy cerca ó en la primera quebrada: las vela el cazador y fija con serenidad el punto á donde cada una paró para despues irlas tirando en detall: tirándolas al levantarse reunidas, vuelan hasta mucho mas lejos y casi siempre á donde no se las vé parar. El tiro las alarma, y como paran unas no lejos de otras y la distancia á que dejaron al cazador es mucha, cuando éste llega allá, ya están reunidas ó preparadas para volverse á levantar y hacer dar otro mayor paseo al cazador, para que tal vez no vuelva á verlas; pero no debe tenerse por regla general el dejarlas de tirar á la salida. Si al hallar el perro su rastro ó tenerlas paradas mira el cazador la estension y configuracion del terreno como debe si sabe su oficio, ya se resuelve á tirarlas si conoce que aun-

que den dos ó mas vuelos largos las puede velar; y á no tirarlas si se le presenta á la vista una ladera en que deban detenerse y verlas hacer alto: casi se puede dar como regla general que en pais llano y estenso nunca deben tirarse á la primer salida, y que debe tirarseles en pais muy quebrado y de profundas y sucesivas riveras ó valles. Es muy conveniente llevar un muchacho ó mozo que esté acostumbrado y sepa velarlas, bien porque el que no las conoce se engaña creyendo que se detuvieron cuando le parece que ya tocaron á la tierra, ó las vió doblar, por mas que su vista sea prespicáz: no basta verlas doblar para cerciorarse de que pararon, por que si al revolver sobre el ála vén alguna persona, animal, ó un sitio que les guste mas adelante, suelen andar otro tanto mas como hasta donde doblaron. El cazador práctico luego conoce por la figura del terreno y las circunstancias que motivaron su

salida, á donde deben estar. Cuando no fueron tiradas ni muy acosadas para salir, se quedan en sitio algo descubier- to ó casi raso: si se las tiró ó están acostumbradas ya á la persecucion de los cazadores, se clavan en los mator- rales ó sitios mas impenetrables ó bar- rancos de difícil ascenso, lo mismo que cuando van heridas: si la herida es mortal y vuela hasta concluirse el aliento en sitio quebrado, esfuerza el vuelo hasta el término de las regatas ó encañadas; pero si estas están cor- tadas por caminos ó algun pelotón de árboles, paran al llegar á ellos, y así para buscarlas, no hay mas que seguir su direccion registrando desde el punto en que se perdieron de vista, y hacer- lo mas escrupulosamente al llegar á los caminos, árboles, cortaduras, ó término de la encañada que bajaron.

Frecuentes son las ocasiones en que hallandose las perdices en terreno des- cubierto ó sobre algun muro, se levantan

tan al sentir el perro ó avistar el cazador, y dando un muy corto vuelo se quedan á la orilla de alguna faja de monte y apionando empiezan á meterse en la espesura: entonces si el perro es dócil, y el cazador diestro, pueden matarse algunas en detall, y se egecuta de ésta suerte: se tapa el cascabél, se vá aprosimando el cazador sin ruido señalando al perro el sitio con la punta del cañon; así que pára una, ó ella se levánta, se le tíra; caiga ó nó, inmediatamente se retira el cazador ácia atrás á distancia de dos cientos ó mas pasos, y desde allí se llama al perro para que la traiga si cayó, ó para que se retire igualmente si la perdíz marchó: si saliese y cayese ácia un lado, debe el cazador hacer esta precipitada retirada, no rectamente ácia atrás, sinó sobre el mismo flanco, evitando que el perro repase ó vuelva con ella por el mismo sitio ó por el en que están las mas: se carga y se vuelve allá á tirar

á otra que salga, emprendiendo igual retirada tantas cuantas veces sea preciso hasta que se hayan levantado todas. De esta suerte hubo ocasion que de cinco perdices que tenía el bando maté las cuatro estando separadas pocas varas ó cuartas unas de otras: pues como no se la apriete con gran ruido y retirandose velozmente, rara vez se levantan juntas. Un perro acostumbrado á obedecer, y bien enseñado, llega pronto á secundar estos movimientos retrógrados del cazador, sin darle mas grito ni señal que la precisa para hacerle volver la cabeza y notar que su amo se retira.

Si el bando es de pollos, se buscan uno por uno en la quebrada ó punto en donde se quedaron hasta que se levanten los menos ocultos, y adelantandose algo mas para tirar las viejas que al momento empiezan á correr por el suelo; pero como rara vez quieren levantarse todos, el modo de matarlas

y no fatigar los perros en su busca, es retirarse y ocultarse con silencio, haciendo hechar el perro: los pollos empiezan luego á cantar y á salir para reunirse, y las madres no se descuidan en llamarlos y juntarlos: muchas veces se matan en el suelo, y los tira el cazador desde el sitio en que está oculto que debe proporcionar sea á la orilla de un camino por donde deban ir subiendo, ó de un muro, peña &c. Desde que se juntan vuelve á salir el cazador á buscarlos y tirárlos; y muchas veces aprovecha la ocasion de matar los padres que ya vuelven á estar con ellos, y sigue por otro rato persiguiendo á los pollos que veló, y se vuelve á retirar y ocultar lo mismo que al principio. Esta operacion se repite muchas veces hasta que se maten todos ó los mas de los pollos. El cazador que adopta ésta táctica para cazarlos, y que tiene la paciencia necesaria para dejarlos reunir, concluye con todo un ban-

do en pocas horas. El que sin esperar á que canten ó que se reúnan, sigue ó marcha á buscar otro bando, mata menos perdices. El que hálle un bando decente de ellas, debe fijarse en el parage y no dejarlas hasta que las concluya ó le saque muchas. Una vez halladas no deben abandonarse por la incertidumbre de ir á buscar otras que no se sabe si se hallarán. Cuando los pollos están sin las viejas, ó son ya crecidos ó muy acostumbrados á los tiros, por lo cual no canten para reunirse, puede el cazador marcharse á otro sitio por una ó dos horas, seguro de que cuando vuelva los ha de hallar reunidos en el mismo sitio en que los levantó la primera vez: á él se dirigen siempre, y los que se extravían quedan solos ó no pudieron reunirse á los otros, concurren al punto en que fueron levantados aunque sea á vuelo, sinó pueden apionando.

En las costas ó á las riveras del mar,

debe tenerse por regla general, que deben tirarse las perdices á la salida del bando para aprovechar á lo menos un tiro; por que tíreseles ó no, las perdices de rivera á ella se ván desde los pastos inmediatos á donde suben, y despues no siempre se puede penetrar en los barrancos y peñas en que se giiarrecen. Por tiempo de los pollos es facil aprovechar los tiros, matando uno por uno ó mas juntos, desde que se hechan á la rivera colocandose el cazador á la orilla cuando empiezan á cantar para reunirse y buelven á salir subiendo al pasto. Para cazar determinadamente en las rivéras, se debe elegir la hora en que esté baja la maréa por no perder las piezas que caén en ella, y por que el viento húmedo que acostumbra correr no constipe ó haga daño al cazador que llega á la rivera sudando, y que se detiene largos ratos en varios puntos de los barrancos. Es conveniente á baja mar cazar entre dos; uno

por la arena á orilla del agua, y otro por los barrancos marchando siempre á la par; pues la perdiz que no tñre el de arriba, lo hace si puede el de abajo: no yendo mas de un cazador si lleva vela ó mozo, debe éste ir por abajo. Los perros han de acostumbrarse con cuidado á cazar en estos parajes, y contenerlos todo lo posible por que no se precipíten; y si por primera vez se lleva un perro á la rivera, conviene que antes de meterle en los pastos para levantarlas, se le lleve primero por la orilla de la misma rivera, que la conozca y no se despeñe al llegar corriendo tras de alguna perdíz herida: en locales así quebrados hay que tirar muchas veces á tenazón, algunas ácia bajo y otras muy largo; por lo que deben tenerse presentes las reglas de la geometría cazadora. Un retáco de cañón córto y al mismo tiempo de alcances, es la clase de escopetas mejores para las riveras. Por tiempo de los pares,

es cuando se matan mas perdices en la rivera. Como entonces pasan el dia en los pastos y aguardan hasta que las pisen digámoslo así, ó á lo menos á que salga la hembra, (el macho se resiste á levantarse hasta que lo hace la compañera,) se van registrando los pastos por sobre la rivera, en los cuales se hallan todas, y á la que se marcha sin tiro, no se la sigue á no ser que se la vea poner á ojo, y se continúa buscando otra pareja llevandolas en detall. Las perdices que viven en las riveras, son generalmente mas pequeñas que las otras, y mas veloces, esperan poco en los pastos y se precipitan rápidamente á sus peñascos. Volvamos á las perdices que habitan en los montes.

Hay otras perdices que los cazadores llaman charrelas (*pardillas*) mas pequeñas que las comunes, con las piernas blancas ó pardas y el pico lo mismo: las plumas de las álas mas largas y apuntadas y el pecho mas parecido al

de un tordo motado ó al de las codornices: son propias de los montes en que habitan siempre, y rara vez se las encuentra en los pastos: á éstas hallense en el parage que se quiera debe tirar-seles á la salida: se levantan muy reunidas y casi apiñadas, por lo que se pueden matar algunas: vuelan hasta perderlas de vista, y aunque parezca que se quedan por verlas doblar, no es así pues doblan muchas veces y siguen varias quebradas antes de parar: rara vez se las vuelve á hallar y es tiempo perdido seguir las, por que al segundo vuelo no esperan perro ni tiro. No es nuevo hallar alguna perdíz blanca en Galicia, algo semejantes á las de Rusia. Yo no encontré ninguna; pero lo oí á varios cazadores que los tengo por veraces, (son pocos los que no eesageran) y me han asegurado varias personas de algun carácter en la jurisdiccion de Taboada, que hace pocos años mató una un cazador que á un vive allí, toda

blanca menos dos ó tres plumas algo obscuras sobre las álas, y las piernas y pico encarnados. Las de Rusia tienen el pico y uñas negras y las piernas con calzas como las palomas mansas. No sé si en las zonas templadas contribuirá la vejez de alguna perdiz á blanquear, ó nacer ó volverse así por algun accidente. Un Abogado de la Audiencia de Galicia que tenía el pelo muy negro se le puso blanco como un armíño en veinte y cuatro horas que estuvo en un calabozo, el año de veinte y tres á la conclusion de la revolucion.

Hay dias en que no se encuentran con facilidad los bandos de pollos, por que el calor sufoca luego los perros, y las perdices viejas sintiendo el ruido apionán con ellos y los conducen muy lejos. Cuando esto sucede despues de haber registrado bien los pastos, el monte, los sitios á donde acostumbren ir á beber &c., se apela á pasear todos los caminos que crucen ó rodeen aquel

cazadero: las pisadas que dejan escritas en ellos y la mayor facilidad con que por los mismos caminos conducen y extravían las viejas al bando, proporciona al cazador el medio de dar con ellos, la direccion que llevaron, se conoce sin poderse equivocar por lo gravadas que dejan en el polvo las patas: por ellas se conoce si los pollos son grandes ó chicos, cuantos son, si los acompaña una ó las dos viejas &c. si las pisadas llegan á estinguirse en sitio que pudieran verse mas, es prueba de que se levantaron, y entónces se examina según la configuracion del terreno el punto á que podrían pasarse y se registra hasta dar con ellas: si las pasadas se apartan del camino y se internan en el monte, se les enseña á los perros por donde entraron en él, y aunque no hallen rastro, sigue el cazador aquella direccion sacudiendo la leña hasta levantarlas: las pisadas se conocen bien si son frescas ó del mismo dia ó del antecedente:

el escremento que se halla en la misma ruta demuestra tambien si pasaron por allí hace poco ó mucho tiempo. Las perdices no son áves que se suban muy voluntariamente á los árboles; pero lo hacen algunas veces é yo tengo muertas muchas en ellos. Los pollos especialmente cuando se levantan en alguna dehesita ó entre arboles, se quedan muchos en ellos entre sus brazos arrimados al tronco, y no en las puntas de las ramas. Hacen esto mas facilmente cuando los levantan los perros solos estando el cazador lejos, y si se introducen volando en alguna dehesa ó bosque, hacen lo mismo, y entre la leña alta como tojales, se quedan tambien entre sus copas; y así no deben dejarse sin mirar con cuidado y sacudir las ramas con la escopeta antes de pasar adelante. He visto poner á ojo un bando de diez á once pollos en una dehesa pequeña: quedé seguro de que no pasaron adelante por que domina-

ba con la vista el terreno: fuí allá, y ni el perro halló rastro de ellos, ni pude levantar ninguno por mucho que registré al rededor. Cansado y aburrido, me senté á la sombra de uno de los mismos arboles: las moscas picaban al perro y rebolcandose sobre el lomo para sacudirlas, se quedó inmovil como parado patas arriba, mascando como acostumbran cuando las tienen cerca: luego se levantó, se puso derecho arri-mado al tronco, mirando ácia arriba, mascando y bolviendo la cabeza ácia mi de cuando en cuando: me leban-té, empecé á mirar al árbol, y luego ví dos pollos no lejos uno de otro: tiré á uno cayó, y el otro voló: cargué, volví á reparar y mirar todos los árboles, y maté en ellos cinco, y los mas se fueron levantando con el ruido de los tiros.

Una vez levantadas las perdices, es llegado el caso de trabajar el cazador y el perro poniendo en movimiento to-

do's sus resortes y destreza. Los momentos en que se las ve, son preciosos y deben aprovecharse como raros en presentarse. Un descuido ó negligencia de pocos minutos basta para no matar ninguna pudiendolo hacer de algunas. Todos los cazadores saben que muchas veces se anda todo el dia buscandolas, y que en matarlas no se gasta mas que media hora ó no tanto. Para este caso y momento de fatiga, debe estar reservado el cazador y el perro: es decir, no estar sufocados ó rendidos de pasear en valde. El cazador debe caminar en el monte como la infantería en campaña; de suerte que, si halla al enemigo pueda cargarlo con la ventaja de no estar ya rendida, y el perro debe llevarse como á la caballería teniendola como de reserva, apeandose al subir y bajar cuestras para que llegado un lance puedan maniobrar con todo vigor los caballos, Poco importa hallar las perdices cuando ya el perro está

trillado y cansado que no entre en la leña, y cuando ya el cazador no puede andar mas. ¿Cuántas veces se levantan las perdices á la tarde y viendolas poner á ojo dejamos de ir á buscarlas pretestando que ya es tarde, no siendo este el motivo sinó el de no poder ya andar mas? A buen seguro que si fuese á media mañana no las dejaríamos.

Por tiempo de los pares no es lo mismo. Entonces el cazador no hace mas que ir recorriendo los pastos uno por uno, deteniendose hasta que el perro lo registre. Si halla la pareja se va á tirarla, y sinó sigue á otro. Los perros se cansan menos tanto por que la estación no es calorosa, como por que no tienen que meterse tanto en el monte, como para perseguir los bandos. El cazar por el tiempo de los pares, es lo mas descansado: en todo el dia y á todas horas, se vá tirando y andando, y cuando están á bandadas se anda todo el dia para tirar solo en una hora ó menos tiempo.

La caza de perdices suministra mas anedoctas y casos raros que otra ninguna. Contaré solo uno que me ha sucedido á orillas del Miño en un Priorato de Monges Benitos. Estando cazando en un navál mas arriba del Priorato con otro compañero, tiré á una perdiz, y no rematandola le tiró el otro; pero se marchó y la vimos hacer torre junto al Priorato. Las ramas de un castaño y la distancia, nos impidieron ver el punto fijo en que cayera. Fuimos allá, registramos todo al rededor del Priorato entrando hasta en la huerta, sin pedir licencia ni salirnos nadie al encuentro sinó un perro que tenia el Prior que nos fastidió; pero lo hemos respetado por que estaba en la era de su casa. Mi camarada me dijo que había visto asomar la cabeza por entre una vidriera al ana del Prior reíendose; pero yo creí que me lo decía por divertirse, y cansados de dar vueltas al rededor de la casa, nos marchamos sin

hallar la perdiz ni plumas en donde cayese. Hemos continuado cazando toda la mañana, y á las doce nos sentamos á la vista del priorato para comer. Vimos salir á un mozo, que así que se informó en donde estábamos, se volvió corriendo, y luego se presentó el P. Prior de mediana edad; pero de aspecto alegre. Nos saludó diciendonos »Señores, aunque no les conozco les he visto tirar mucho toda la mañana por este desierto. Soy tambien aficionado á cazar: les ruego me acompañen á disfrutar una corta racion monástica que á lo menos no estará fria como la que van á tomar, y á la tarde les acompañaré á tirar cuatro tiros, apesar de que hace tres años no tomé la escopeta.» Le dimos gracias y nos escusamos; pero el Monje nos importunó hasta que consiguió llevarnos. Le fuimos diciendo de donde éramos, cada vez se manifestó mas satisfecho, y el ama nos presentó

una comida bien sazonada y una perdiz sola con salsa de cazador: » coman, nos »dijo su Paternidad, que comen de lo »suyo. Esta es una perdiz que me re- »galaron dos cazadores que anduvie- »ron esta mañana en esa ladera, y »afé que me la mandaron por un con- »ducto bien particular.» Miramos uno para el otro riyendonos como querien- do preguntanos si sería la que tanto buscábamos al rededor del priorato, y le dije ¿Por que conducto se la man- daron á V. Padre? »Por el de la chi- »menea en derrechura á la cazuela, sin »mas diferiencia que la pretension que »tuvieron de que la comiesemos cocí- »da con plumas; pero la Rita se em- »peñó en sacarselas.» A esto sale el ama riyendose, que escuchaba al Prior detrás de la puerta, y todo fué alga- zara y risa general: nos levantamos de la mesa, fuimos á la cocina y Rita nos esplicó como estando espumando la olla y oyendo dos tiros, cayó por la cam-

pana de la chimenea la perdiz dentro de una cazuela que estaba con agua hirviendo, le saltó el agua con el golpe y la quemó un poco en el brazo, y á un gato que estaba junto al fuego lo salpicára y quemára tanto que aun no volviera á parecer. El ama se asustó de este golpe impensado, llamó al Prior, y viendo que era una perdiz resolvieron guisarla y llamarnos para comerla sino desaparecíamos, y tuvieron al criado observandonos hasta que nos sentamos. Esta divertida ocurrencia prolongó la comida y disminuyó la tarde; sin que tuviesemos tiempo para volver á cazar. Nos obligaron á quedarnos aquella noche, que pasamos jugando la mallilla hasta cenar, y al otro día nos acompañó el Prior, y despues por largo tiempo hemos frecuentado aquel caza-dero y el priorato.

Para conservar las perdices en tiempo de calor, deben quitarsele las tripas así que se matan, lo que se ejecuta

con una pluma de las álas doblándola por cerca de la punta, y despues de introducida se retuerce á manera de saca trapos y atrae toda la tripa. Tambien se hace con el canutillo de la misma pluma, y se les deben estraer, de suerte que no les quede pudiendo ser nada adentro. Hecho esto y enterradas profundamente en medio del centeno con la pluma, despues de frias y separadas unas de otras, se conservan frescas aunque sean quince dias, tanto para regalarlas, como para ir las gastando. El centeno estando bien fresco y acondicionado, conserva mucho toda clase de carnes, por que la configuracion de sus granos que asientan y se encasan á lo largo unos con otros, impiden la comunicacion del aire, mas que ninguna otra semilla.



## *Caza de Codornices.*

---

**L**as Codornices originarias del Africa pasan el estrecho por la primavera y se extienden por toda la Peninsula. En la costa de Granada cazan muchas con la red llamada chumbera, en los arenales en donde aguardan las bandadas de ellas que á favor del viento solano, (Este) atraviesan el mediterraneo y llegan tan rendidas que se quedan por largo rato tendidas en la arena así que pueden ganar tierra. Una codorniz de mayor tamaño que llaman el guion, dirige cada bando á la manera que las abejas, y aun las aves de otras clases. Si por casualidad cambia el viento y le es contrario, ahogan muchas, y desde tierra se ven caer al agua ya cerca de la orilla las que

pierden las fuerzas, despues se diseminan en términos que no se ven volar por tierra en bandos para llegar al estremo de la Peninsula, y si vuelan será de noche. Sin saber cómo ni por donde, van apareciendo en el mes de mayo ó antes por todas las Provincias; pero llegan muy flacas. En los países templados en donde el invierno no es riguroso, se quedan muchas. En Galicia se hallan algunas hasta por el mes de enero, al rededor de las costas marítimas, y aun mas reconcentradas, En los nabales apastan por esta época y están mas gruesas y mas sustanciosas que por el verano. Como pasan éste criando, apenas se las puede tirar, ó no se debe hasta pasar todo el mes de agosto que se hallan y cazan mas facilmente en los rastros. Antes de segar los frutos no son tan faciles de buscar y los perros estropean mucho trigo, centeno y cebada para levantarlas. Bien pudiera dar reglas para buscarlas y matarlas desde

mayo hasta pasar agosto; ellas mismas dicen casi siempre en donde están por lo que cantan de día y de noche; pero además de las frecuentes desgracias producidas por los tiros entre los frutos, el dar reglas para cazar en medio de ellos, sería autorizar el abuso de la mayor parte de los cazadores, que sin hacerse cargo del sudor que cuestan al labrador, hacen mas estragos en ellos que los jabalíes. Pocos son los que tienen la virtud de no entrar en medio del fruto, cuando ven poner una cordorniz en él. Para los viciosos tanto en cazar, como en otras cosas, puede poco la conciencia y la consideracion de los perjuicios que causan cuando se les presenta ocasion oportuna de satisfacer sus deseos. No son suficientes las leyes que rigen sobre la caza para impedir estos males. Rara vez son reconvenidos en justicia los cazadores por sus excesos. El labrador aun que los vea, ó no se atreve á ir á reconocerlos y recon-

venirlos por que llevan una escopeta en la mano, ó aunque los conozca sabe que generalmente son mas pudientes que él y que nada saca en limpio sino esponerse á su saña. Hay cazador que si entra una cábra ó un cerdo de algun labrador en una heredad suya, da cincuenta querellas de él y le hace pagar veinte veces el derramo que le hizo ó que no le hizo; pero este mismo no se retrae de asovallar diez ferrados de trigo en sembradura para matar una codorniz, ó de atravesar por él, por no darse una vuelta de veinte pasos. Tratemos pues de cazarlas en los rastros.

Se buscan las codornices en dias serenos desde que no hay rocío en los terrenos que estan de rastrojo y sus alrededores aunque sean montes. En las viñas, maices, mijo menudo y panizo: entre los lincos y cañamos, cuando está madura su semilla, y á orillas de este terreno desde que se arranca, habitan muchas, y en los juncales de orilla del

mar desde que baja la marea y nunca cuando está llena. A plena mar deben buscarse mas arriba y se hallan pronto y á veces con abundancia; por que van apionando y huyendo del viento que trae consigo la marea. Como son muy chicas y no tienen tanto olfato como las perdices, pasan los perros facilmente por sobre ellas sin hallarles vientos, por lo que debe el cazador irse deteniendo de trecho á trecho y hacer cruzar á los perros muchas veces el terreno. Si sopla el viento, se buscan en sitios en que no dé, ó entre la leña cerca de los pastos en que viven. Por el invierno en los navales, forrages y las viñas. En esta estacion nunca cantan: para tirarlas se carga con mostacilla ó municion algo mas menuda que la de todo tiempo. Deben tirarse largas desde que se tiendan y no antes. Como dan los vuelos casi siempre mas cortos que las perdices, nada hay que advertir sobre las quebradas que bus-

quen, pues aunque no se velen, se buscan por la direccion que llevaron. Desde que doblan luego se quedan, y no doblan siempre.

No se afanan mucho los cazadores en buscar codornices por ser pequeñas; pero los que cazan por mera distraccion, ó por lujo, deben dedicarse á este género de caza por muchas razones. Entre ellas por que se caza muy descansadamente, y cualquiera sufre esta fatiga, por que regularmente hay poco que andar y se anda despacio y por sitios llanos; por que aunque se maten muchas, no incomoda nada su corto peso, y por que es la caza mas delicada que puede presentarse en una mesa. Es muy cierto de las codornices, y no de lo mas, el refran con que comunmente clasifican las carnes y los pescados diciendo.

*De las carnes el Carnero,  
De los peces el Mero,  
De las aves la Perdiz  
Y sobre todo la Codorniz*



## *Caza de Liebres.*

No hay mejor galgo que la escopeta. Con ella y el perdiguero se matan mas, y con mas comodidad que con una docena de galgos. A éstos, se les escapan muchas en tierras quebradas. A la escopeta pocas cuando salen bajo el tiro. La destreza del cazador consiste en saberlas buscar y en colocarse ventajosamente para tirarlas. Siempre se encuentran mas liebres á la inmediacion

de los pueblos que á la distancia de una legua de ellos. Algun atractivo las hace aprocsimar á las poblaciones; no sé si el sonido de las campanas, el ruido de las gentes, el de las musicas ú otro semejante. Puede atribuirse tambien su aprocsimacion á los mejores pastos y abundancia de verduras á que son apasionadas. Pongo por ejemplo las Ciudades de Santiago y Lugo, á cuyos alrededores, apesar de las muchas escopetas que todos los dias salen de ellas, jamás faltan liebres hasta en los mismos arrabales; y por muchas que se máten, dentro de pocos dias vuelven á aparecer, lo que no sucede separandose nada mas que media ó una legua del pueblo. El ruido de las sierras de ayre, estoy convencido hasta la evidencia que las atrae, y aun no hace cuatro años que yo sé esto. En los pinares de las Mariñas de Betanzos y otros puntos, se aprocsiman tanto á los sitios en que sierran madera, que los mis-

mos serradores las vén llegar varias veces casi á debajo de la serrera á las mañanas y á las tardes, y se encaman muy cerca. Yo desde que me confirmé de esta verdad, siempre que paso por donde hay serreras, registro bien la circunferencia, y rara vez dejo de hallar liebre. Estos animales, ó se levantan casualmente cuando se anda á todo lo que salga, ó buscándolas. En el primer caso, si el perro no la vió y no salió bajo tiro, se le distrae para que no la vea, y se mira el rumbo que toma, mudandose de trecho á trecho, hasta que se vea parar ó se conozca á donde se fué. Sabido el punto, se arma el cazador de paciencia, se sienta sugetando el perro ó haciendolo echar, y se aguarda media hora ó un buen rato para dar tiempo á que la liebre se tranquille y se acueste. Luego se vá allá haciendo andar el perro atrás, y se busca hasta que vuelve á salir ó se la vea en camada. Si se la vé echada y se requiere

tirar así, no suspende el cazador el paso, y andando ó retrocediendo si la tiene muy cerca, se la vá descubriendo bien hasta poderla tirar á una distancia regular. Si el cazador se para ó detiene para apuntarla como esté despierta, arranca y suele perderse el tiro: éste no se le dispara como ya dije en otro lugar hasta que toma rumbo fijo en la carrera. Si saliese viendola ó levantandola el perro no pudiendo tirarla, se hacen todos los esfuerzos para contener el perro por que no se estropee siguiendola. Cuando no se le puede contener, y el local permite que la liebre dé vueltas, se apresura el cazador en colocarse en un camino que suba ácia el monte ó algun crucero de caminos, á cuyos puntos se enderezan para largarse. Si en estos no se la puede tirar, y el perro vá cebado en su persecucion, se vuelve el cazador al mismo sitio de donde salió, y ocultandose algo por que no le vea si vuelve, la espera allí; por que mu-

chas veces el perro la hace dar vuelta, ó aunque no se la dé ó la pierda, la dá ella, y despues de andar mucho se viene á encamar al mismo sitio ó muy cerca, lo que ejecutan regularmente cuando tienen compañera. Siempre que salga ó se mate una liebre, se deben registrar mucho las inmediaciones para hallar la compañera, que algunas veces están á distancia de pocas varas ó cuartas una de otra, y no pocas se matan las dos.

En el caso de ir las á cazar decidida ó esclusivamente, se buscan en los sitios mas favoritos de ellas que son: por el verano, ó cuande hace calor, en las quebradas de los montes rasos cerca de los pastos, y sitios en que por el invierno hubiese alguna regatilla: solo á la sombra de un alecho suelen quedarse sobre la tierra fresca: entre los maizales particularmente si hay abas: en los surcos del centeno, trigo, cevada, mijo menudo ó frutos blancos: cerca de alguna huertecilla en donde hayga ber-

zas; pero siempre al abrigo del aire. Si es á la mañana temprano, no faltan del pasto lo mismo que á la tarde desde que baja el sol; y entonces se coloca el cazador sobre el muro y portillo por donde parezca regular debe salir, como dige hablando de enseñar los perros. Por el invierno, si el dia está lluvioso, se buscan en las dehesas ó cerca de ellas, entre el monte algo mas alto que el raso, en las encañadas que bajan ácia los pastos, en las laderas en que el agua resvala facilmente, en los caminos viejos y sin uso cubiertos de maleza, como zarzales &c, dentro de los cercados que tienen alguna leña llamados chousas, entre los retamales, ó xesteiras llamadas comunmente, cuya leña les gusta mucho para abrigarse: en las canteras ó sitios en que se arrancó piedra y están cubiertos de malezas: en los zarzales ó matorrales de poca estension que, ó dividen labrados, ó estan procimos á ellos. Si hace sol y buena

tiempo, en sitios algo mas descubiertos y particularmente en las canteras: en las viñas y las cerraduras de éstas siendo vivas como zarzales; pero los sitios mas frecuentados de ellas en todas epocas y estaciones, son los caminos viejos sin uso, las canteras y puntos que algun tiempo fueron arroyos, corre arena por ellos, creció alguna maleza y están secos y abrigados. En donde hay leña ó matorrales no es preciso entrar para saber si hay liebre: mirando al rededor se vé si tiene sende-rito ó camino cubierto ó no cubierto trillado. No viendo algun paso de estos que pueda conducir á la cama, no habita allí. Hasta entre el trigo y mas mieses tienen sus caminos y tránsitos muy trillados: en las chousas, cerraduras y mas sitios cercados, se conoce si hay liebre mirando con cuidado al rededor los acueductos de las avenidas en los caminos que las rodean, y que conducen al monte, y en las can-

cillas que dán entrada á las mismas fincas. La liebre acostumbra entrar y salir por unos mismos sitios y acüeductos, y en ellos lo mismo que en los palos de las cillas, deja algun pelo ó lana. Por el escremento que dejan en los sitios mas descubiertos de los pastos, y en los campitos ó praderas de los montes, tambien se conoce si las hay, y por la mayor frescura ó sequedad del escremento, se infiere si estuvo allí recientemente ó quanto tiempo hace que no vino. Lo mismo se conoce si la liebre es grande ó chica y hasta si es macho ó hembra: el escremento de la hembra es muy redondo y forma una punta corta algo semejante al pico de las pavías. El del macho no forma pico, y tiene un poco mas de largo que de ancho. Las ojas de las habas comidas indican en donde apasta la liebre; pero esto puede confundirse con los conejos.

El tiro de la liebre es el mejor de toda la caza menor, por que una sola

compone un abundante plato; pero no se debe salir á cazarlas sin llevar un mozo que cargue con ellas. Debe tenerse gran cuidado en que el perro no las prueve, por que les hace vomitar mucho y los pone malos; ademas de que, si una vez llegan á hacerlo, es difícil evitar despues el que las coman cuando las cojen fuera de la vista del cazador.

Lo que se dice de que las liebres no viven en donde hay conejos, tampoco no es enteramente cierto. Es verdad que los conejos se pelean con ellas si se encuentran en los pastos; pero muchas veces se hallan en los mismos parajes en que los hay, y el no hallarlas frecuentemente, pende en que los sitios que habitan los conejos, no son aproposito para habitar las liebres. Estas viven en terrenos mas despejados.

La liebre duerme con los ojos abiertos, lo que advierto para que el cazador no la contemple siempre despierta cuando la vea encamada. Si duer-

me, no hace ningun movimiento; pero si está despierta, al sentir el ruido, ó ver al cazador ó al perro, encoje un poco el cuerpo sobre los cuartos traseros, afirma al ojo las manos, y tiende la cabeza sobre ellas para dar el primer salto. Así preparada, se queda un momento, si el cazador se detiene ó anda rectamente ácia ella, salta; pero si la rodea sin suspender el paso, se queda quieta. Dicen que rodeandola, tomando el circulo largo y andando sin cesar al rededor estrechandola, se envelesa hasta la ultima vuelta en que se coje con la mano; pero yo nunca tuve la serenidad precisa para hacer esta prueba. Lo que hace, si tiene tiempo, es engañar ó pretender engañar al perro que la persigue, levantándole otra si está cerca de ella para que el perro persiga á la que le heche por delante y la deje á ella. Yo tuve esto por un cuento hasta el año de diez y nueve, que estando en la torre de San Payo de Narla, salí

una mañana por el mes de Agosto á buscar unos pollos que habia visto el víspera. Halló el perro rastro de liebre en una cerradura muy llana: me subí sobre el muro, sacó una liebre vieja y le anduvo culebreando por entre la leña: se clavó en una mata, chilló una liebre nueva que hizo levantar de la cama, saltó por delante del perro; pero éste conociendo no era la que venia persiguiendo, la dejó pasar sin hacerle caso y se paró cerrando con el ocico el paso por donde entrara la vieja y saliera la nueva. Esta atravesó por delante de mí, le tiré y la maté; pero ni la vieja se levantó de la cama, apesar del ruido del tiro, ni el perro abandonó el puesto. Se sentó guardandola, y volviendo la cabeza ácia mí dos ó tres veces. Esperó que cargase, lo mandé entrar sin mudarme del sitio, la acometió por el callejoncito, y saltó por encima de la mata para fuera: la tiré y quedó redonda, de suerte que

sin mover los pies maté las dos, y me volví á casa con ellas por no cansarme con su peso.

Las liebres desaparecen á veces en puntos determinados burlando los perros y cazador, sin que aquellos puedan continuarles el rastro, ni éste volverlas á ver ni conocer en donde se ocultan. Esto sucede con liebres viejas muy corridas en cruceros de caminos, sotos, avenidas de lugares ó procsimidad á edificios. Tres veces me ha sucedido levantar una sin poderla tirar y siempre tomaba un camino que iba ácia una Iglesia desapareciendo al embocar en el atrio, y el perro se volvia loco sin poder hallar el rastro desde aquel punto. Un labrador me dijo que muchas veces la corrieran con galgos y siempre la perdieran en el mismo sitio: volbí otro dia y desde que degé el perro ocupado con su rastro en una agra de maiz en que apastaba, me apresuré á colocarme sobre el muro del atrio: no

tardó en sacarla y acosarla por el mismo camino: la liebre llegó casi bajo de mis pies, y cuando yo pensaba dejarla alejar á lo largo del muro para tirarla á distancia, saltó la pared por delante de mí y se introdujo por debajo de la puerta de la Iglesia, que estaba algo podrida y gastada del temporal, sin haberla tirado por la sorpresa del salto y las pocas varas de distancia que había á la puerta. El perro quedó como siempre dando vueltas sin saber por donde se le fuera. Seme ocurrió en el momento ir á casa del cura á buscar las llaves; pero estaba algo lejos y me resolví á dejarla hasta otro día. Había un tragalúz no muy alto por el que reflejaba un poco la luz de la lampara: arranqué una estaca de un parrál, la arrimé á la pared debajo del tragaluz, subí por ella y estuve mirando un rato para dentro sin poderla descubrir, y cuando estaba pensando en que se ocultaría detras del frontal del altar, la

veo en el púlpito sentada en un atril que tenía en el borde, causándome tal risa que hubieron de marcharse los pies de sobre la estaca, pues de cuando en cuando levantaba una oreja y bajaba otra, movía la cabeza ácia la puerta observando el ruido, levantaba las manos, como acostumbran, quedándose sentada derecha, hacía sus gestos reluciéndole los ojos y divisándosele sus largas barbas; de suerte que, para predicar no le faltaba mas que el uso de la palabra. La degé; pero sin dejar de reir toda la tarde. Fuí discurriendo como burlarme de tan silencioso y extraordinario sermón. Concibí la idea de taparle al día siguiente el agujero de la puerta y matarla de un tiro al llegar á su obstruido paso; aunque por otra parte me causaba lastima matar un animal tan sagaz y que buscaba por asilo una Iglesia. Determiné pues dar un día de diversion al curá, y al siguiente fuí por su casa cerca de medio dia

y le dije » Señor Cura, hoy vengo á  
» comer con vd. y despues iremos al  
» sermon de un nuevo misionero que  
» debe ser arrestado por lo misterioso  
» de sus ademanes y silenciosa doctrina.»  
Me preguntó quien era, en donde pre-  
dicaba &c. y no quise adelantarle mas,  
sinó que ya lo vería. El cura pensó  
que era una chanza, hasta que cuando  
salimos le dije que era indispensable  
llevar las llaves de la Iglesia y una  
pequeña escala. Las llaves las tomé yó  
y el criado del cura la escala. Coloqué  
á los dos con algun cuidado para que  
no viesen la liebre antes de que en-  
trase. Le pregunté si su Iglesia era de  
refugio, dijo que nó, y le añadí: » tan-  
to mejor por que así podremos arres-  
tar al predicador.» Les advertí que no  
se moviesen hasta que yo los llamase  
pues de lo contrario perderíamos el  
golpe: fuí con el perro á buscarla; y  
no tardó mucho por la costumbre en  
levantarla y traerla al mismo sitio: así

que entró, los llamé, arrimé la escala, subí, y mi liebre no estaba en el púlpito, ni la veía; pero saqué el silvo, toqué dos ó tres veces por el tragalúz, esto la asustó, saltó de un rincon y se subió al púlpito y atril como el vispera: entonces bagé é hize subir al cura diciendole » vea vd. ese predicador mu- » do que está en el púlpito, ecsortando » á los muertos y egerciendo un derecho » que solo á V. ó á quien le dé per- » niso compete.» Sube el cura y empieza á hacerse cruces, diciendo unas veces que aquel era el Demonio en figura de liebre, otras no podía contener la risa al ver los gestos y movimientos de la liebre, aunque siempre mas inclinado á que era el diablo: subió tambien el criado admirandose mas y diciendo en gallego » mi señor esto cou- » sa boa non é,» y así alternativamente hasta que al subir una vez el cura no vé la liebre, que se había bajado: esta desaparicion repentina alarmó mas

al cura, y empezó con que faltaba el manogito de flores (1), la pelliz, la estóla, que el agna bendita estaba dentro. y cosas semejantes: éntonces me formalicé y empezé á tranquilizarlo y convencerlo de que era liebre y no diablo, contando lo que me sucediera el víspera y enseñándole el agujero por donde había entrado. Sereno algun tanto el cura, traté de abrir la puerta para cogerla viva. Entramos, tapé el agujero por adentro, y la hallé detrás de un confesonario; pero los saltos formidables y carreras que dió de sobre el altar para el púlpito, los candeleros que rodaron, y la velocidad del animal, volvieron á alarmar mi buen cura en términos que quiso abrir la puerta para echarse fuera, y algunas veces andando ácia atrás prorrumpió en *Fugite conjuretè conjuretè*, echando mano al hisopo

---

(1) Libro de conjuros y exorcismos.

que estaba en la pila del agua bendita, hasta que trastornada la liebre, de un salto la agarré, y cuidando de no lastimarla la llevamos á fuera. El cura no se cansaba de reconocerla y ecsaminarla, y al fin le chocó tanto que me pidió se la dejase ya que se había refugiado en su Iglesia, y en efecto se la dí y la conservó largo tiempo en un caponero en la cocina, hasta que en un descuido se la mató el perro; y siempre que nos veíamos nos preguntábamos por el predicador y ablábamos del lance.



## *Caza de Conejos.*



**L**a caza de conejos es la mas descansada de todas las en que se matan mas piezas, siendo el cazador diestro y teniendo buen perro. Ningun rastro siguen los perros con mas ahinco, ni hallan ninguno mas vivo. No hay vrón que mate mas conejos que una escopeta estando ésta en buenas manos; por que si bien el vrón saca de un agujero, y mete en la red todos cuantos haiga dentro en muy poco tiempo, no menos el cazador con escopeta halla ocasiones que en detall mata muchos mas, y se le multiplican las proporciones de tirarlos. El vrón no siempre los halla dentro, no siempre se acierta

con las Locas de los tobos (1), ó se pueden penetrar á ellas; no siempre se cierran todas para impedir que se marchen por algunas de comunicacion, no siempre se hace la operacion de registrarlas en poco tiempo, ni siempre el vrón se presta á salir pronto para poder pasar á buscar otras, y no siempre se obliga á los conejos á entobarse; pues hay dias y épocas en que, por mucho que los perros los acosen, no se logra hacerlos entobar, y primero se extravían. Sé bien esto por esperiencia. Algunas veces he salido con cazador de vrón en parajes de muchos conejos, que llegué á matar once y doce con la escopeta; y el del vrón no poder sacar uno: y para un dia en que el sacase muchos se pasaban á cinco y á seis que no sacaba ninguno, y en que yo

---

(1) Nombre que dán los cazadores á las cuevas ó peñas en que se gaarrecen.

siempre mataba algunos. No todos los cazadores son apropósito para matar conejos. Es preciso reunir dos circunstancias indispensables; mucha vista y gran ligereza en apuntar; por que de cada uno que se tira parado, es preciso tirar seis á la carrera ó al paso rápido de su tránsito por un claro.

A tres pueden reducirse los modos de matar conejos con escopeta y perro: al parado ó pié firme mudandose de cuando en cuando; batiendo el monte y haciendo alto de trecho á trecho, y á la espera. Del primer modo se ejecuta en los bosques, matorrales, uzales, montes de leña alta, maizales, agros ó terrenos poblados de trigo, centeno, cebada, y mas frutos blancos. En los primeros se encuentran á todas horas: en los últimos ordinariamente solo á las mañanas y tardes. Para buscar los conejos no es preciso mortificarse como para hallar la otra caza; por que el sitio en donde viven es casi siempre

uno mismo, conocido y sabido de todos por verlos, por el mucho escremento, rascaduras en la tierra y cuevas, peñas ó muros en que se meten. Cerca de estos puntos se hallan casualmente algunas veces á los alrededores; pero para buscarlos basta ir en derechura á sus madrigueras. Lo primero que se hace es, rodear el matorral, bosque ó lo que sea, sin permitir al perro entrar; y de reconocido se elige el punto mas apropósito para colocarse, bien sobre el muro, si lo hay, bien en algun claro ó corte de leña, bien algun pedazo ó campo raso en que ellos escrementen y escarven mas, ó bien á la inmediacion á sus cuevas si hay claros para tirarlos. Elegida y tomada posicion, se permite al perro que entre: poco basta para ello por que se calientan demasiado con su rastro. El cazador se mantiene en actitud de dispararle así que le vea; el perro por lo regular avisa dando uno ó dos ladridos así

que lo levanta, y aunque no tropiece con ninguno, se levantan ellos y dan mil vueltas huyendo del ruido del cascabel. Aunque el perro se aleje por el matorral y se vea que vá sobre el conejo, el cazador debe mantenerse firme; pues á fuerza de dar vueltas el conejo viene parar al claro ó pausadamente ó atravesando como un rayo: así se les vá tirando. De cada uno que se mata, si el perro lo coje y lo trae, se le detiene mientras se carga para que descanse. Si el conejo salió sin venir el perro sobre él y quedó redondo, no hay que bajarse á irlo á buscar, sinó cargar á prisa para tirar á otro que salga. Tengo muertos con esta táctica á cinco seguidos sin mudarme. Si se agotan, matan ó estravian los que hay en aquel punto, que se conoce cuando el perro sale y no quiere volver á entrar, entonces se muda el cazador á otro matorral ó local, y así se vá recorriendo con toda calma el paraje

en que los hay. Del segundo modo batiendo el monte siguiendo el perro y deteniéndose de trecho á trecho, se cazan cuando el monte es bajo, raro y algo llano. Entonces casi siempre se tiran en la carrera: se sigue al perro lleve ó no rastro, y se van sacudiendo las matas con la escopeta y la vista á los claros para tirarles así que arrancan que es con velocidad. En los puntos algo elevados se detiene el cazador mientras el perro registra la circunferencia bajo el alcance del tiro nada mas. Así que el perro se aleja de esta distancia, se le vuelve á seguir. Cuando no se mata el conejo que sale y el perro marcha con él, se queda el cazador fijo en el sitio hasta que vuelva, y solo lo sigue en caso de que se fuese á un sitio en que parezca probable poderlo tirar por lo que se detenga en alguna espesura. De esta manera se pasea el monte raso, bajo ó poco poblado en que los hay. A las orillas de los trigos

y centenos ú otros frutos desde que los siegan, se hallan muchos que por la afición que tomaron al pasto, se quedan despues encamados cerca de él. En sitios pedrajosos y montes poco poblados cerca de peñazcos en que habitan, se encuentran en las camas al sol, bajo cualquiera maleza, y si hay alechos tenga el cazador gran cuidado en mirar adonde vea una planta de éstas seca entre otras verdes, que es señal de haber cama de conejo en el sitio; pues para hacerla ó acostarse sin estorbo, cortan con los dientes algunos pies de ellas, y el verlas secas indica que allí estuvo ó está hechado el conejo.

A la espera sea en los pastos, á la salida de las cuevas de las peñas, ó en los claros de los bosques á donde salen á rascar ó escrementar, se matan llevando el perro si está bien enseñado y se sujeta como debe. Se coloca el cazador detrás de un muro sentado

sobre una peña ó detrás de un árbol. Se hace echar el perro á los pies, y si es algo indócil, se le ata con el cordél por el collar y la punta al cinto con el cascabél tapado y así se espera y se les vá tirando á los que salen, y en donde hay muchos alguna vez se tiene la paciencia de que se reunan dos ó tres para asegurar el tiro. El perro siempre debe llevarse por que cuando no queda redondo el conejo, se suelta, se le pone en el rastro, y lo vá á coger al matorral, ó lo que sea sinó andubo hasta entobarse. No debe permitirse á los perros rascar en los agujeros, por que si se vician trabajan en la tierra deseando sacar el conejo, tardan mucho en volver y algunas veces se introducen tanto que no pueden retroceder y cuesta trabajo sacarlos. Una ocasion tuve que ir al lugar mas inmediato á buscar dos paisanos con azadas para sacar el perro, y nos costó concluir con una hora de noche. Otra con gran tra-

bajo pude introducirme hasta alcanzarle las piernas de atrás, y atandoselas con el cordél lo saqué tirando y lastimándole mucho (1).

Como para hacer menos sensible la lectura de cada parte de esta obrita, me propuse referir á la conclusion de cada parrafo algun caso práctico ó raro de las aventuras que me han sucedido en el monte y que pasan á todos los que cazan, no omitiré en este lugar uno algo singular ocurrido cazando conejos. Vivía en una gran casa de aldea á donde yo pasaba algunas ocasiones á mis negocios. El cura de aquella parroquia que tenía setenta años, decía dos misas los dias de fiesta por alternativa en dos de tres Iglesias que tenía el curato distantes media legua una de otra. Me

---

(1) Tambien se cojen los conejos cuando se meten en los ballados ó agugeros cortos sacandoles con el saca-trapos armado en la punta de la baqueta.

dispertava por el verano á las tres de la mañana en los mismos dias de fiesta. Marchabamos á pié á cazar hasta media mañana. Decía y oíamos misa en una de las Iglesias. Se marchaba á celebrarla á las doce á la otra, y yo me quedaba cazando hasta la una ó las dos que volvía á casa en donde me esperaba para comer. El apenas tiraba nunca ni acertaba; pero le gustaba esta diversion. Me dijeron que tenía el visio de arrancarse las barbas, lo que nunca había notado creyendo que era barbilampiño: me añadieron que lo hacía cuando se incomodaba nada mas. Miré con cuidado su rostro y en efecto lo tenía como arañado ó cubierto de picaduras en car-nadas y las barbas muy raras. Mi curiosidad se fijó en como lo hacía; pero no logré verlo enfadado en tres dias ni me atrevía á preparar ocasion para ello. Llegó el Domingo y salimos temprano: fuimos á un uzál en que había mucho conejo y pocos claros para

tirarlos: coloqué mi cura sobre un ballado de terrón con la advertencia de que no se mudase aunque viese cien conejos, y que esperase le pasasen por delante para tirarlos. Yo me puse en frente de él sobre el mismo ballado, y apesar de mi prevencion cada vez que veía el conejo en ademan de apuntarlo, saltaba del ballado, corriendo trás de él hasta la leña espesa. Yo le gritaba que se estuviese quieto que no se cogían con los pies sinó con el tiro; pero repitió las mismas carreras unas cuantas veces, hasta que enfadado de que se le marchaban, echó la mano derecha á la barba, empezó á arrancarlas y de cada una que sacaba la colocaba sobre la caja de la escopeta ó en la buelta de la manga del brazo izquierdo y le soplabá para que volasen. Cuanto yo mas le gritaba avisandole de que allí iba uno, tanto mas se apresuraba á arrancar barbas sin hacerme caso: me provocó tanto á la risa que oyó mis carcajadas, y entonces

redobló su actividad en arrancar barbas. Me distraje en mirarlo y algunos conejos se me marcharon sin tiro. Tenía muertos tres, y me fuí á junto de él contentiendo en lo posible la risa; pero ésta se renovó al verle las quijadas ensangrentadas y le dije: Señor Abad ¿V. se lastimó en la cara de algun culatazo de la escopeta?

Cura. ¿Que culatazo ni que dem.... sinó tiré ningun tiro?

Cazador Pues tiene V. la cara ensangrentada.

Cur. fué una zarza al saltar de un muro. Baya que V. aun mató: y acercándose á mi me cogió un conejo, le empezó á arrancar las barbas diciendo ¡Estas son mas largas que las mias! No satisfecho con arrancarselas, lo vuelve por las piernas y diciendo » este fué » uno de los que se me escapó á mi » le sacude la cabeza contra la llave de la escopeta: la llave estaba montada se le dispara y le vuela el sombrero

dejándoselo sin un pedazo del ála que por poco le lleva la frente con ella. Esta casualidad, y reflexionando el peligro que corriera, se tranquilizó. No le permití volver á cargar la escopeta y nos retiramos. Desde que le hice recobrar serenidad y alegrarse algo, traté de desvanecerle y persuadirle de que enmendase el vicio de arrancar las barbas y moderar la cólera. Al principio me contestó que tambien se ahorraba el trabajo de afeitarse, y esplayandose un poco mas me contó que cometiendo mayores escesos coléricos de joven tratára de remediarlos hiriendose á sí mismo, que ya no chocaba con nadie sinó con sus barbas, y que mas le valía quedarse sin ellas que esponerse á quedar irregular descargando su ira sobre los mas.

## *Caza de Jabalies.*

---

Como no me he propuesto tratar de las cazatas que se hacen con mucha gente, cuerdas ni monterías, sinó del modo con que un solo cazador con su escopeta y perro puede ejercitarla, me limitaré á los medios de que debe valerse un cazador para matar á tiro estos feroces ó animales: no obstante conviene que para cazarlos mas fácilmente se reúnan dos cazadores y uno ó dos mozos, tanto por el auxilio que mutuamente pueden prestarse, como por que una caza de tanto interés merece y ecsije el sacrificio de ocupar mas gente en ella que en la caza menor. Es ocioso dar reglas para hallar estos animales yendo buscarlos á los montes ó á don-

de se puedan ó deban encontrar, sinó á donde fijamente se sabe que los hay, por que escasean mucho y cuando aparece alguno luego corre la voz por el estrago que causan en los frutos. Así que se sabe en donde pastan ó hacen daño en los maises, patatas ú otros frutos, se reunen dos cazadores ó mas, ó uno solo. Se llevan algunos mozos, ó uno solo con un tambor, y los perros con cascabel tapado, y cargado por supuesto con bala ó balotes del modo que dije en el tratado de cargar. Se madruga mucho para estar en el sitio muy temprano; y dejando los perros atados, con uno ó los mas hombres, registra el cazador los pastos y sitios en que se le haya dicho venian á comer, y luego conoce por las pisadas que con nada se equivocan y por la tierra que revuelven con el ocico si aquella noche estuvieron allí. Sigue las huellas con gran cuidado hasta ver por que sitio, muro ó portillo entraron en el monte, por que ellos vie-

nen á comer de noche y se vuelven á sus madrigueras, que por lo regular no las tienen muy lejos. Asegurado del punto por donde entró para el monte, bosque ó matorral, rodea este examinando con gran cuidado si volvió á salir, que se conoce lo mismo por las pisadas y rastros que dejan en el rocío si lo hay. Si halla que salió y no se quedó allí, sigue la pista hasta llegar á otro matorral, hace igual operacion de rodearlo, y así hasta que halle uno en que se conozca que entró y no salió. Satisfecho de que se conoce bien la entrada y no la salida, seguro es que está dentro. Si hay nieve, es mas facil este reconocimiento; pero aun sin haberla, armándose de paciencia, es muy facil conocerlo. Entonces se examina igualmente con relacion á la mucha ó poca estension del circuito en que está, cuales son las mejores posiciones para colocarse y poderlo tirar á descubierto. Se marca con la vista, segun la es-

pesura ó configuración del monte, el punto en que podrá estar encamado, y los por donde con mas facilidad ó probabilidad podrá salir, teniendo presente que el jabalí rara vez sale ácia riba sinó ácia abajo particularmente si hay alguna regata ó por los costados ácia lo llano. Tambien se mira por que lado será mejor entrar los que hayan de espantarlo y los perros. Decidido el plan, se vuelve el cazador á donde quedaron los demas y los perros. Aunque se tarde, no importa por que se da tiempo á que duerma mas ó no esté aun vigilante. Se conducen los perros y el mozo ó mas gente con gran silencio al punto que cada uno ha de ocupar, encargandoles que á la señal convenida que puede ser el enarbolar un pañuelo blanco en la boca del cañon, punta de la baqueta, ó cosa semejante, suelten los perros y empiezen á meter ruido sin moverse del puesto. El cazador, si el terreno lo permite, debe elegir siem-

pre el sitio ó uno de los sitios por donde haya entrado, y la gente que haga el ruido del lado opuesto para obligarle á que marche ácia el cazador. Este no debe colocarse precisamente en el mismo portillo por donde entró, sinó á un lado por las razones siguientes: = 1.<sup>a</sup> Porque si le vé puede retroceder ó variar la direccion. = 2.<sup>a</sup> Por tirarle de flanco ó de lado, que es tiro mas seguro y mas facil de acertar, por el mayor volumen que presenta. = 3.<sup>a</sup> Por no esponerse á que tirandolo de frente y no matandolo, siga recto como venia ácia el portillo, que casi siempre lo hacen, lo atropelle y lo rage con los colmillos. Conviene tambien que el cazador lleve dos escopetas teniendo una en la mano, y otra al lado ó colgada para segundarle otro tiro si le falta el primero ó no lo remató. Sé bien por experiencia, que ninguna clase de ruido hace levantar y salir mas pronto al Jabalí, que el tambor ó una caja de guerra.

A todos los demas sonidos y hasta á los tiros, se resiste muchas veces; y siendo viejo, suele esperar sentado á los perros y hacer pedazos al que se le ponga delante. Por esto conviene, que el que lleve la caja ó tambor, se coloque en frente del cazador, y aunque los perros se conserven atados hasta hacer el primer ensayo de tocar y redoblar la caja, y apurar el ruido todos los que han de espantarle, silvando, gritando, tocando con una piedra en una azada &c. por que es lastima esponer los perros siendo buenos. Si á este primer ruido, hecho por largo rato apié firme, no saliese, que debe hacerlo con el del tambor, (nunca ví como dejó dicho que esperase la repiticion de los redobles, al paso que los ví tardar horas en salir con todos los mas ruidos) entonces hace el cazador la segunda señal convenida para que entren á batir el monte. Se sueltan los perros y se entra con ellos ácia el centro del bosque ó matorral

siempre frente al cazador, metiendo el ruido posible; pero de trecho á trecho se hace una suspension y se redobra el ruido para darle tiempo á que conozca de que parte viene, y que por evitarlo se dirija al cazador que es el unico que está en silencio. El cuchillo de monte no debe olvidarse en estos casos, por que puede prestar uno de cuatro servicios: 1.º el defenderse el cazador si herido el jabalí, lo vé y le acomete. = 2.º Para lanzarlo sino quedó redondo, á fin de que no ande mucha tierra, como acostumbran en aquel estado; por que luego que reciben el balazo tardan algunas veces en emprender carrera recta por que se aturden, y en aquel estado es facil hacerlos parar clavandolo bien. 3.º Para acudir á concluirlo de matar, si cayó y los perros lo rodean, evitando que los muerda ó mate como sucede muchas veces desde que ya cayó y se le hechan encima. 4.º Para cortarle los genitales si es macho, cuya opera-

ción debe hacerse al momento por que no se le comunique el olor que generalmente llaman brabío. Yo no sé si se les comunica ó nó; pero las gentes están empeñadas en ello. Lo que creo es, que con la castradura se desangran mucho y que esto contribuirá á suavizar mas la carne. Para lanzarlos debe tenerse cuidado en cogerlos por un costado, y no de frente, por evitar el ociear ó caer sobre su cabeza si falta el golpe como sucede facilmente con la carrera que se lleva ácia ellos, y por que de costado presenta mas volumen y no se yorra el golpe tan facilmente.

Si el Jabalí huye herido, debe seguirse sin detención y sin desistir de persiguirlo aunque se pierda de vista, no solo por perderlo, sinó por salvar los perros que le siguen, si lo alcanzan y luchan con él. Ordinariamente se dirigen á buscar agua y perecen en algun río, arroyo, ó pantano, al cual se precipitan y buscan el agua con afán si

van heridos: el rastro que dejan de sangre sirve muchas veces para buscarlos. Es animal que si no halla agua en que detenerse, anda leguas y se extravía mucho hasta que por la pérdida de sangre muere. Despues del Oso, no hay entre nosotros fiera que ecsija mas precauciones para cazarla, ni que sea mas temible hiriendole, pero con evitar el ponersele delante se salva este inconveniente. Rara vez retrocede ni varía de direccion. Los machos muy viejos son los mas detenidos para salir del monte: se sientan y esperan los perros matándolos ó hiriendolos con sus terribles colmillos. Las hembras cuando tienen marranitos, tambien se resisten á salir á lo menos hasta alarmarlos y hacer que las sigan, y por mucho que se las acose, hacen sus paradas mirando atrás para reunirlos. No causan tanto estrago en los perros, por que no tienen los colmillos tan salientes como los machos, á los cuales siendo viejos les doblan y

así juntan sus puntas sobre el ocico: con ellos abren paso por entre la leña y no pocas veces llevan alguna enredada en ellos.

Tambien se matan á la espera por la noche en el maíz ó sitio en que se sabe apastan. Los sotos por tiempo de la castaña, y las robledas cuando tienen bellota, son muy frecuentados. El último que maté fué el año de 27 cerca de la feria de las Trabiesas, y me hubo de hacer pedazos. Me coloqué en un portillo por donde había entrado, con la escopeta en la mano, y una tercerola al lado; pero el portillo era en un muro alto de terrón, y á los lados cubierto de leña espesa, por lo que me planté de pié en medio y medio. No llevaba casualmente cuchillo. A poco rato que empezó la gente á batir el monte, ví que se movía la leña ácia mí, luego lo avisté y esperé para tirarle á que llegase á unos veinte pasos nada mas. La bala le entró por medio de la

frente algo arriba de los ojos, y echando bocanadas de sangre, saltó hasta mis pies, sin darme tiempo mas que para volver la escopeta con la culata y dándole en la cabeza le faltaron las manos al llegar con ellas casi á mis zapatos, cayó para atrás, y volvió á acometer: quise contenerle otra vez con la culata, y rompió la caja por la garganta. Entonces no tuve mas recurso que dejarme caer para un lado sobre la leña sin poder retirar las piernas: me pasó sobre ellas dejándome los botines llenos de sangre y sin tocarme con los colmillos. Me levanté, heché mano á la tercerola, le tiré y no le di por la agitacion en que estaba: corrió por el monte abajo hasta que lo perdimos de vista; pero lo seguimos hasta el camino real que vá de la Coruña á Santiago, cerca del Meson de Erves: hallamos sangre en un acueducto debajo del camino en donde había forcejado para entrar al agua y no ha cabido: fuimos siguiendo

las gotas de sangre que dejaba por el camino adelante, y á poca distancia de él había parado junto á un muro que no pudo ya subir, uno de los paisanos que iban conmigo, y que llevaba una lanza, lo vió primero que yó y se ha divertido en introducirle la lanza por el mismo agujero de la bala con la maliciosa intencion de hacernos creer que él lo matára y gritó diciendo: «aquí está, y lo hé lanzado,» como no tenía ningun otro agujero, le he dicho que no podía ser, por que la sangre que venía derramando debía ser del balazo, y que ademas parecia muy difícil le penetrase de un lanzazo el casco de la frente que lo tienen duro como una piedra, y á esto replicaba el paisano que la bala le habría entrado por la boca. Como el agujero había ensanchado con la lanza, y la boca estaba llena de sangre cuajado, no era facil decidir allí; pero yo conociendo que el paisano aspiraba á que le diese medio duro por

su azaña, le dije: » vaya, ir á buscar  
» una caballería á casa para llevarlo:  
» asistirás á su inspeccion cadavérica: si  
» resulta de ella que la bala entró por  
» la boca y no por la frente, te doy un par  
» de pesos por tan firme lanzada; pero  
» si reconocemos lo contrario, pagas tu  
» otros dos.» Marchamos con él, se  
abrió y reconoció el agujero cuya redon-  
dez nos condujo á buscar la bala que se  
detuviera en la garganta apesar de ser  
á tan corta distancia, por la fortaleza del  
casco entrando por la frente y no por la  
boca, de que convencimos al paisano  
embustero celebrando la ocurrencia de  
su mañosa mentira en lugar de ecsigirle  
los dos pesos, que yo por broma le ha-  
bia dicho que pagaría si mentia.

Los perros sabuesos son los mejores  
para cazar jabalíes; pero casi desapareció  
la casta de ellos de estas Provincias desde  
la guerra de la independenciam en que los  
Ingleses llevaron cuantos han visto: si  
algunos quedaron degeneraron ya com-  
pletamente.

## *Caza de Corzos, Venados y Gamos.*

---

Como en las Provincias de que yo trato y en que mas he cazado apenas existen ya Venados ni Gamos, sinó corzos, que de estos aun hay abundancia en algunos puntos, me ciñiré al modo de buscar y cazar éstos, en el supuesto de que para matarlos un solo cazador con escopeta y perro es poca ó ninguna la diferencia estratégica. Todos son análogos aunque diversos en tamaño, todos viven cuando los hay en una misma clase de montes, con la pequeña variacion de que los corzos se acomodan mas facilmente en terrenos quebrados. Las noticias de los parajes en que se hallan y pastan, circulan lo

mismo que la de los jabalies, aunque no causan los estragos que éstos en los frutos. Las huellas ó pisadas, aunque mas difíciles de reconocer, sirven igualmente para buscarlas, ó á lo menos para conocer la direccion que tomaron, por que andan mucho y algunas veces vienen á apastar de muy lejos, y su ida y vuelta la hacen mas bien por el monte directamente que por los caminos. Por el verano viven en las sierras y montes mas elevados; no en donde haya mucha leña, sinó en las regatas que estén cubiertas de algun uzál, en las gesteiras ó retamales, y si hay alguna estibada en el monte con fruto blanco en que apasten, se quedan encamados cerca; pero siendo el país algo poblado ó frecuentado de gentes, buscan el monte alto y espeso. Por el invierno se bajan mas ácia los poblados, á las dehesas y bosques, á las orillas de los rios, y á la inmediacion de los prados en que pastan.

El modo de matarlos cuando se sabe el monte, uzál, regata &c, en que se ocultan, es irse muy calladito y con el cascabel del perro tapado hasta colocarse en el punto mas alto, por que siempre toman ácia riba; pero sin rodear el local como los Jabalíes por saber si están ó nó, pues son muy veloces y se levantan á muy poco ruido. Desde que se toma posicion, se destapa el cascabel, y se manda entrar el perro; si éste es maestro, no entra sin rodear primero el monte, y poco importa que salga tocando desde junto el cazador, pues ya entrará ácia él por el lado opuesto; pero si el perro no es maestro, conviene que el mozo lo lleve con el mismo silencio y lo suelto del lado opuesto enfrente del cazador. Si el perro no entra, el mozo ó el mismo cazador, tiran piedras al medio de la leña, y á poco que las sientan caer se levantan. El Corzo, si la leña no es muy alta ó si el terreno es quebrado, ya lo ve el cazador en

médio de ella, por que sale dando saltos salvandola; y allí mismo lo puede tirar. Si la leña es alta, sale andando ó corriendo por un flanco ó ácia riba, sintiendolo bien por el ruido que hace con los piés y pateando detenido de trecho á trecho. Al salir, se le puede detener algo, por que si vé al cazador y éste le capea con un pañuelo, se asusta y se detiene mirando un rato como sorprendido, tanto que cuando sale impensadamente da tiempo muchas veces á sacar una bala y hecharla sobre la municion. Tirando de lado, ó por atrás, á la distancia de un tiro regular se mata con municion, tirando de frente solo cuando le da en la cabeza. Es mas facil de morir que el jabalí. Si el tiro le toca ó penetra en el cuerpo ó en la cabeza, cae muy pronto; pero aunque se le rompa ó monde una pierna, marcha andando lo bastante para que no lo alcance el perro si hay leña. Si es en piso firme, corre poco y luego le alcanza.

Cuando se va á otra caza, y por casualidad levantan los perros un corzo, debe el cazador apresurarse á colocarse en algun camino que gire ácia la cumbre del monte, ó en el punto mas elevado que halle en el sitio para poderlo tirar. Sucediendo esto en paraje que se haya cazado mas veces, ya se sabe el punto por donde salen y ácia donde toman, cuyo rumbo con poca diferencia despues de dar algunas vueltas es el mismo. Si el perro es bueno y sigue bien el corzo, vuelve éste al mismo sitio despues de recorrer sus acostumbradas madrigueras, no tropezando con gentes que lo espanten mucho y lo hagan estraviar. Hace poco que á las diez de la mañana marchó mi perro sobre uno: se cegó en terminos, que no pude recogerlo ni saber á donde fuera á parar. Esperé hasta las doce, y creyendo al perro estraviado, me marché á comer á un lugar inmediato. Volví á la tarde ya persuadido de que los paisa-

nos hallarian el perro rendido, y lo matarian sinó que se volviese á casa. Había ya poco sol cuando estaba yo sobre una peña lamentándome de la pérdida del perro, con poca esperanza de hallarlo en casa, y lo veo venir por el monte raso atrás del corzo derecho al sitio por donde había salido á la mañana, de una cerradura muy espesa y larga. Le salí al encuentro, y le tiré á unes ciento cincuenta pasos, creyendo dejarlo redondo y no le acerté. El perro siguió trás él hasta meterlo en el mismo sitio, y lo dejó volviendoseme á los pies, y tendiendose todo herido de la leña y tan estropedo que me costó trabajo hacerlo andar hasta casa, y tardó algunos dias en recuperarse. ¿Cuanto habrian corrido, y que vueltas no darían en todo el dia? Quedé mas satisfecho con recobrar el perro, que con cien corzos que matara. Las hembras hacen mas pronto este regreso si tienen cabritillos y los dejaron en la fuga.

Se matan comodamente los corzos á la espera, en los pastos á la mañana muy temprano, y á las tardes despues de ponerse el sol; y si alguna vez se cojen los corcitos nuevos, sirven para matar los padres á la espera. Se vuelve con uno al otro dia al sitio en donde se cogió, se ata con un cordél por una pierna dejándolo algo largo para que forceje. Chilla mucho el cabrito, y aunque no chille, los padres especialmente la hembra si aun les daba leche, vienen dos ó tres veces al dia por tres ó cuatro seguidos buscándolos en donde los tenia y en las inmediaciones. El cazador se arma de paciencia, y oculto, espera por horas enteras su llegada. La madre se viene parando y con la cabeza muy erguida da sus berros, algo imitantes á los de cabra. El cabrito responde chillando, y al oírlo ella, se precipita al sitio ciega de gozo por hallarlo, y se la tira con comodidad. A sí matamos entre otro cazador é yo

los dos viejos á un mismo tiempo, despues de haberlos aguardado tres horas largas. El macho venía mas receloso que la hembra; pero la siguió así que oyó chillar el cabrito. La hembra le acercó el ocico como para lamerlo; pero el macho andaba al rededor dando saltos y como espantado.

La piel de los corzos tan fuerte y defendida de un terso pelo esteriormente es tan fino y suave entre las piernas de atrás ácia la barriga, que con mostacilla se matan si casualmente les entra por allí: llevando ya cargado con mostacilla de la mas menuda por el mes de Agosto andando á los pollos, sacó el perro un corzo de una dehesita en lo alto de una regata. Me vió y se quedó largo rato mirandome: aunque estaba cerca no creí debía tirarle y empezé á abrir la bolsa del cinto para sacar una bala: en esto llegó el perro por el rastro y lo corrió sin darme tiempo á sacar la bala: pude contener

al perro y seguí en busca de los pollos. A la tardecita regresaba á casa por la misma direccion que habia tomado el corzo; y bajando por un camino viejo lleno de zarzas, me sale el corzo de entre los pies, y sin acordarme que tenia cargado con mostacilla eché la escopeta á la cara y le tiré como á cincuenta pasos, al saltar por sobre un zarzál: me eché á reír, y acordándome de la mostacilla creí que ni el pelo le picara, y me puse á cargar la escopeta: el perro lo siguió ladrando por un soto abajo y luego calló: empecé á silvar y llamarlo y desde que esperé como un cuarto de hora eché á andar por el soto abajo; y al llegar al último, lo encuentro con él agarrado por el pescuezo y maneotandose contra el suelo vivo: le soltó el perro, y aunque levantaba la cabeza y los brazos, se caía de atrás y sangraba mucho por entre piernas. Casualmente pasaba una muger para un molino, la llamé y car-

gó con él á costillas llenándola de sangre por la espalda. Lo reconocí cuando lo desollaron, y le había entrado mucha mostacilla por entre las piernas criándole la piel de la barriga y penetrándole bastante. Para conducirlos, sea atravesados en la jaca ó á costillas, si se les tiró, con bala, se le deben tapar los agujeros con tacos ú otra cosa; por que la sangre corre por largo tiempo y todo lo mancha. El último que maté me hizo labar no solo la silla sinó el Caballo.

La caza de corzos requiere serenidad y precauciones por no causar alguna desgracia. Salí una tarde en el valle del Incio á una xesteira en que solían estar, y á cuya inmediacion había una sola casa de un arriero llamado S. Miguel. El perro se adelantó sin darme tiempo á tomar posicion y luego empezó á ladrar en la espesura, solo por que halló rastro ó por que conocía el sitio de ellos. Corrí á colocarme en un

flanco, y ví mover las ramas bastante cerca. Apunté, y me detuve en tirar para descubrir lo que suponía corzo; y viendo que seguía el movimiento y no salía, estuve si aprieto ó no el dedo, temiendo retrocediese; y en esto siento estornudar: me enderezo al sitio por entre las uzes con la escopeta á la cara y el dedo en el disparador, dudando del sonido del estornudo, y tropiezo con un muchacho que tendría de siete á ocho años, casi emudecido y algo lleno de terror. Bajé la lleve, y arroje la escopeta al suelo: le pregunto al muchacho que hacía allí, y casi temblando de miedo, me dice que se escondiera por causa de un perro que ladraba: le hice salir, y quise templarle el susto estando yo mas asustado que él. Dí vuelta para casa, y en mas de tres meses no volví á tomar la escopeta ni conté el suceso á nadie hasta que pasó largo tiempo.

## *Caza de Lobos.*



**E**s la que presenta mas dificultad para ejercerla un cazador solo. El perro que se dedica y usa indiferentemente para todo lo demas, no sirve para los Lobos. Para estos, debe ser un mastín ó perro de pastor; pues los otros son presa de su hambre ó se acobardan y no lo persiguen. El que lo sigue paga pronto su atrevimiento. Como en la caza de lobos se interesa directamente la sociedad y el Gobierno, y los cazadores no pueden prestar mas interesante servicio al público y especialmente á la agricultura, que él de esterminar los mayores enemigos que tienen todos los ganados, daré las principales

reglas que en mi concepto deben seguirse para matarlos cuando la casualidad los presenta en el monte, ó se sabe en donde habitan, y cuando frecuentan sus visitas á los rebaños, y yeguada de pastos de los ganados bacunos y de cerda.

El lobo es uno de los animales que no tiene pasion al monte ó sitio en que nació ó se crió. Su vida es ambulante, y elige por patria la que le presta mas comodidad para llenar su vientre, y la en que menos ruido de gentes sienta, ó en que menos se le persiga. Si hay ciertos y conocidos montes en que rara vez faltan, no es por que sean los mismos los lobos que allí se encuentran, sinó por que la comodidad hace detener en ellos á los que transitan. Algunas veces hacen mansion una corta temporada en un punto; por que cerca de él hicieron alguna presa, y se aficionaron al sitio, ó por que á do quier que vayan hallan mayores obstáculos para residir; pero su permanencia nun-

ca es de duracion, y deben los cazadores aprovechar los momentos de buscarlos en el sitio que llegan á presentarse. Sus transitos ó accidental residencia, son las cordilleras de las mas elevadas montañas que se encadenan unas con otras, ó que se pasan á ellas de noche por los valles, á los que bajan tambien á cojer perros y ganados. Por el dia comunmente se quedan en monte no muy alto, y desde las cumbres observan en donde pastan ganados; y si vén que los guarda poca ó ninguna gente, bajan con sutileza, y encubiertos hasta llegar á junto de ellos y apoderarse de alguno, que siendo menor, como ovejas, cabras, ó puercos, se lo llevan y huyen con él hasta muy lejos para comerlo. Por el invierno se encuentran mas cerca de las poblaciones; pero siempre en sitios impensados huyendo de las nieves. En esta época se reunen muchos por el celo de las hembras, y se hacen mas osados ó familiares

ahullando mucho por las noches al rededor de las casas y aldeas. En los paises por donde circulan es facil matarlos á la espera por la noche cuando hay alguna cabeza de ganado muerto ; pero es preciso estar con mucha vigilancia por que dividen con presteza un pedazo y se largan con él, ó con el todo si pueden. Durante la noche recorren mucha tierra siguiendo los caminos ó los alrededores de ellos. En las noches de niebla se acercan mas que en las claras, y sí hallan alguna persona la siguen y escoltan apareciendosele y volviendo á ganarle el camino mas adelante, siendo muy temibles al acercarse la madrugada ó al aprocsimarse él á quien siguen á algun pueblo, por que entonces se interponen, cortan el camino y acometen. Sus ojos indican á la gente que lo son aunque esté la noche muy obscura por que relucen como fuego. El modo mas facil de hacerlos huir es picar fuego con un es-

labón ó tocar alguna gaita ó silvo; pero cuando son muchos y en ciertas épocas que están hambrientos, acometen aunque se les tíre. Para librarse de ellos es preciso no acobardarse: si conocen miedo, ó ven que se detiene el caminante, luego se hechan sobre él. Si continua haciendo algun ruido con llaves ú otra cosa, no hacen mas que seguirlo por los lados, y cuando son dos lobos caminan guardando la gente uno á derecha y otro á izquierda. Solo acometen al hombre cuando no hallan otra presa, por que les impone mas respeto que ningun animal. Desde la guerra de la independencía se estendieron los lobos á países poblados en donde nunca se habían visto. Se atribuye esto á dos causas: una al cebo que los atrajo de los hombres y caballos muertos en la misma guerra; y la otra al estravío y emigracion de las montañas por el espanto que les causaba el ruido del fuego y de las armas de

los egércitos que tanto las cruzaban; pero no por esto se cree que se aumentaron mas los lobos, pues hoy en dia no se observa mas abundancia de ellos en los países que frecuentan. Es indudable que los lobos no viven siempre de carne, tanto por que si se mantuviesen esclusivamente de ella concluirían en poco tiempo con los ganados, como por que cuando se les mata se halla su tripa llena de barro y aun vacia enteramente, y muy rara vez ocupada con carne. Estoy bien convencido de que entre veinte lobos que se maten, los diez y nueve tienen solo barro en su vientre, ó se les halla vacío, y no puede ser otra cosa por que en las montañas que frecuentan si un dia acometen los ganados ó hacen estrago en ellos, se pasan tambien algunas veces meses sin que haya noticia de haber comido una res; pero cuando llegan á viciarse y cebarse en ellas, es preciso batir los montes, imponerles y

ahuyentarlos, que sino repiten con frecuencia sus visitas.

Es muy original el modo con que las yeguas se defienden de ellos en los montes. Cuando asoma el lobo, sea de noche ó de día, el Caballo Padre relincha y como por instinto se reúnen al momento todas las yeguas en un círculo, metiendo las crias en el centro; cierran bien su cuadro ó círculo uniéndose con la cabeza para dentro y las patas ácia fuera: las patadas y el levantarse de atrás con las de adelante fijas é inmoviles, juegan sin intermision sembrando con armonía y á la una las patas de atrás. El caballo se queda fuera, y circula el cuadro batiéndose con el lobo á cozes y merdiscones, sin dejarlo acercar á la rueda de las yeguas hasta que perece ó ahuyenta al lobo. Si el caballo se rinde y no lo matan ó se ve acometido de muchos, se güarece en el círculo introduciéndose en la formacion de las yeguas y continuando con

ellas la defensa si puede, que cuando ya no puede se introduce en la plaza. Esta muralla de ancas y sacudimiento de cozes, nunca la penetra el lobo si las yeguas son tantas que lo cierran bien. Una vez acometidas por el lobo, toman la precaucion de dormir formadas en circulo para que no las vuelvan á sorprender. No es la primera vez que se hallan muertos el lobo y el caballo padre.

La fuerza de los lobos es tal, que entre dos apresan un carnero ó una cabra, y á dos tirones, cada uno marcha con su mitad. Tambien cuando no pueden acometer á las yeguas por delante, se hallan algunas que hechandoles la boca al anca por junto á la cola, les bajan de un tirón una faja de piel hasta cerca de las cuartillas. Es muy comun marchar un lobo con un carnero entero, y sí lo persiguen gentes, hecharlo de trecho á trecho sobre la espalda llevando la cabeza torcida sobre el lomo para no soltarlo y andar mi-

rando á los que le siguen, y otras veces llevarselo vivo apresado por el pescuezo, haciendolo andar para facilitar mas bien su estraccion. Los niños en los lugares de montaña son victimas de su furor llevandose los como á corderos cuando se apartan solos á alguna distancia de las casas, y no pocas veces viniendo á robarlos á las puertas de ellas. Los cazadores en mañanas de nieblas no deben dejar separar mucho los perros de su vista, y llevarlos con el cascabel destapado por que el lobo no se apodere de ellos. Me han arrebatado uno á distancia de sesenta pasos, y ni disparando el tiro pude salvarlo; lo abandonaron, pero ya con el pescuezo casi tronchado.

Tienen los lobos dos sentidos muy penetrantes, que son el oido y la vista: dicen que no tienen vientos y no pueden convenir con ello. La organizacion y estructura de su cabeza, indican que no tienen muchos; pero algunos los

tienen indispensablemente, y lo prueba el que cuando hay alguna pieza de ganado muerta, se presentan la primera ó segunda noche á comer en ella como los perros: lo mucho que andan por las noches puede suplir su escasez de vientos para que encuentren que comer.

Todo lo dicho convencerá de que no se pueden dar reglas muy seguras para que un solo cazador se ejercite en la persecucion de lobos con gran ecsito, y que solo haciendo monterías ó batidas con mucha gente, se logra su captura. No obstante, como ellos deben su fuga á las dos circunstancias de ver y oír mucho, advierto á los cazadores que cuando sientan el ruido que hacen las gentes en su persecucion, ó que van marchando con alguna presa, impongan silencio y no se dirijan en su busca por la misma direccion que llevaron, sino que dando un rodeo por donde no los vean ni sientan, traten de cortarlos y salirles al encuentro por

el lado opuesto para poderles tirar: haciendo retirar la gente y perros que los persigan, es mas facil matarlos cuando llevaron alguna rês; por que si se la dejan comer con tranquilidad, se llenan tanto que se hacen pesados, y se echan á dormir no muy lejos del punto en que la engulleron. Si se sabe el monte ó punto en que acostumbran quedarse algunas veces, deben ir á buscarse al medio dia, ó por la fuerza del calor en el verano, que es cuando duermen y están menos alarmados, y caminar muy despacio y sin ningun ruido para que salgan á distancia capaz de poderles tirar. A las mañanas y á las tardes están mas ágiles y veloces. Su precaucion es tal, que rara vez se encuentran echados, sino en puntos que dominan mucho terreno para ver lo que viene, y oír lo que pasa; y si alguna se les encuentra en bosques espesos, es en su centro y en donde se pongan al abrigo de los ele-

mentos. Si oyen ruido por un lado, pronto salen por el opuesto; y si lo sienten todo al rededor ó por muchos, tardan en salir y lo hace asomando la cabeza á la orilla del monte y mirando primero si el campo está despejado. Si ven ó sienten algun obstaculo, dan vuelta y tientan el salir por otro punto. Desde que salen, por muy acosados que vayan, no marchan sin mirar atrás de cuando en cuando: y si es un solo perro el que los sigue, no tienen inconveniente en esperarlo y acometerlo, ó emparejarse con él marchando respetandose mutuamente y dandose algun latigazo con la cola: mas de una vez les he visto hacer esto. Así pues, las reglas del cazador están reasumidas en andar con silencio, cortarles el paso, y colocarse siempre para tirarlos en donde no pueda verlo ni sentirlo si lo espera á pié firme. Cuando van muy heridos, debe andarse con diligencia para separarle los perros si lo detienen;

por que el lobo nunca muere sino con la boca llena, sea de leña, tierra, ó lo que pueda apresar. He visto mondarle la cola á un perro por el medio y espirar con ella en la boca. Tampoco no hay que acercarse á ellos en este estado sin llevar el cuchillo de monte armado en el cañon; por que se tiran al que se les presente delante hasta que se les extinguen las fuerzas completamente. La herida es mortal en ellos como alcanen á lamerla: nunca se encuentra lobo con herida curada. Muertos ó engangrenados se hallan todos los que fueron heridos: por tiempo de nieves en las aldeas de montaña es facil matarlos á la espera desde una ventana teniendo la paciencia de aguardarlos muy á oscuras y en silencio, por que se acercan á las casas á cojer perros, á escuchar los ganados que están en las cuadras, y á buscar huesos ú otra comida.

Entre los sucesos raros que he visto

cazando lobos, fué el mas particular uno ocurrido en el valle de Quiroga el año de 813. Andaban recogiendo la accituna, y atravesó uno por el valle. Lo persiguió mucha gente, y al ruido tomé la escopeta y abrí á un perro de pastor que tenía y los perseguía aunque fuese dos leguas, y había muerto varios. Me dirigí á donde lo acosaban; y como en todas partes tropezaba gentes, tenía que retroceder, y lo llevaban muy acorralado. El perro pronto le dió alcance, y nunca le pude tirar por no matar al perro, que á cada paso montaba sobre él. El lobo venía bastante rendido: sacudía al perro de cuando en cuando; pero al momento lo tenía encima otra vez. Perseguidos por mucha gente, que los llevabamos á la vista, se enderezaron por un soto ácia la casa: ésta tenía un corral con dos portadas, una en frente de la otra. Al ruido bajó mi madre, dejó una hoja del portal abierto, y á pocos pasos

tropieza con el lobo, se retiró detras de un castaño, y con el miedo le capeó con un pañuelo. El lobo con el perro sobre sus costillas, se enderezó al portal, único paso que se le presentó á la vista: la otra portada estaba cerrada, y así que entró con el perro, mi madre apesar del susto, salió de detras del castaño y cerró la hoja de la puerta. Llegamos todos al momento: entramos por otra puerta á la casa, y desde el balcon estuvimos un rato mirando la escena de como se devoraban el perro y el lobo. No podía tirarle por que el perro cada vez mas animado por la gente y dentro de su casa, no se desembarazaba de él. De cada salto que daba el lobo por la pared, era embuelto otra vez por el perro siempre colgado en él. Un labrador se decidió á bajar con una hoz, y así que el lobo lo vió, se abanzó á él. El golpe del paisano en lugar de dar al lobo, dió en el suelo partiendo el asta de la hoz;

y el lobo le dió con la cabeza en el pecho, quedando embueltos, lobo, paisano y perro, què rodaron un poco por el suelo; pero se levantó el paisano, y con un pedazo de la hoz le dió un golpe en la cabeza, y el perro lo concluyó de matar muy pronto. Cuando lo desollaron, reconocimos que su espinazo y costillas estaban completamente estrozadas de los dientes del perro: éste quedó muy ensangrentado y arañado; pero el pescuezo lo salvó por las cãrrancas ó collar con punzones de hierro que tenía y por su mayor ligereza. Los perros no tienen tanta fuerza como los lobos; pero éstos no juegan el cuerpo ni se rebuelven con la velocidad del perro batiendose; por eso nunca se les vé batir de cara, por que el perro huye de la cabeza y boca del lobo, y lo acomete por atrás y montándose sobre él para ver como asirle el pescuezo por encima: al lobo le había desprendido un colmillo

un punzon de la carranca del perro.

Allí mismo me anocheció una vez viniendo de cazar, y al atravesar unos prados, empezó el perro á ladrar, gruñir, y meterse entre las piernas. La noche estaba obscura, y luego ví relucir unas cuantas luces que eran los ojos de los lobos. Cojí el perro bajo el brazo izquierdo, y con la escopeta montada en la derecha, seguí andando hasta un arroyo. Allí se me pusieron delante algo decididos á quitarme el perro: no me atrevía á tirarles por que eran cuatro ó cinco, y si tiraba se me había de soltar el perro y seguirlos, y me quedaba sin él. Este recelo me contuvo en tirar: les grité algo desaforadamente andando ácia ellos, y se apartaron á los lados: me fueron escoltando largo rato hasta cerca de la casa. Yo iba muy rendido del peso y la incomodidad del perro; y aunque podía matar uno, recelaba mucho que se me soltase y los otros le devorasen. El perro

era bueno, y ni por cien lobos quería perderlo: viendo ellos la procsimidad de la casa, hicieron alto; y dos se detuvieron en el camino con la barriga tocando á la tierra y la cabeza entre las manos reluciendoles los ojos como cuatro estrellas en ademan de querer saltar: aquí fué el compromiso: el perro forcejaba para soltarse de bajo del brazo, yo no podía soltar la mano derecha de la garganta de la escopeta ni retirar la boca del cañon de ácia delante por tirarles si acometían: de nada servía lo que les gritaba por que se hacian sordos, mis movimientos no podian ejecutarse sin quedar en guardia: se me ocurrió el silvo de llamar el perro que lo tenía pendiente del cordon del frasco, y ladeandome un poco sin cesar de gritarles, apoyé el cañon sobre el pescuezo del perro, sugetando la culata con el codo contra la barriga, y solté la mano repentinamente llevando el silvo á la boca, uno al hacer

esta operacion se levantó, dió una vuelta redonda sin salir del sitio, y rascó tierra hechandola casi á los pies: silvé con toda la fuerza que he podido y al chillido penetrante del silvo huyeron como rayos metiendo gran ruido en la hoja que habia á los lados del camino: entonces silvé mas y mas, apuré el paso cuanto pude, y entré en casa muy sudado de la carga del perro aunque no asustado por la confianza que llevaba en que en el último apuro les entregaba el perro, y yo con el tiro de la escopeta, y apelando despues si era preciso, al cuchillo, me contemplaba seguro.

Una noche de verano sali solo de Monforte despues de cenar con intencion de ponerme en Lugo de un tiron, y ademas de las pistolas, colgué una terccrola en la silla: al llegar á un lado de Sarria empezaba á salir el dia y me dormia un poco: al subir un repechito, me despertó el caballo haciendo

alto bufando y pateando: miré á los lados y con la niebla nada he visto: le apreté con las espuela y le hice romper, no tardó mucho en volverse á parar y hacer lo mismo. Tratando de retroceder, entonces ví un lobo tendido en el camino á cuarenta pasos en actitud de querer saltar al caballo: heché mano á la carabina; pero estaba muy cargada, y temí que el caballo al ruido sobre las orejas se me desvocase: grité, y el lobo se levantó y fué andando por el camino, pero luego se volvió á sentar y tenderse como antes: entonces con la carabina montada heché pié á tierra: al verme en el suelo, huyó á prisa, monté y en un llano del monte se me volvió á presentar repitiendo su amenaza: volví á hechar pié á tierra y aunque se levantó para huir como antes, le tiré: dió un gran salto y un ronquido viniendose ácia mí: monté á prisa, y el caballo no hizo mas movimiento que maniotar y bufar mucho.

Saqué una pistola, y siguiendole por el monte: le tiré bastante cerca y no le dí: saqué la otra, y apretando mucho el caballo fui sobre el lobo hasta llegar á un muro que lo subió ya con trabajo: le volví á tirar, y tampoco le acerté: se metió entre la leña y me volví siguiendo mi camino: en el primer lugar hallé un paisano que salia de una casa, le dije en donde quedaba el lobo herido y que fuesen allá con los perros. Volví de allí á cinco días, y á la entrada del lugar estaba el lobo colgado de un roble: pregunté á los vecinos y me dijeron que lo hallaran ya muerto á pocas varas del muro: le habia dado una bala de dos con que estaba cargada la carabina, y lo atravesara desde la cuarta costilla al vacío del lado derecho, y apesar de esto anduviera mucho. No puede ser cierto lo que aseguran todos los paisanos de los países en que hay lobos, que creen como de fé el que pierde la voz y queda

ronco por algunos días todo el que tiene de estos encuentros con los lobos. Yo ni perdí la voz, ni tuve tal ronquera en estos dos sucesos. He visto mas de una vez algunos muy roncós por iguales encuentros; pero lo atribuyo al miedo que se apodera de ellos, y á lo que esfuerzan la voz pidiendo socorro. La confianza que inspiran las armas al que las lleva, es lo que priva el miedo y la ronquera, y lo demas es un error de los muy comunes. Una aventura de otra clase me puso algo ronca la voz siendo mas jóven apesar de que llevaba la escopeta; pero la tenia arrimada y creo que fué antes de echar mano de ella. Vivía en una casa que en ella hay Capilla, y en la Iglesia de la Parroquia que está sola en un monte algo distante de un lugar, hay otra Capilla con puerta independiente de la Iglesia. Tenía una funcion al dia siguiente en la Capilla de casa, y acordandome de que necesitaba un Caliz

que estaba en la de la Iglesia, tomé la llave despues de comer y marché á cazar, con intencion de regresar por la Iglesia y traer el Caliz: llegué á ella al anochecer, arrimé la escopeta junto la puerta, abrí y empecé á revolver en un cajon para sacar el Caliz: estaba abierta la reja, que se comunica con la Iglesia, y el perro que era algo fiero pasó para dentro sin yo notarlo: ya tenía el Caliz en la mano cuando le sentí gruñir furiosamente y rascar: me acerco á la reja y á la poca y triste luz de la lámpara lo veo levantando tierra de una sepultura que estaba sin losas y tirando ya por una cosa blanca: cuanto mas le gritaba y lo llamaba, tanto mas trabajaba en tirar por el habito: entré bastante poseido de terror: lo agarré por el talon del pescuezo, y á fuerza de patadas lo eché fuera; pero mirando ácia atrás, salí y cerré con fuerza la puerta, tomé la escopeta y anduve hasta la puerta del

átrio, dejando las llaves en la de la Capilla: se me acordaron y volví á cerrar tan animado ya con la escopeta empuñada que me parecía que ni muertos ni vivos se me ponían delante: salí del átrio mirando no obstante algunas veces atrás: me paré y reflexionando un poco me solté á reir. Yo ignoraba que aquel día hubiese habido entierro, no dije nada en casa; pero llamé al sacristan y me dijo que había muerto una vieja y la habian enterrado aquella mañana dejando las piedras sin colocar como acostumbran hacer algunas veces hasta el otro dia. Le conté el suceso, encargandole lo callase y que madrugase á sepultar la vieja que quedaba media desenterrada. El cura tardó mucho en saberlo, y cuando se lo conté se ha reido muchísimo, y despues cuando me hallaba me preguntaba siempre si iba á desenterrar algun muerto. Aunque yo estaba ya desimpresionado de

los errores mas comunes, confieso que el muerto me impuso mas que los vivos y sin embargo de que me reia á cada momento acordandome del lance, la voz se me tomó un poco.



## *Caza de Zorros.*



**T**odo los oficios tienen anexas algunas obligaciones impuestas por la Ley, ó por la conciencia política, como acciones benéficas en favor de la humanidad é interés comun de la sociedad. Por tal graduo la de cazar zorros, á lo menos cuando la casualidad presenta ocasion al cazador, para privar á los vecinos del daño que les causa una fiera que les deja sin gallinas y mas aves domésticas, que debora los corde- rítos, y algunas veces acomete á los rebaños, y se ceba en los carneros y ovejas. Los Cazadores aunque vean un zorro en el monte si es lejos de su casa, no le tiran por considerarlo inútil,

y por no descargar la escopeta ó perder un tiro. No hay duda que persiguiendo otra caza, tal vez se dispara la escopeta al zorro: y mientras se vuelve á cargar sale otra pieza que tenga utilidad; pero si aprovechasen las pieles de los zorros, que son de mucha estimacion, algun producto sacarían curtiendolas bien y el tiempo que se tarda en desollarlo es poco. El que no quiera tomarse este trabajo, hace un beneficio á los pueblos inmediatos con matarlo, y rara vez deja de encontrarse un labrador cerca que diciendole en donde queda el zorro muerto vaya á buscarlo, y tenga en ello un beneficio, por que anda pidiendo con ellos por los lugares y les dán huebos y otras cosas los que tienen gallinas: de suerte que se hace un gran regalo á un paisano dandole un zorro. Algunas veces se los he dejado con la condicion de que los habian de desollar y llevarme la piel á casa; lo

que ejecutaron muy puntualmente. La misma conveniencia del cazador esije que tire y mate al zorro que le salga; por que de no hacerlo, se estropean los perros corriendolo, y algunas veces tardan horas en volver; y si se atiende á la caza que mata como liebres, conejos, y aun perdices, nada interesa mas al cazador que su esterminio. El zorro es animal muy sagáz. y daré algunas reglas para sorprenderlo y poderlo tirar.

Se conoce que los perros tienen rastro de zorro, cuando se les eriza el pelo del pescuezo ó del lomo y dan muchas vueltas callados sin ladrar; pues hasta que lo ven delante los perdigueros á lo menos, rara vez ladran. Si el cazador avista al zorro á la orilla de algun matorral por haberlo obligado el perro á salir, y viendo al cazador, se vuelve á dentro, seguro es que ya no sale por allí, sino por el lado opuesto; y entonces el cazador se apresura á colo-

carse al otro lado, pero despacio sin que lo sienta. El zorro jamas sale sin que primero asome la cabeza en la orilla de la leña y eexamine con su vista si hay gente ú otro obstaculo: si no lo halla, sale corriendo; pero si ve alguna cosa se vuelve á dentro. Tampoco sale cuando siente ruido indeterminado y no fija ó no tiene tiempo de fijar á que lado es. Su oido es muy sutil; y por mucho que le acose el perro se detiene de cuando en cuando á observar si háy ruido fuera para determinarse á salir. Así es que, cuando dos cazadores llevan en medio una faja de monte por largo que sea, y por mucho que lo aprieten los perros, no lo echan de ella sino por una de las cabezas despues de haberla recorrido toda bajando y subiendo, y asomando muchas veces la cabeza y retirandose otra vez. Tambien pretenden enganar al perro saliendo y haciendo un relurte volviendose á dentro por el ca-

llejon ó entrada mas inmediata, y con esto gana tiempo para evadirse mientras el perro vuelve de la carrera recta que tomó. De estas vueltas dan muchas, y á favor de ellas y de escuchar el ruido, se ponen en poco tiempo muy distantes del perro: llevando éste cascabel se mata mas facilmente al zorro; por que escuchando aquel ruido nada mas, tropieza con el cazador sin sentirlo. Nunca siguen un camino recto cuando huyen, sino cruzandolo. La estrategia del cazador para matarlos, consiste en observar un profundo silencio, evitar que lo vea para que no considere mas persecucion que la del perro, colocarse oportunamente en donde domine las salidas que tenga, y si le ve y se resiste á salir, gritar y hacer ruido de un lado y pasarse al otro repentinamente muy callado. La municion es suficiente para matarlo á tiro regular, y si queda muy herido contener al perro para que no se eche sobre él y lo liera;

por que su diente es diabolico. Suele hacerse el muerto, y si lo dejan se levanta y camina. Rompí las dos piernas de atrás á uno: lo alcanzó el perro, se lo saqué y parecía muerto; le di dos culatazos y no se movió: me separé un poco, y estando cargando lo veo levantado arrastrando y echando á correr mucho con solo las de adelante: luego el perro se le echó encima; y entonces ya no se hizo el muerto. Se arrimó, y volviéndose al perro le asió por la piel del pescuezo, y para sacarselo tube que pasarlo con el cuchillo del monte. Otro me cogió la boca del cañon con los dientes, y lo apretó tan fuertemente, que lo abolló y quedaron señalados como si fueran punzones de acero. Es muy cierto que cuando los alcanzan los perros les saenden la cola meada en la cara, los ciegan y fastidian con el mal olor de su orina y los dejan; pero yo no atribuyo esto á la sagacidad del zorro, sino á que con el miedo se mea

por la cola, que el mismo miedo le hace meter entre piernas, al revolver y sacudirse para evadirse y defenderse del perro, le salpica y sacude algun asperges.

Se matan tambien los zorros á la espera de noche en los prados desde que se siega la yerba y acuden alli á escarbar y cojer los grillos. Es ocasion segura de matarlos cuando vienen á robar gallinas; pues si cogen una se presentan en el sitio al otro dia ó por dias seguidos á la misma hora, y vuelto el cazador, ó subido á un arbol, le puede esperar con toda confianza. Es mucha la destreza con que agarran las gallinas. Si éstas se le suben á algun arbol ó parral, saltan y bailan debajo haciendoles mil garatuzas, hasta que las espantan y vuelan. Si hace sol, sigue el zorro rapidamente la sombra de la gallina sin mirar para el aire sino para la misma sombra; de suerte que al llegar al suelo se encuentra con

ella en la boca sin haberla mirado. Por las noches entran en las mayores poblaciones y recorren las calles buscando huesos, y aun suelen vivir dentro de las Ciudades en los caños y acueductos. En Mondoñedo derrivando una casa vieja en la plaza mayor, que está en el centro del pueblo, hallaron los operarios unos cuantos zorros nuevos en los cimientos. Criaban allí, y por la noche salían á comer. Las voces del macho son mas imitantes á las del ave Cuco que al ladrido de los perros; pero las de la hembra en nada se parecen á las del macho; da unos graznidos tan doloridos y elevados, qua asustan á cualquiera por las noches como no sepa que es la zorra.



## *Caza de Chochas ó Arceas.*

---

**E**stas aves trashumantes ó de paso, son de las mas delicadas que se ponen en nuestras mesas. No se dedican los cazadores á perseguirlas tanto como á las perdices, por la sola razon de no hallarlas á bandadas, y se contentan generalmente con tirarlas cuando por casualidad las hallan buscando otra caza. Como los sitios que frecuentan son bastante diferentes de los de perdices, y no se va á caza de ellas determinada-mente, no estraño oir á cazadores regulares, que nunca matan ninguna Arcea. Yo empleo tanto tiempo por el invierno en busca de ellas, como de

o

perdices; y si no se hallan éstas, ofrecen al cazador un recurso para ocupar el resto del día con utilidad. Algunos años escasean, y la causa está en otoño ó principios del invierno. No hay duda que vienen del norte; pero el como se presentan rapidamente en casi toda España, para mi está por averiguar. Los que como yo no las han visto correr á bandadas por el aire durante el día, dicen que vienen volando durante la noche. Así parece indispensable que suceda; por que apionando ó andando por el suelo, aunque corren mucho, era algo difícil que atravesasen la Península tan pronto; aunque yo creo que tampoco las vieron volar de noche los que dicen que hacen así su viaje. Sea como quiera, le importa poco al cazador saber su itinerario: lo que necesita saber es cuando llegan, que puntos eligen para residir, como se buscan, se persiguen y se matan. Esto voy á esplicar en cuanto tengo certeza de ello, y nada mas.

Si el otoño es frío y corren vientos norte y nordeste, y particularmente si á principios de noviembre reina el norte con fuerza, caen algo de heladas ó nieves; se presentan muchas arceas y puede salirse á ellas con seguridad de hallarlas desde el 15 de Noviembre, si en los días anteriores hizo mucho frío con viento norte. Cuanto mas crudo sea el mes de Noviembre, mas chochas vienen. Por el contrario, si el otoño es dulce y en todo noviembre no hizo frío ni sopló norte, apenas se ven ya en todo el invierno. Si éste se adelanta, vienen con él: si se atrasa, se quedan en otra parte: hasta últimos de febrero residen por acá, y á principios de marzo desaparecen enteramente, sin que se sepa por que camino, como cuando han venido. Al principio se hallan en las regatas, dehesas, pinares y montes húmedos y sombríos espuestos al norte. Desde que carga mucho el invierno ó hay nieves, ocupan iguales posiciones

ácia el medio día. Por las noches habiendo hielos ó nieves, van á pastar á los prados, en donde clavando su largo pico, chupan la humedad de la tierra de que se mantienen. Si nieva, se hallan en donde corre agua prefiriendo siempre los arroyos chicos, fuentes y regatas de los montes y dehesas, al agua de los rios mas abundantes ó caudalosos. Los muros viejos, las zanjas cubiertas de ramage, y matas rodeadas de algun campo, son sus favoritas mansiones. Aunque viven del jugo ó humedad de la tierra, pueden hallar diferencia en su gusto; por que viven mas al rededor de las raices de los robles, que en ninguna otra parte; pero de noche bajan siempre como dije á pastar á los prados. El sitio mas favorito de ellas, es un roble que esté rodeado de una buena mata de malezas si al rededor tienen campo descubierto. A las mañanas cuando hiela se las encuentra en las presas de los prados algo encogidas

como las aguanetas; pero así que sale el sol apionan ó vuelan para sus nadrigueras. La diferencia que hay entre ellas y las perdices para buscarlas, consiste en que éstas se buscan á lo descubierta, y aquellas siempre á la sombra. Si cambia el viento y reina Sur ó Solano, no se las encuentra sino en medio de la leña muy espesa, y salen solo apurandolas mucho los perros: éstos siguen su peon como á las perdices, pero el rastro no es tan vivo: no las portan todos ó es muy raro el que lo hace; pero las quitan de la espesora muchos hasta ponerlas en sitio descubierta: se revuelcan sobre ellas como sobre todas las acuatiles, y no quieren comer sus huesos: algunos no prueban los de la aves marítimas por bien guisados y envueltos en salsa que se les den: los conocen al momento y se revuelcan igualmente sobre ellos: los perros que participan algo de la casta de los de aguas, son mas a proposito

para este género de caza. Cuando quiere concluir el invierno, habitan los sitios muy pantanosos y sombríos si están espuestos al norte.

Son mas difíciles de matar que las perdices, por que culebream mucho al levantarse, y por eso es preciso andar á prisa sobre el perro para que salgan cerca y tirarlas así que empiezan á tenderse. En bosques de poca estension ó pantanos cubiertos de ramages, debe colocarse el cazador á la orilla de aquel lado que tengan otro cerca, para tirarlas desde que se elevan sobre los árboles ó ramas y se dirigen á otra emboscada, haciendo entrar al perro para que las levante. En las regatas puede perseguirselas hasta tres ó cuatro vuelos sin que se alejen mucho; pero si llegan á levantarse cuarta vez, se remontan un poco y pasan á otra mas lejana ó se clavan en el monte alto. Acostumbran estar muy cerca el

macho de la hembra, y siempre que se levante una, debe buscarse escrupulosamente la compañera, que es probable hallarla. Vuelven al mismo sitio dentro de pocas horas, y aunque se extravien mucho, al otro día ya están en él. Son unas de las aves mas bobas que se conocen. Cuando van heridas, culebream mucho y engañan creyendo que pararon y siguen adelante. Debe seguirse la direccion que llevaron, si es ácia abajo hasta el encuentro de algun rio ó cortadura de camino. Sangran poco y no se conoce calor en la sangre, están reputadas por anfibias. Tambien se matan las noches de lunar á la espera, en los prados.

Ofrecen pocos casos raros sus cazatas. Un Portugues que me acompañó un día á esta diversion, me dijo al rodear una mata en que se había medido una *» olle lá ponhase bosa Senhoria do outro lado para que não benha cara á min»* Y le contesté: mejor hom-

bre, que la puede V. coger con la mano.» ¡A! não sabe bosa Senhoria ão que se espoin. Un morgado do meu pobò que tinha as narices lóngas levantándose umma con muinta forsa, pasoulle por diante da cara é craboulle ó pico nellas; pasoullas de banda à banda é quedou colgada nellas batendo as alas é as pernas, é foille bon que ó ome era de pesò é fenderon as narices, que si não marchaba co el por lo vento.



## *Caza de Aguanetas.*

**E**stas avecillas son una especie de Arceas: pero mucho mas chicas, de un gusto tan delicado que algunos las prefieren á las codornices. Quanto mas humedo es el invierno, mas se ballan en los prados, pantanos, tierras llanas, hondas y humedas. Se cazan de dos maneras: andando con las botas bien gruesas por los mismos terrenos referidos, y tirandolas con mostacilla segun van saliendo. Culebrean mucho, y es preciso un pulso muy firme para acertarlas. Tienen intervalos en el vuelo alternando, ya tendiendose, ya aleteando. Al hacer esto ultimo, es cuando debe tirarseles y no al tenderse; y cuando huela

se matan mejor y algunas veces muchas de un tiro yendo el cazador muy despacio y oculto por detras de los muros al rededor de los prados y regatas; por que se juntan en donde corre el agua, y aunque le vean suelen esperar á la distancia del tiro. Son malas de ver especialmente cuando han sentido ó visto al cazador; por que cesan de andar y de clavar el pico, y se quedan muy quietecitas bajandose cuanto pueden contra la tierra. Apesar de su pequenez es preciso tirarlas por atras ó de lado; por que su pluma espesa y tersa hace resbalar la municion si se tira de frente.



## *Caza de aves marítimas y acuáticas.*

---

Siendo tan diversas y abundantes las diferencias de aves acuáticas de paso y no de paso, que concurren por el invierno y aun las que se quedan por el verano, se haría demasiado voluminosa esta obra si se dedicase un tratado exclusivamente para cada especie. No lo creo preciso por que el cazador que se posea bien de las reglas dadas hasta aquí, y que las ponga en práctica, adquirirá con ellas el conocimiento esclusivo de cazar y tirar á todas, observando segun sus movimientos y la mayor ó menor vigilancia de cada una, la estrategia que debe usar para sorprenderlas ó cogerlas á tiro. Comunmente son muy veloces, y las de mayor cuerpo lo son mas que

las chicas. De todas se puede decir que son geómetras; por que si ven el cazador, esperan casi hasta dejarle llegar á tiro; pero se levantan á tal distancia, que no les alcanza por la diferencia de una ó dos varas. Cuando determinada-mente se va á cazar acuátiles, debe llevarse mostacilla, municion de todo tiempo, lobera, postas, y aun balas, para cargar segun lo que se encuentre. Las escopetas de dos cañones son muy útiles en estos casos, y una escopeta larga de muchos alcances es mas apropiado que una pequeña.

Por las rías ó rios navegables es muy cómodo ir en un botecito chico, capaz de entrar por cualquiera rincon, y llevar en él una vara larga con gancho para coger las piezas: desde él se tiran las que zambullen, como los Labancos, Patos, Cuervos marinos y otras, esperando á que asomen la cabeza ó salgan á flor de agua, y tomando el favor de la corriente ó contra ella vol-

viendo y variando segun la direccíon que tomen; por que unas veces andan ácia riba, y otras abajo; de suerte que se las pueda apuntar siempre por atrás ó de cola. Si se caza á pié andando por juncales, praderas, &c. no se suspende nunca el paso al descubrir las aves, ni se anda ácia ellas directamente sino por un lado, como que no se las vé y que se pasa de largo, apuntandolas andando y deteniendose solo al punto mismo de fijar la apuntería y apretar el disparador; por que si ven suspender el paso, se levantan al momento. La escopeta, vestido, y todo quanto se lleve encima, nada debé tener de brillo ó lustre que pueda espantarlas.

Cazando á orillas de los ríos, debé seguirse su curso ácia riba y no ácia bajo; por que al favor de la corriente le burlan á uno mas, y como su propension es la de volverse atrás y retirarse quando se las persigue, vuelven á doblar no pocas veces casi por solas.

el cazador, y se aprovechan mas tiros. En los recodos que forman los rios, ó donde el agua tiene poca corriente, se anda con mas cuidado y de trecho á trecho se detiene el cazador detras de los árboles, ecsaminando en donde están. Si no hay árboles, como la altura del terreno es mas que la del agua, se las sorprende yendose muy rastroso hasta asomarse á la orilla, sin que le vean, y al levantarse se les tira. Los perros incomodan mas que aprovechan en esta caza, y es mejor no llevarlos; por que aunque sirven para recobrar las piezas y quitarlas del agua, espantan muchas con sus carreras, y las que caen al agua ó se tiran en ella, arriban á la orilla tarde ó temprano. Hay puntos en que por su localidad se fijan las aves ó concurren allí en alguna hora del dia, y entonces pueden matarse á la espera.

Los patos ó labancos, que son de las mejores aves acuaticas por la mucha

carne que tienen y un regular gusto, llaman la atención de los cazadores mas que las otras. Por el invierno suben por los rios hasta muy tierra adentro; y en las tierras llanas frecuentan los pantanos. En las montañas se quedan algunos todo el verano, y creo que crían en los rios ó á sus orillas; pero esto sucede en pocos puntos. Quanto mas tiempo viven fuera del agua salada mejores son. Yo los he visto por el mes de agosto, algunos veranos, en las llanuras que hay abajo de Mellid ácia la Arzua, y apastaban en los rastrojos y estibadas en que se acababa de segar el fruto: maté una vez dos, y tenían un gusto mas delicado que ninguno de cuantos he probado cogidos en la mar ó á sus orillas. Es preciso tirarles con munición lobera; por que no aguardan al corto alcance de la de todo tiempo, se van levantando y quedandose cerca de rastrojo en rastrojo, para tirarlos no hay que pararse, sino andar, sin suspender

el movimiento flanqueandolos: al primer tiro que oigan se levantan, y se marchan á gran distancia. Creo que estos labancos son originarios del pais, y que no suben de la mar; por que no tienen los colores de las plumas tan vivos como los que se matan en los rios quando suben por el invierno.

El cazador que sabe disecar, y tiene tiempo para ocuparse en tan minuciosa y fastidiosa, al paso que divertida y provechosa distraccion, puede sacar gran partido de la caza de aves; por que sin perder la carne, aprovecha la piel; y aunque no sea mas que para adornar algunas piezas de su casa, es muy satisfactorio ver á todas horas como si estuviesen vivas las aves que uno mató, ademas que el adorno es de los mas hermosos.

## *De las Leyes de la Caza.*

---

**L**a gran diferencia que hay en la esfera de las diversas provincias de España; los mayores ó menores progresos de la agricultura entre las mismas; la variedad de clima que hace no sean iguales las estaciones del año en todas; la diversidad de frutos y producciones; el distinto método de cultivarlos; épocas de sembrarlos y recogerlos; la mayor ó menor division de la propiedad, que en unas reconoce mil y mas dueños en una legua cuadrada, cuando en otras posee uno solo estensiones enormes; las clases de estos mismos dueños; el estar en unas los terrenos acotados y cerrados con murallas, al paso que en otros como en Casti-

Ha no se halla una cerca en veinte lenguas, han sido siempre, son y serán obstaculos que se oponen á la formacion de una ley general y uniforme para toda la Nacion sobre la caza. Es muy dificil conciliar los diversos y opuestos intereses de los propietarios y cazadores de la agricultura, y de la abundancia de caza en las plazas y mercados públicos, y aun de la seguridad y disminucion de las fieras, sin que la ley haga las justas é indispensables distinciones entre provincias tan diferentes en todo. Hay leyes que pueden muy bien hacerse aplicables á toda la Nacion sin la menor distincion; pero las que versen sobre la caza, no pueden ser tan uniformes ni tan generales si han de ser justas y equitativas. Para su formacion, debían concurrir ó ser oidos á lo menos los propietarios y los cazadores cuyos intereses estan en contradiccion: del expediente general que con esta circunstancia se instruyese, resultaría infaliblemente el

convencimiento de que la ley no puede ser una misma para toda la Nacion, y se vería palpablemente la necesidad de formarlas particulares para cada una sola, ó para algunas que son analogas, y aun se persuadirían los legisladores de que cada provincia por si debía formar la que había de regir en ella; y que todas reunidas y discutidas podían formar un cuerpo con los títulos de los nombres de cada provincia que mereciese la Real Sancion. Ocupado el Gobierno y los Estamentos de los graves negocios que las circunstancias han sometido á su deliverracion, no es posible pudiesen hasta ahora pensar en un asunto de tan secundario interés, y es de esperar que cuando la tranquilidad lo permita tomen en consideracion este negocio, como inherente á la propiedad y á los progresos de la agricultura. La ultima ley que rige sobre la caza, es el Real Decreto de 6 de mayo del año de 1834, que los cazadores no deben ignorar. Por no

hacer demasiado voluminosa esta obra no lo inserto literalmente. Para inteligencia de los cazadores basta extractarlo, y se reduce á que desde primero de abril hasta primero de setiembre no se puede cazar en tierras ajenas: en las propias se permite todo el año y como se quiera; y con licencia de los dueños por escrito, de la misma suerte en terrenos cerrados; y en las abiertas se permite, con tal que no estén labradas ó que estén de rastrojo: declara en favor del dueño de la propiedad las piezas que caigan muertas ó vaian á morir dentro de ellas: las multas á los contraventores no exceden de cuarenta á sesenta rs.; y los derramos que se causen á tasacion de peritos. En Galicia, que la propiedad se halla tan dividida, sería preciso obtener mil licencias para cazar en un dia; pero afortunadamente los labradores y propietarios, se dan por servidos con que se les mate la caza que le

come los frutos, y no haciendole der-  
ramo en ellos, que lo debe evitar el  
cazador, nadie se queja ni ecsije la  
licencia. No sé que hasta ahora se haya  
presentado la menor reclamacion en  
ningun Tribunal, desde la publicacion  
del decreto.



## NOTA.

*El Autor escribió esta obra el  
año de 1834.*



